MARIO ROSO DE LUNA

En el Umbral del Misterio.

::: PRÓLOGO DE
ENEDIEL SHAIAH

MADRID
LIBRERÍA DE PUEYO
Mesonero Romanos, 10.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

EN EL UMBRAL DEL MISTERIO

© Biblioteca Nacional de España

OBRAS DE MARIO ROSO DE LUNA

PUBLICADAS

Kinetórizon. Instrumento de Astronomía Popular para conocer sin profesor las constelaciones (agotada).

Preparación al Estudio de la Fantasía Humana, bajo el doble aspecto de la realidad y del ensueño (agotada).

Proyecto para la instalación en España de una Escuela Modelo para la educación y enseñanza de jóvenes anormales, Folleto (agotado).

Por el campo de la electricidad (traducción de la obra de Dary «A travers l'electricité»).

Evolution solaire et séries astro-chimiques (París, 1909), 4 pesetas.

Hacia la Gnosis.—Ciencia y Teosofía, 3 pesetas.

En el Umbral del Misterio.—Estudios teosóficos, 3 pesetas.

EN PREPARACIÓN

Filosofía de los mitos arcaicos.

La Atlántida como continente histórico.

Comentarios á la «Genealogía del Hombre, de A Besant».

Comentarios á la Doctrina Secreta, de H. P. Blavatsky.

© Biblioteca Nacional de España

R 25537

BIBLIOTECA TEOSOFICA

MARIO ROSO DE LUNA

En el Umbral del Misterio.

MADRID
LIBRERÍA DE PUEYO
Mesonero Romanos, 10.

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad.

Imprenta de F. Moliner. Calle de San Roque, 16.—Madrid.

© Biblioteca Nacional de España

A Mario Roso de Luna.

Roso de Luna es uno de los pocos teosofistas españoles que me merecen positivo respeto como persona de hondo pensar y de mucha ciencia, y estoy seguro de tener sobradas razones para decir que el autor de EN EL UMBRAL DEL MISTERIO, al modo de los ígneos cuerpos de las regiones estelares, brilla en el cielo de la teosofía con luz propia, con la potente luz de una inteligencia que en sí guarda la inextinguible lumbre de una poderosísima intuición.

He dicho que de contados teosofistas españoles pienso lo propio, y el culto á la verdad me obliga á añadir que, si exceptúo seis ó siete el resto tanto monta que figuren ó no entre los conocidos partidarios de la idea. Quédales, eso sí, el valor que pueda darse á una buena voluntad; pero en lo relativo á su suficiencia, á sus científicas aptitudes, á lo que pueda conseguir su profundidad de conocimientos teosó-

© Biblioteca Nacional de España

ficos y generales, es cosa sabida que la intención no basta; así es que, como anillo al dedo, viéneles encajado el primer artículo ó base de la Sociedad Teosófica: el referente á constituir un núcleo propagador de las hermosas doctrinas de la fraternidad universal; respecto de los otros dos... más vale que de ellos nunca se ocupen estos señores.

Cuando Roso de Luna llamó á las puertas de la Sociedad Teosófica, ésta pudo sentir la más legítima de las satisfacciones. Demandábale el paso un hombre de ciencia, un sereno y original contemplador de las verdades universales, un teósofo iniciado, no por las rapsódicas enseñanzas de cualquier propagador de más ó menos teosófico fuste, sino por la iluminación del espíritu, por la luz que en la mente engendra la alta reflexión de los misterios del Universo, cuando asciende á las ignotas regiones de lo infinito, pidiendo fuerza á la inspiración del genio, y alas á la lógica y al saber. Como el gran matemático Wronski, Roso de Luna, profundo conocedor de la ciencia de la cantidad, elévase desde este campo al de las más altas concepciones de la Metafísica del Ocultismo; como los ilustres Zoëllner, Gauss, Helmoltz, Lobatschewsky, Riemann y Spotiswoode, el estudio del Álgebra y de la Geometría le lleva al de la cuarta dimensión de los

© Biblioteca Nacional de España

cuerpos y otras sucesivas, y así Roso de Luna halla una feliz demostración de los diversos planos de la existencia substancial, demostración matemática de un valor definitivo, que nunca los teosofistas le podrán agradecer bastante; como el renombrado Crookes, aplica á la Física el estudio de las seriaciones numéricas, y halla formada por la naturaleza misma la prodigiosa pauta de fuerzas conocidas y de lugares de la serie que corresponden á las ignoradas, estableciendo una elocuente identidad entre lo que la ciencia ya sabe y entre lo que la doctrina esotérica descubre; como los ilustres químicos Wendt y Mendeleeff, pide al número y á la serie, el gran misterio de la unidad de la materia, y al hallarle redime á los alquimistas, con elocuentes razonamientos, de un injustificado desdén; como astrónomo, el autor de EN EL UMBRAL DEL MISTERIO, que goza de una reputación bien merecida y es descubridor de un cometa que lleva su nombre, establece las bases de una científica explicación del origen y desarrollo de los mundos, donde impera el criterio del Ocultismo, y como antropólogo y arqueólogo halla en ciertas piedras de Extremadura curiosísimas revelaciones, legadas por una remotísima antigüedad en raros monumentos jeroglíficos y paleográficos, donde por el análisis de hábiles cronologías

© Biblioteca Nacional de España

sidéreas, Roso de Luna descubre el testimonio histórico de la humanidad que pobló el famoso continente de la Atlántida.

Sí, puedo asegurarlo. Roso de Luna obtuvo esa iniciación en los más altos misterios de la ciencia por esfuerzo propio, antes de que á nadie oyera hablar de la Teosofía ni del Ocultismo; y cuando supo lo que predicaban estas doctrinas, cuando leyó algunas publicaciones de esta clase, regocijado por la tan, al parecer, sorprendente coincidencia de opiniones, buscó con ansia á sus desconocidos hermanos en creencias, y apresuróse á brindarles su más incondicional adhesión y concurso. Así fué como Roso vino á llamar á las puertas de la Sociedad Teosófica, en España; así fué como Roso se incluyó en las huestes de los teosofistas, y así fué como los teosofistas españoles pudieron incluir en sus cuadros un nombre digno de tanto respeto.

***

Roso de Luna ha escrito mucho. Una de las veces que en su casa estuve, me enseñó cierta caja donde tiene escondidos sus originales y los periódicos en que se han publicado fragmentariamente mil análisis y observaciones suyas. Hay allí un hermoso caudal, un tesoro de trabajo hecho, que se propone ir dando á luz

© Biblioteca Nacional de España

en una serie de libros, á la que pertenecen éste de ahora y el anterior, titulado *Hacia la Gnosis*. En el orden de su aparición, les precede otro editado en París y puesto en francés por el Sr. Toro y Gisbert, que se titula *Evolución Solar y Series Astro-Químicas*. Declaro francamente que ésta es la obra más revolucionaria en el campo de la astronomía que conozco, y que la empresa de atacar en sus propios fundamentos á la teoría cosmológica de Laplace, implica una gran convicción y un enorme atrevimiento, que haría vacilar al ánimo más decidido. Cuando la leí, quedé maravillado: nunca pude imaginar que existiesen tan admirables y originalísimas maneras de ascender al conocimiento y comprensión de la vida de los astros, desde el punto de vista del análisis numérico, para crear una astronomía tan nueva (en los países de la cultura occidental) como hermosa y exacta. Y en este libro, donde marchamos de sorpresa en sorpresa, ponen coronamiento á toda admiración dos capítulos finales, denominados «Nuestras ideas y el mito» y «Los atlantes de Extremadura», que desentrañan el valor positivo de remotas tradiciones de países y de razas que existieron en el mundo hace muchos, muchísimos miles de siglos.

Pocos meses después de haber aparecido

© Biblioteca Nacional de España

este trabajo, Roso de Luna publicó *Hacia la Gnosis*, y ¡caso curioso! para tal libro, entre los muchos editores que en Madrid hay, sólo la tan bien reputada casa del inteligente y simpático Gregorio Pueyo aceptó con verdadero placer la misión de editar la obra.

Hacia la Gnosis, es un conjunto de estudios donde el autor esparce algunas de sus teosóficas ideas, y de tan sencillo modo como con atrayente forma de literaria creación, consigue que resulten agradables, y llanamente accesibles, temas de ciencia y de filosofía, de carácter tan especial como metafísico y abstruso. EN EL UMBRAL DEL MISTERIO, prosíguese la labor comenzada en *Hacia la Gnosis*, y tanto este como el otro libro contienen todo un mundo de ideas, pero un mundo novísimo, donde por sucesivas graduaciones la mente pasa, sin esfuerzos ni violencias, del plano de los fenómenos más vulgares de la vida orgánica é inorgánica, al de las fuerzas ignotas y al de los principios de creación que constituyen el gran secreto de la Ciencia Oculta.

Otro mérito hallo en las publicaciones de Roso de Luna; es el siguiente: Desde que en España se inició, hará unos veinte años, el movimiento teosófico, fueron apareciendo diversas obras y dos ó tres revistas, donde se advierte una deplorable falta de originalidad.

© Biblioteca Nacional de España

Dijérase que en Teosofía todo está dicho; que nada puede añadirse á lo publicado; que no hay modo de pensar, teosóficamente, con una justa independencia de criterio. Hasta hace poco, y descontando, como es natural, las traducciones, el lector podía excusarse la lectura de los libros de los teosofistas españoles. En pequeño número, nada contienen que no esté sacado de alguna obra ó revista extranjera. ¡Ni un solo pensamiento original, ni una manera nueva de ver las cosas tratadas, y siempre la misma sequedad de estilo, siempre la propia tiesura y pobreza de frase y de concepto, recogida en el seco modo de escribir de los autores ingleses!

Pues bien; Roso, con su apasionado temperamento de artista, con su exquisita sensibilidad de alma, con su ardiente originalidad, rompe aquellos pseudo-hieráticos moldes de hielo, cuya estéril seriedad nada tiene de augusta, y, sí, tanto de antiliteraria é impropia del modo de sentir de nuestra raza, y fundiendo al calor de sus emociones la fría exposición de la verdad científica en el crisol de un estilo lleno de vida y de entusiasmo, produce una obra que convence y que subyuga, que hace pensar y que hace sentir, que enlaza lo positivo con lo bello y que atrae con las seducciones de una literaria forma colmada de

© Biblioteca Nacional de España

esas magníficas visiones que han hecho célebres los libros de Flammarión, y legítimo el dictado que se le da de «*poeta de los cielos*».

***

Roso de Luna no ha visto estas cuartillas que le dedico, ni las verá mientras no estén impresas. De otro modo, bien sé cuántos reparos habría opuesto á su publicación, porque es tan sabio como irreductible en lo tocante á recibir lo que él imagina puras alabanzas, y ante ellas siente rubores y timideces propios de unos tiempos de sencillez y sinceridad que no sé si habrán existido ó llegarán á existir para el hombre en algún período de su historia sobre la tierra. Aprovecho, pues, la ocasión, decidido á que *rabie* un poco, dispuesto á merecer que se incomode conmigo, de la única manera que mi palabra y mi pluma pueden dar argumento á sus quejas y reconvenciones.

La significación de Roso de Luna como teosofista es muy alta, y próximos sucesos no tardarán en darme la razón. Se propone realizar un enorme avance para difundir las ideas que tanto quiere, y ahora con alma y vida conságrase á agrupar á los teosofistas de España y de América en un solo y armónico conjunto que estreche, aún más, nuestros lazos de fraternal unión con los países del otro lado de los mares.

© Biblioteca Nacional de España

No pocos tropiezos y obstáculos ha tenido que vencer, y no pocas rémoras han de oponerse todavía al feliz desarrollo de sus proyectos. Pero Roso es un hombre todo voluntad, y no dudo que llegue á conseguir lo que desea.

¿Ayudas?... No lo penséis; no las ha encontrado... ¿Descrédito?... ¡Oh! eso, constantemente. Y por si no bastaba la terca prevención, de los que ni hacen ni dejan hacer, tampoco han faltado los que dicen que la labor de Roso es obra de locura. ¡Es claro!... ¿Cómo no ha de parecer loco quien piense y proceda sin el menor estímulo de personal interés, en estos días en que tanto abundan las opiniones fundadas en el tanto por ciento, ó en los fervores de la egolatría?...

Sí; la enorme, la estupenda *locura* de Roso está en la nobleza de corazón que le impele á ser, desde el primer momento, un gran amigo de cuantos le hablan, y en sus altos modos de pensar, que le obligan á sacrificarlo todo por la idea. Todos comprendemos que de sobremesa, cuando está bien harto el estómago y libre el espíritu de preocupaciones enojosas, se dediquen unos instantes á hablar de raras teorías, de creencias esotéricas, de amor intenso á la humanidad y de consagrar lo mejor de la vida á la práctica del bien y al estudio de altas cuestiones; pero si se trata de dejar esas co-

© Biblioteca Nacional de España

modidades de la vida, de exponerse á recibir grandes sufrimientos y sinsabores, de perder hasta el propio reposo, por dar un paso hacia la luz en la dolorosa vía de adversidades que el mundo abre á toda idea nueva, entonces los ánimos faltan, los admiradores desaparecen, y sólo *los locos* quedan, *los locos* que saben sacrificarse, en aras de un purísimo amor á la Verdad y al Bien:

. . . . . .

Voy á concluir:

Ignoro cuántos pensarán como yo respecto del autor de este libro, y cuantos sabrán hacerle la justicia de admirar sus hermosas intenciones. Ignoro también, si el triunfo de Roso si la completa realización de sus esperanzas, es cosa que ha de ver conseguida prontamente; pero lo que sí creo, lo que si me parece seguro, es que sus obras *pueden* y HAN DE HACER en poco tiempo más prosélitos y partidarios de la Teosofía que los que han conseguido conquistar los teosofistas españoles en veinte años de muy varia propaganda.

ENEDIEL SHAIAH.

© Biblioteca Nacional de España

Iris, Isis.

«Estableceré mi pacto con vosotros...

Pondré mi arco en las nubes, por señal de convenio...

Y acordarme he del pacto mío»,

Génesis, *cap. 9, versículos 11, 13 y 15.*

«Nadie entre que no sepa Matemáticas», esculpió Pitágoras en el frontispicio del Templo, y Platón añadió: «no entre tampoco aquel que no supiere Música»...

Si no os habéis fijado nunca en la magia del color, en la de la musical escala, ni en la de los sólidos llamados *pitagóricos*, no es extraño que no podáis penetrar en el Templo do se enseñan los grandes principios de la Naturaleza, divino cuerpo del Supremo Ser.

Para daros pálida idea del misterio, es preciso que vosotros mismos volquéis en esta lectura

© Biblioteca Nacional de España

todos los colores que contempláis en torno vuestro, todas las luces de vuestra mente, todos los destellos de vuestra rica fantasía. Luminoso ó iluminado, no existe nada sin color, pero no hay más que dos colores sintéticos: el blanco, que es vida; el negro, que es negación y muerte. Blanco es el rayo de sol que viene á herir el prisma espectral, blanca inmaculada, la nieve de las alturas; negra es la noche, como negación del día, negra la ignorancia, y el abismo negro. Pero la nada, nada genera por sí, aunque todo lo emana, y la vida crea vida; por eso la luz blanca se descompone en tres colores simples: rojo, amarillo y azul, y del tres se pasa al seis: anaranjado, verde y violeta, que son rojo-amarillo, amarillo-azul y azul-rojo. De ellos luego, de este seis sagrado, tonalizado por el negro y vivificado por el blanco que sintetiza y armoniza, derivan los infinitos matices con que Isis se engalana, y esto no lo ignora ningún estudiante de Física.

Fenómeno tan sencillo, ¿carece acaso de transcendencia?—¡Ah, no!—Nada existe sin transcendencia, porque en el átomo y en el Cosmos está el Logos. De lo sencillo, la mente humana, hecha también á su imagen y semejanza, nos puede llevar á lo infinito, á las puertas mismas de lo Incognoscible, si, instruídos, puros de alma y fuertes de voluntad, no retrocedemos ante el misterio, como Edipo no retrocediera ante la Esfin-

© Biblioteca Nacional de España

ge, aquel ser prodigioso que, mirando al desierto, al desierto de todos los desamparos y todos los espejismos, preguntaba: ¿quienes somos? ¿de dónde venimos? ¿á dónde vamos?

Guiémonos primero por la Ciencia Analítica, de las que son ramas la Física, la Química, la Astronomía y todas las demás del humano saber. Ciencias *diferenciales*, ellas nos conducirán suavemente hacia la Ciencia Integral y Sintética, conocida por unos cuantos privilegiados desde el primer día de los pueblos, pero que en nuestra dolorida edad, la edad de la duda, va siendo conocida por muchos. Por algo dijo nuestro Castelar—y descártese lo que en labios de aquel vidente pudiera parecer impiedad á espíritus ignorantes—: «Así como la Biblia fué completada por el Evangelio, el Evangelio á su vez será completado por nuevas revelaciones, y después de la idea del Padre y del Verbo, vendrá la del Espíritu á extinguir las llamas del infierno, y á derramar sobre la humanidad regenerada y libre, nuevas y consoladoras esperanzas».

La constitución de la Tierra bajo su aspecto mineralógico, es la química del Silicio, como es en su aspecto vegetal y animal, la química del Carbono. A través de los diversos colores parduscos, vinosos y rojo amarillentos, de vago tinte, con que hacen su aparición las concreciones terrosas, los silicatos más elevados, puros y com-

© Biblioteca Nacional de España

plejos, tales como las ágatas y rubíes, los topacios, ópalos y sardónices, los jacintos, esmeraldas y granates, despliegan la espléndida serie de iris que llega á su cumbre en el boro y el carbono, químicamente puros, que son blancos, alcanzando este último la apoteosis tanto en su sistema cristalino, cuanto en dureza, transparencia y poder fosforescente bajo los rayos químicos de la luz solar. Otra serie correlativa inician por su parte los metales, desde el rojo del cobre y el amarillo del oro, á los tonos blanco azulados de casi todos los demás y á las excepcionales cualidades del radium, sol en miniatura, que emite cuantas clases de efluvios emanan del astro-rey, en calor, electricidad y magnetismo, en estrecho cuanto paradógico parentesco con las irradiaciones que emanan con la gota de lluvia. Otra serie también correlativa, es la de los colores geológicos, que pasan de los negros de muchos productos basálticos, á los parduscos y verdosos de las pizarras cristalinas, en las que predominan la mica y el anfibol, á los obscuros de las calizas primeras, á las infinitas irisaciones de las margas, á los diferentes blanco-amarillentos de los terrenos terciarios y cuaternarios, al azul de nuestros mares y atmósfera, y al violeta invisible que nos rodea. Otra serie, en fin, es la de los colores de los pequeños planetas de nuestra cadena: el planeta extra-marciano, que es más que negro,

© Biblioteca Nacional de España

por cuanto ha desaparecido, pero que fuera rojo en tiempos; Marte, que es anaranjado; la Luna, que es amarilla; la Tierra, que vista desde el espacio es verde; el plácido Venus, que es azul, y el misteriosísimo Mercurio, cuyas tintas violetas están obscurecidas por los torrentes de la luz solar que los inunda con sus fulgores.

De igual manera los cuerpos orgánicos de la serie acíclica son, en general, incoloros ó de muy vago color (alcoholes típicos y poliatómicos), pero no bien se cierran con la serie cíclica las cadenas atómicas apareciendo el típico exágono de la bencina (símbolo misterioso de toda la formación de la materia desde sus más elevados planos) cuando ya se inicia la gama del color con los innumerables derivados del antraceno, hasta llegar al blanco de los alcaloides, después de pasar por todos los componentes tintóreos de las corolas de las flores y otros muchos más por éstas no alcanzados, que tal es el simbolismo de la negra hulla, la tesorera de los viejos rayos del Sol desde los remotos siglos del período carbonífero, la que alberga en sí las dos series iríseas de monocotiledóneas y dicotiledóneas, con su guirnalda incomparable de amapolas, dalias, camelias, tulipanes, hortensias, crisantemos multicolores, lirios, violetas, peonías, azucenas, etc., sin olvidar á la reina de las flores simbólicas, á la fragante rosa, hija excepcional del *blanco* con el *rojo*, notas todas de

© Biblioteca Nacional de España

la magna sinfonía musical escrita sobre el verde pentágrama que al reino de los vegetales corresponde, como color característico en aquella otra gama de la geológica evolución, y no nos detengamos, para obviar repeticiones, ni en las deliciosas arborizaciones de los corales, raíces de futuros continentes, ni en los dermatoesqueletos de insectos, moluscos y quelonios, ni en los cambiantes de las escamas de peces y reptiles, ni en las admirables alas de los transfigurados lepidópteros, ni en los metálicos plumajes de las aves, las reinas de la música inconsciente de la naturaleza, ni en las variadísimas pieles de los animales, muchas de las cuales llevan en sí representadas las filtraciones de los rayos del Sol por entre el follaje tropical de sus guaridas, ni, en fin, nos paremos tampoco á realizar consideraciones transcendentales sobre el cuerpo humano, en la expresión de sus labios, mejillas y pupilas bañadas en matices suavísimos, ni en el rojo de su sangre, el amarillento de su linfa, el blanco, apenas azulado, de sus nervios y el *blanco-negro* de su substancia gris, simbólico instrumento de esa eterna duda que perpetuamente nos agita entre la luz y las tinieblas.

El profundo Franz Hartmann, el émulo de Schopenhaüer, se eleva con el estudio del color á consideraciones transcendentales que no podemos menos de transcribir. En su *Magia blanca y negra*

© Biblioteca Nacional de España

ó *Ciencia de la vida*, hablando de las formas en el Universo y de sus esferas de acción, dice: «Estas esferas son las auras y emanaciones magnéticas, colorantes, ódicas (auras de salud) y luminosas que corresponden á todo objeto en el espacio. Tales emanaciones se ven, á veces, como la *Aurora Boreal* en las regiones polares de nuestro planeta, ó como en la fotoesfera del sol durante un eclipse. La aureola que rodea la cabeza de un santo no es meramente una ficción poética, como tampoco puede serlo la esfera de luz que irradia de una piedra preciosa. Así como todo sol tiene su sistema de planetas que giran alrededor de él, así todo cuerpo está circundado de centros de energía más pequeños, que salen del centro común y participan de los atributos del mismo centro. El cobre, el carbono, el arsénico, por ejemplo, emiten auras encarnadas; el plomo y el azufre emiten colores azules; el oro, la plata y el antimonio, colores verdes, y el hierro emite todos los colores del iris. Las plantas, los animales y los hombres, emiten colores que se asemejan á sus caracteres; las personas de un carácter elevado y espiritual, tienen hermosas auras de blanco y azul, oro y verde, en varios tintes, mientras que los caracteres bajos emiten principalmente auras rojas obscuras, las cuales en las personas brutales, ordinarias ó viles, se obscurecen hasta ser casi negras, y las auras colectivas de agrupacio-

© Biblioteca Nacional de España

nes de hombres, de plantas ó de animales, de ciudades y países corresponden á sus caracteres más sobresalientes; así es que, una persona que tenga el sentido de la percepción bastante desenvuelto, puede ver la condición del desarrollo intelectual y moral de un lugar ó país al observar la esfera de sus emanaciones.

«Estas esferas se extienden desde el centro, y su periferia crece en proporción á la intensidad de la energía que obra en el centro. ¿Quién puede medir la extensión de la esfera del pensamiento y la profundidad de las regiones adonde puede penetrar? ¿Quién puede determinar la distancia que puede alcanzar y operar la potencia de la Voluntad, del Amor y de la Percepción espiritual? Reconocemos la esfera de una rosa por el olor que despide, si tenemos el sentido olfatorio; reconocemos el carácter mental de un individuo si entramos en la esfera de sus pensamientos, con la condición de que nuestros sentidos internos sean bastante desarrollados para percibir su estado mental.

»La calidad de las emanaciones psíquicas depende del estado de actividad del centro que las origina, porque toda cosa y todo ser está coloreado por aquel principio particular que existe en el centro invisible, y recibe de este centro la forma de su propio carácter ó de sus atributos. Son símbolos de los estados del alma de cada forma é

© Biblioteca Nacional de España

indican el estado de las emociones. Toda emoción corresponde á determinado color; el amor corresponde al azul, el deseo al encarnado, la benevolencia al verde, y estos colores pueden despertar emociones correspondientes en otras almas, especialmente si el elemento emocional se guía por la razón. El azul presenta un efecto calmante y puede tranquilizar á un demente ó subyugar una fiebre; el colorado excita la pasión; un toro se enfurece al ver un paño encarnado, y el populacho irracional también se enfurece al ver la sangre. Esta química del alma no es más maravillosa que los hechos reconocidos en la química física, pues estos procesos tienen lugar de acuerdo con la misma ley que origina al blanco clórico de plata volverse negro cuando está expuesto á una luz azul ó blanca, mientras que una luz de color rubí ó amarillo no cambia de color».

Sabéis por la Física en qué consiste el color. Es la impresión en nuestra retina de las vibraciones del éter, comprendidas entre cuatrocientos y setecientos billones de longitud de onda, en números redondos.

Cuando el rayo de luz blanca atraviesa la materia del prisma, del espectro luminoso, hacia el rojo y mucho más allá del rojo, se desarrolla otro espectro calorífico y electro magnético, y del mismo espectro luminoso, hacia el violeta y más allá del violeta, se desarrolla otro tercer espectro,

© Biblioteca Nacional de España

que pudiéramos llamar químico, por las reacciones que determina.

Cuando el ojo humano mira, es decir, cuando miran por él las sales protoplásticas de sus células, el espectro luminoso tiene una determinada zona ó amplitud vibratoria, la expresada, como tiene otra determinada extensión ó ángulo dispersivo, según la materia del prisma. Cuando el ojo fotográfico, ó sea la sal de plata de la placa, mira á su vez, aquella zona aumenta; la vibración infra-roja y la ultra-violeta la afectan; ve más, en una palabra. Imagináos que esta progresión siguiese con otros cuerpos; otros y otros seres conseguirían así ver materialmente el calor, la electricidad de un lado, y los rayos X, de mayor velocidad vibratoria, por otro (1).

Esto, en su aspecto aparente ó formal, vale tanto como la unidad de las fuerzas de la Física: en su aspecto profundo, sintético ó *esotérico*, vale mucho más: es el color representado por el número—dadme el color y os daré el número vibratorio ó viceversa—, pues el número es algo superior, más abstracto, más divino; la percepción por la mente humana de los diversos grados en la escala de la pluralidad, como nos enseña el genial

(1) Puede verse desenvuelta esta teoría en nuestro libro *Hacia la Gnosis: Ciencia y Teosofía*, en los epígrafes «Homúnculos, Xílope, Viator», y en «Escarceos matemático-filosóficos».

© Biblioteca Nacional de España

Benot. En su aspecto *secreto*, es todavía más... pero quédese por el momento aquí.

Bástenos ahora considerar, con el químico Duget, las relaciones de la geometría y el color, pues conocidas son las de la geometría, ó estudio de la cantidad en el espacio, con el concepto abstracto de número ó cantidad pura, sin ninguna de las cualidades de la materia.

Entre la extensión de onda de calor y las formas geométricas, media relación estrechísima. «El examen microscópico de fotografías sacadas en determinadas condiciones, permite establecer una relación exacta entre la extensión de la onda y la forma molecular del cuerpo que la emite ó refleja. Correspondiendo cada amplitud de onda á un valor, ó sea á un color, engendra una forma molecular geométricamente distinta, y pues que las formas moleculares geométricas del azul, del amarillo y del rojo, son siempre semejantes á sí mismas, fácil resultará reconocer la forma geométrica que corresponde á cada color espectral.»

Extensión de onda, vale tanto como forma especial de vibración de un conjunto atómico, y tal vibración es registrada, es vista, por el ojo fotográfico, y probablemente también por las células de los bastoncillos en el ojo humano, como forma geométrica. La vista retiniana, ó al menos, la fotográfica, al ver los siete colores, recibe realmente, por una especie de tacto sublimado, la impre-

© Biblioteca Nacional de España

sión sucesiva de los siete sólidos pitagóricos (cinco, si se suprimen el primero y el último) punto, tetraedro, cubo ó exaedro, octaedro, dodecaedro, icosaedro y esfera, como manifiesta el siguiente cuadro:

© Biblioteca Nacional de España

Gama numérica.....	1	2	3	4	5	6	7
Gama musical.....	re	mi	fa	sol	la	si	do
Gama luminosa.....	rojo	anaranjado	amarillo	verde	azul	violeta	blanco
Gama geométrica.....	punto	tetraedro	exaedro (cubo) ×	octaedro	dodecaedro	icosaedro	esfera
Su número de vértices..	cero	cuatro	ocho	seis	doce	veinte	infinito
Forma de sus caras.....	ninguna	triángulo	cuadrado	triángulo	pentágono	triángulo	forma límite
N.º de aristas por vértice	cero	tres	tres ×	cuatro	tres ×	cinco	infinito
	a		b		c		d

(1)

(1) Existen en este cuadro deficiencias imposibles de salvar sin acudir al desarrollo por diez, pero lo omitimos para no dar mayor obscuridad á las explicaciones No lo olvide, sin embargo, el lector.

Tampoco podemos detenernos en la derivación de las formas regulares unas de otras por truncaduras, biseles y apuntamientos, las cuales, v. gr., hacen derivar del tetraedro al cubo, octaedro, dodecaedro, romboidal é icosaedro.

© Biblioteca Nacional de España

Mientras más se medite sobre el adjunto cuadro, más y más se ve conducida la mente hacia misteriosísimas analogías, misterio relativo que para ciertos seres empieza ya á desvanecerse. Nótese, entre otras cosas, el cruzamiento ó inversión recíproca de los sólidos intermedios, que puede ser gráficamente expresado diciendo, en lugar de las caras y vértices de cada uno: *cero-cero, tres-tres, tres-cuatro ó cuatro-tres, tres-cinco ó cinco-tres, infinito-infinito.* Llevando las cosas á un concepto dinámico—y suponiendo á cada uno de dichos sólidos como un centro de fuerza—, ésta podrá escapar ó irradiar al exterior por los infinitos vértices de la esfera, por los veinte del icosaedro, por los doce del dodecaedro, por los ocho del cubo, por los seis del octaedro, por los cuatro del tetraedro y por uno sólo en el punto. Tales son las consideraciones que, más al por menor, conducen á profundas teorías acerca de la dinamicidad química y las derivaciones cíclicas, y por otro, á lo que el genio de A. Soria-Mata ha estudiado para sus *Orígenes poliédricos de las especies*, y también conducen hacia los recientes estudios de Schrön sobre el crecimiento celular de los cristales minerales. Ningún teorema de geometría, ni el mismo relativo al triángulo rectángulo, resulta más hermoso que aquel que demuestra analíticamente que el número de caras, mas el de vértices de todo poliedro regular, es igual al número de aris-

© Biblioteca Nacional de España

tas *más dos*, y aquel otro que enseña cómo no son posibles más sólidos regulares que los arriba descritos.

¡Cuánto, y cuánto, no ha iluminado á los sabios esta ley cíclica!

Preguntádselo á Crookes, el descubridor del Talio, el estado radiante y la medida de la fuerza psíquica; á Ruselì-Vallace y á Darwin, cuando escucharon la palabra mágica que encierra toda la evolución de los seres, desde el átomo hasta el ángel; á Newton con sus leyes de la gravitación universal, y á Leibnitz con sus ideas innatas, aportadas como tesoro fiel de existencias anteriores; á Zöllner al tener que echar mano, para explicarse ciertos fenómenos de eso que impropiamente se llama la cuarta dimensión en el espacio. Preguntádselo asimismo á Kepler, cuando subvertió el recíproco papel del sol y el planeta, del cielo y la tierra, con sus leyes inmortales, ó á Pitágoras, ó al Profeta Rey—perdonad la mezcla de nombres ilustres de tan diversos tiempos—cuando aseveraban, y es divina verdad, que los cielos cantaban las glorias del Alfa y la Omega de los mundos, del que es y era y ha de venir, según el lenguaje del *Aguila*, á quien en el *âtmos* llegó la palabra de Dios en el día de domingo. Preguntadlo á la doliente péñola de nuestro Rey-Sabio, el de las *Siete* Partidas. Preguntadlo, en fin, al químico Mendelejeff, quien con sólo escribir en

© Biblioteca Nacional de España

líneas horizontales septenarias los diversos cuerpos simples de la química por el orden de sus pesos atómicos, halló ordenados por columnas verticales estos mismos cuerpos, según las leyes de sus propiedades similares, hasta el punto de constituir todas las clásicas familias, y de que los espacios que resultaran vacíos en la escala clamaran por sus ignotos cuerpos respectivos, cuyas propiedades correspondientes resultaban de antemano conocidas, á la manera que en Astronomía, antes fué conocido por el cálculo que por el anteojo, el planeta Neptuno.

Tras la verdad externa está la interna, como la semilla tras la pérula, la esencia tras la forma, y tras el hombre, Dios. Por eso, todas las escrituras sagradas de Oriente, incluso la de la raza blanca, son un vivo himno entonado en loor del gran misterio del Uno-Tres, del siete y del diez. Ellos vivifican á un tiempo á la naturaleza, á la ciencia y á la filosofía, porque, en su abstracción sublime, son algo consustancial con el Creador; constituyendo la Aritmética Sagrada que alzó las pirámides de Egipto y trazó la esfinge, la cruz, el pentágrama y el sello salomónico, y entretejió los *quipos* peruanos, crónicas completas de las razas aztecas del Nuevo-Viejo Mundo, y escribió los Vedas, é inspiró á los Bramines, y rimó el Ramayana en loor del Cordero-Misterioso, é hizo, en fin, que Dios tomara carne en el

© Biblioteca Nacional de España

seno de una Virgen Inmaculada, esto es, que el Espíritu Supremo se revistiese de Materia cósmica en el dulce regazo de Maya.

—¿Dónde, si no, la inspiración del artista, verdadero vate iluminado por la divina luz?—Un color no es un color, un mundo no es mundo, ni una nota es una nota, más que para el profano indocto. Unas son las leyes de la razón; otras más augustas, las leyes de la Intuición. El que razona crece, como antes se creía que creciera la piedra, por yuxtaposición: el que desarrolla la facultad intuitiva crece por intususcepción. El instrumento material de la una son los sentidos; el de la otra, por un lado la razón y por otro la fantasía creadora, esa facultad que basta, según el alemán Frohschammer, para explicar á un tiempo la razón, la naturaleza y la historia.

Notemos de paso, aunque se crea que nos apartamos con ello del estudio del color, un fenómeno que parece baladí, siendo altamente transcendente. El Yo, la Conciencia—tolerad estas letras mayúsculas—parecen correr en su evolución planos sucesivos en los que á sí propio no se ve, ni tampoco lo que en cada etapa le rodea, hasta que pasa al plano superior inmediato. El animal vive sólo en la conciencia de los hechos concretos y sus sentidos, en cuyo plano se halla; rara vez le engañan en sus instintos. El hombre vulgar comienza ya desarrollando un principio de abstrac-

© Biblioteca Nacional de España

ción rudimentaria, y al querer volar á regiones más augustas, aquellos mismos sentidos que al animal bastaban y no engañaban, diríase que le presentan, sí, las verdades, pero invertidas á los ojos de su razón: ve salir y ocultarse al Sol, á la Luna y á las estrellas, y juzga que todos ellos giran en torno de la Tierra, cosa que sigue creyendo luengos siglos, hasta que el cultivo de su razón le enseña la verdad contraria, después de reirse de Anaxágoras y Galileo; al juzgar sobre sus dimensiones, hace á la Luna mayor que al Sol, á éste mayor que á Sirio y á Sirio mayor que cualquier visible nebulosa, hasta que la razón le invierte sencillamente el concepto, y le lleva á una más perfecta verdad, porque toda verdad es transitoria y relativa, menos las llamadas Verdades Eternas, ya que, como dice Balmes, la verdad radica en una conformidad, una igualdad, un paralelo, entre la realidad y nuestro ser, y es tan variable, por tanto, como todos los estados evolutivos que á los seres caracterizan. Ven asimismo los sentidos á los centros nerviosos encerrados en lo más profundo del edificio óseo, hasta que la biología le enseña que este sistema es el más exterior, como formado, juntamente con la piel, en la capa más externa de las tres que se originan en los primeros días de la evolución del feto. Ven los sentidos la materia, y la razón nos enseña la fuerza, que es lo que no se ve precisamente.

© Biblioteca Nacional de España

Para aquéllos, la Tierra es plana, grande en medio del vacío, y para ésta, miserable corpúsculo de lo infinito. ¿A qué seguir, si es axiomático el antagonismo, pues en él, precisamente, se apoya la ciencia contra la rutina, la ciencia, que no toma ya á los sentidos como facultades, cual los animales, y sí como preciosos instrumentos?—Regla de proporción filosófica: los sentidos son á la razón, como el animal es al hombre de nuestros días.

Pero esa divina evolución con que la finitud aspira noblemente á lo infinito en eternos crecimientos, ¿habrá de detenerse aquí? No es creíble, y sería inoportuno extenderse en consideraciones: el Logos, el Dios de todos los amores, se complace, como Padre misericordioso, en nuestros infantiles crecimientos, desde la invención del fuego ó de la rueda, hasta el buque de vapor ó el telégrafo sin hilos. A una nueva evolución—permítasenos el aparente atrevimiento—la razón no perderá su fuerza ni sus tesoros admirables, pero sí perderá su jerarquía al ceder su puesto excelso á otra facultad más potente: la Intuición. Seres superiores admiten todas las religiones—los devas, ó ángeles—que no conocen por raciocinios concretos, sino por conceptos abstractos de bien, verdad ó belleza, y han sido ellas tan amorosamente solícitas con el hombre, que hasta le consideran protegido doquiera por aquellos seres ex-

© Biblioteca Nacional de España

cepcionales que extienden también sus tutelares alas sobre las familias, las razas y los pueblos.

A dónde nos haya de llevar esa dichosa evolución, ya puede alcanzarlo la elevada mente de muchos entre nuestros lectores, á poco que mediten en esa difícil ciencia que Salomón llamaba Sabiduría, y que aquí llamaremos Ciencia del Sentimiento. Sócrates al beber la cicuta, Guttenberg al huir de la ciudad alemana, Galileo y Colón ante los rigores de la ciencia oficial por sus intuitivas lucubraciones, Fulton y mil y mil más, tenidos, gracias á ellas, por locos, demuestran en filosofía de la historia la inevitable pugna que surge ante cualquier destello intuitivo, en que el ser privilegiado que le emite hacia los demás, sufre el choque de retroceso ó de reacción de la atrasada razón colectiva, hasta que el progreso lleva á la razón hacia aquellas verdades, como la razón antes llevara hacia otras análogas á los sentidos descarriados, con cuyos progresos el horizonte humano se ensancha por modo considerable.

Hasta que no alboreó la razón en la historia, no alboreó la ciencia tremolando sobre la impotencia de los sentidos para explicar sus verdades augustas: hasta que el día de la Intuición no llegue, el Sentimiento, que es algo más que la ciencia toda, no saldrá de esa semi-inconsciencia ilógica y poco justificable á que, en un plano inferior al suyo, la tienen condenada las insuficien-

© Biblioteca Nacional de España

cias de nuestra flaca razón, como facultad insustituíble para el conocimiento de *las formas*, é inservible para las apreciaciones de *las esencias*, y no digamos si se presentarán ó no, inversiones de concepto paralelas á las que revolucionaron el universo de la materia en la época del Renacimiento...—Entonces habría lugar á revisar con esmero la mayor parte de las supersticiones populares ó mitos. El pueblo se engaña rara vez, y pasa con las extravagancias de aquéllas tan entretenidas leyendas, lo que con las letras muertas de los idiomas europeos, que sirven de guía al lingüista para sorprender los primeros balbuceos de la Humanidad.

—¡Color!—Colores busca el artista para su paleta; la riqueza de fantasía descriptiva se llama viveza de colorido; por el color nos es dable conocer las emociones; el color es siempre un símbolo y hay un lenguaje de los colores, como hay otro para la música. Color es fuerza, es vibración; color es materia, es geometría, es número, es abstracción que eleva hacia Dios. El color brilla con su definitiva pureza del blanco en la vestidura del lama como en la *palia* pontificia, símbolo adulterado de toda la raza aria; él es morado, cuando quiere dar la nota de color que acompaña siempre á los sublimes—blancos—despertares de todas las evoluciones; él es rojo obscuro, en la pasión impura, y rojo fuego, en los ardientes sen-

© Biblioteca Nacional de España

timientos que nos elevan... Él tiñe la atmósfera de simbólico azul, y con azul y blanco viste á Maya, la Ilusión, la Reina de los Cielos, la coronada por Sol esplendoroso de rayos inextinguibles; él es verde en la esperanza y negro en la desesperación; él salpica el abismo de soles múltiples, que llevan escritos en el tinte de sus rayos su composición química, y lo que es más aún, toda la historia de su existencia, pues al revés de como parece creerse hoy, la evolución los ha conducido siguiendo toda la gama del rojo al amarillo, y del amarillo, por el azulado, al blanco resplandeciente del tipo Sirio, astro que las tradiciones orientales dicen que fué rojo, como hoy Antarés, en edades remotísimas, cuando presidió, desde aquel su lejano polo, la evolución de la cuarta Raza-Raíz, la raza roja de los atlantes, sepultada hoy en las profundidades del mar.

© Biblioteca Nacional de España

Los dos émulos del telescopio.

(EL ESPECTROSCOPIO Y LA CÁMARA FOTOGRÁFICA)

La fotografía y el espectroscopio están aventajando al telescopio mismo en algunas investigaciones astronómicas. Realmente, comenzamos con ellas á ver en lo invisible.

El clásico descubrimiento del planeta Neptuno, realizado, como es sabido, por Leverrier, *sin mirar* al cielo y por sólo el cálculo de las perturbaciones de Urano y Saturno, sus vecinos, va ya quedando en mantillas.

En otro tiempo la vista guiaba á la mente del sabio en sus pesquisas por lo desconocido; hoy va ya ocurriendo lo inverso, y antes de ver sabemos lo que ha de verse.

El aforismo sensualista de que nada pasa

© Biblioteca Nacional de España

á la inteligencia sin mediación de los sentidos, pierde no poco de su vigor. A la manera de esos amigos intelectuales que no se conocen en el orden físico, sino tiempos después de convivir en la idea, los secretos más preciosos del cielo tocan primero á nuestra razón y después se patentizan ante nuestra vista.

No voy á hablaros ahora del extraño álbum de fotografías póstumas ó astrales de cierto doctor norteamericano, que tanto ha despertado la curiosidad de los doctos, por relacionarse con problemas de ultratumba, cuando no con maravillosas plasticidades de los flúidos nerviosos, de los rayos Blondot, ó de automatismos del humano inconsciente. Ni os diré tampoco nada de aquellas fotografías de personalidades, dobles en un solo organismo, más misteriosas que el propio conde de Saint-Germain, realizadas por el químico Williams Crookes.

Hay tres hechos solemnísimos que harán época en la historia de la astronomía fotográfica.

El descubrimiento del espectro ultravioleta, con rayas de absorción, reductor de las sales de plata y verdadero continuador del iris en la región obscura, donde, por pobre, ya no penetra nuestra vista. La aparición de las nebulosas de las Pléyades en la placa fotográfica, expuesta á sus tenues rayos unos cuantos días consecutivos. El hallazgo de la capa más remota de la corteza, por

© Biblioteca Nacional de España

decirlo así, de nuestro universo, de la Vía láctea haciendo fondo al abismo cerúleo.

Tourner, en su última obra sobre los últimos adelantos de la ciencia de Urania, ha estado acertadísimo al cantar como vate, más que describir como sabio, ese místico manto del gran conjunto que, cual la cubierta de un fruto, encierra, á guisa de ínfimos átomos, los 80 ó 100 millones de soles de la gran familia, en la que nuestro Febo es uno de los más liliputienses benjamines.

Sí. El color negro, absolutamente negro, del consorcio de la muerte y de la nada surgida, no existe en los espacios celestes. Sea cual fuere el poder del anteojo, un esfumado lechoso, un vago tinte blanquecino, un humo ó algo así, tonaliza, por modo misteriosísimo, el fondo del cuadro sobre el que brillan, cual vívidas y minúsculas joyas, estrellas de colores de todas las magnitudes.

La placa, expuesta demasiados días á la acción de su tenue luz, acaba por tornarse completamente blanca. No queda sin herir la más ínfima molécula de sus sales sensibles.

Todavía es más admirable el espectroscopio. Su conocida sensibilidad, reveladora hasta de la millonésima del miligramo del sodio en la atmósfera de un extenso laboratorio, resulta ya una vieja y nimia cosa. Su analizar de los componentes químicos de soles y nebulosas, sus intuiciones

© Biblioteca Nacional de España

relativas á las edades astronómicas, ya resulta algo grosero en cierto modo.

Hoy la labor espectroscópica es original en extremo. Sirve nada menos que para apreciar si un astro del remoto infinito se aleja de nosotros ó se acerca, y hasta la dirección que lleva, y casi la velocidad con que lo verifica.

Pocas son las estrellas con paralaje apreciable, esto es, susceptible de que su alejamiento incalculable, que se cuenta por trillones de billones de kilómetros, pueda ser medido, en modo alguno, por los procedimientos matemáticos sabidos ya.

Ninguna, sin embargo, se resiste al fino análisis del admirable aparato. Las líneas de su espectro luminoso revelan sus movimientos, según se desvíen sutilísimamente hacia el violeta ó hacia el rojo.

Es más: las estrellas, hasta aquí tenidas por simples, como nuestro Sol, se han *desdoblado* gracias al espectroscopio, y allí donde el viejo telescopio veía un solo astro, ha sido preciso creer en dos, tres ó más, ligados por lazos gravíficos ó de común origen, y que otro telescopio más poderoso ha venido luego á evidenciar, presentando ante nuestros ojos las estrellas componentes. Capella ha sido buena prueba de ello.

Doble, por ser de dobles líneas su espectro, apenas si el Observatorio de Greenwich ha conseguido verla como un astro algo alargado. Otro

© Biblioteca Nacional de España

anteojo de mayor aumento acabará por separar uno de otro los dos soles gemelos de la brillante alfa del Cochero.

¿Quién se lo había de decir á los ilustres Galileo, Herschell, lord Rosse y Huygens? ¡Sus queridos telescopios, reducidos á aparatos de segundo orden para ciertas exploraciones de los cielos!

Antes se buscaba un cometa con ellos, cual el perdiguero ventea un rastro, ó cual se busca una aguja en una polvorienta carretera. «Hoy la ciencia es más burguesa». Pongo una placa en el anteojo fotográfico, la enfoco hacia la región más ó menos sospechosa; doy marcha al celóstato, y me voy á dormir. Si algún cuitado cometa viaja por aquella zona ya dejará tarjeta, pues mientras las estrellas fijas que le circuyan se marcarán con puntos luminosos de diversos tamaños, él dejará una rayita blanca, dado que *se habrá movido.*

¡Oh bendita religión la de la Ciencia! ¡Tú nos predicas mejor y más hermosamente que todos los teólogos del mundo!

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Varios fenómenos psíquicos de mi vida.

Sin pretensiones ocultistas, que jamás deben tenerse sin una altísima espiritualidad, que disto mucho de alcanzar, por desgracia, voy á relatar sencillamente algunos fenómenos raros que me han acontecido durante mi vida, relacionados con realidades del mundo hiperfísico.

Hace ya muchos años, mi familia, pobre y desvalida, llegó por primera vez á Logrosán (Cáceres), mi pueblo natal, en una tempestuosa noche del mes de Marzo. El vehículo que la conducía se detuvo no lejos, al Oriente de dicha población, frente á la ermita llamada del «Cristo de las Angustias».

Sin saber dónde refugiarse ni qué rumbo tomar, lloraron amargamente los míos, y diríase que aquel lugar fué consagrado para nuestros futuros destinos.

© Biblioteca Nacional de España

Muchos años después, en 1889, caí enfermo con una meningitis que puso en grave riesgo mi vida. Los médicos aseguraban un desenlace fatal.

Las veces que podía salir de paseo, solía mi padre llevarme por aquellos sitios. Cierta tarde de Diciembre, al cruzarlos, una de mis frecuentes alucinaciones, hijas de mi dolencia, me hizo ver, tendido en la cuneta de la carretera, á un singular mendigo *sin cabeza.*

El efecto que semejante alucinación me produjo fué inmenso; pero mi triste estado no me permitía hacer consideraciones mentales acerca de lo que veía, ni menos comunicárselas á mi padre.

Pocos días después, en circunstancias análogas, paseando nuevamente con mi padre, vimos ambos que avanzaba por la carretera en dirección á nosotros, y con paso tan gallardo que parecía no tocar el suelo, un joven hermosísimo, rubio y de excelentes colores. Cubrían su cuerpo unos andrajos singulares, parecidos á los de la alucinación anterior, pero en manera alguna repugnantes. Su edad parecía ser la mía: unos diez y siete años.

Lo que acaeció entonces no he podido explicármelo. Pedí dinero á mi padre para darle una limosna, como lo hice. El mendigo pasó junto á mí sin decir palabra, cautivándonos con su hermosura. Ni á mi padre ni á mí se nos ocurrió el volver la vista atrás para seguirle; pero nos miramos fijamente entrambos, rompiendo simultá-

© Biblioteca Nacional de España

neamente á llorar, llenos de ternura. Una exclamación misma salió al par de nuestros labios: «¡Parece el ángel de Tobías!»

Aquel momento marcó sin duda una crisis en mi enfermedad, hasta el punto de que desde entonces se inició una convalecencia tan inesperada como rápida.

En unos siete días me encontré curado.

Falta, sin embargo, lo más notable.

Habían pasado de esto cuatro años y medio, cuando en 1893, y previa no sé qué especie de premonición poco definida, cruzaba por aquellos lugares en la madrugada del 5 de Julio para practicar, como abogado, una diligencia judicial, y ¡cosa estupenda! levanté la vista al cielo, teñido ya por los primeros albores matutinos, y vi en la constelación del Cordero un astro nuevo de cuarta magnitud... ¡Era el cometa que lleva mi nombre!

. . . . . .

***

Entre los muchos accidentes raros que me acontecieron durante dicha enfermedad, recuerdo que cierta tarde en que mi padre velaba á la cabecera de mi lecho, se iluminó para mi vista la estancia con extrañas luces.

Una luz violácea indefinible inundaba y parecía vitalizar el ambiente; de mi cuerpo irradiaba un efluvio de intenso color amarillo, mientras que

© Biblioteca Nacional de España

el autor de mis días aparecía circundado por un rojo algo rosáceo.

Mi estado morboso dedujo de aquello no sé qué serie de argumentos. Por entonces ignoraba yo todo cuanto se relacionase con la teosofía y el espiritismo.

Cuando ya mejoraba, torné á ver en algunas ocasiones la famosa luz violácea determinando un ambiente de dulce y excelsa alegría, de la que nadie, á no conocerle, puede formarse cabal juicio. Al respirarle materialmente se bebía vida.

Después he vuelto á ver en sueños dicha luz singularísima, según describo en la «Preparación al estudio de la fantasía humana», y las circunstancias de tales fenómenos vienen á coincidir en un todo con los ensueños empapados en semejante luz, que nos describe la *Fisiologie du goût*, de Brillat-Savarín, en su capítulo sobre el sueño y los ensueños.

***

Cierto día, caminaba solo y á pie desde la estación de Medellín (Badajoz) hacia la población, distante unos tres kilómetros.

Al volver un recodo del solitario camino, me salió al paso un perro con todos los síntomas aparentes de la hidrofobia. Rápido, seguro y sin ladrarme, se lanzó hacia mí con la boca abierta para morderme. Una idea relámpago cruzó entonces

© Biblioteca Nacional de España

por mi cerebro aterrorizado: la de permanecer quieto, vista la imposibilidad de la defensa ó la huída, para que, ya que me mordiese el perro, que no me destrozase.

Me detuve á pie firme. El can dirigió su boca abierta hacia mi pantorrilla para morderme; pero fuese por mi aparente serenidad de ánimo, ó porque se hallase al principio ó fin del acceso, ó por otra causa no explicada, le asaltó al animal una especie de *trismus*, y desviando súbito la cabeza, se retiró sin morderme.

Desde entonces dejaron de aquejarme las pesadillas relativas á perros hidrófobos, que muchas veces me atormentasen.

Los hechos anormales que voy á referir, se relacionan con la muerte de mi padre, en 1904.

A la sazón me hallaba ausente de él, en Madrid.

En la madrugada del 1.º de Junio, el sencillo y naturalísimo hecho de la caída estrepitosa de una cacerola en la cocina, al tiempo que entraba en casa, me sugirió, no sé por qué especie de misteriosas asociaciones ideológicas, el temor de que algún desagradable suceso acaeciese en mi familia. Caídas de objetos semejantes, tan frecuentes como es sabido, nunca han determinado en mí semejantes asociaciones psicológicas, hijas casi siempre de una superstición que se debe rechazar.

Acostéme sin preocupaciones; pero la trama de mis ensueños giraba toda en torno de mi lejana

© Biblioteca Nacional de España

casa. Creía ver en ella una alarmante agitación en el dormitorio de mi padre.

Pasaron, sin embargo, los días sin novedad; pero unas dos semanas después, un telegrama urgente me llamaba á casa: el ser querido, por el que temía, yacía, en efecto, gravísimamente enfermo por un segundo ataque, de la misma especie que el primero, que me habían ocultado.

La premonición, pues, se confirmaba.

Un ferviente deseo de salvar á mi padre se apoderó de mí y aun cuando no se me ocultase que estaba herido de muerte, la gravedad de su estado desapareció como por encanto.

Durante las noches de aquel estío, acostumbraba á pasear por las cercanías de la población sin que nada extraordinario me aconteciese. En una de ellas, volví á sufrir súbitos é inexplicables terrores, en mí nada comunes, y que me obligaron á volver prontamente á casa. La imaginación me sugería mil y mil fantasmas de carácter bien singular, que me producían escalofríos de miedo.

La noche siguiente recayó mi padre, muriendo dos ó tres días después.

Ocho días más tarde, cuando aún me hallaba bajo el peso de tan triste acontecimiento, torné á sentir por la noche el mismo terror de antes, y una vez acostado, tuve un ensueño harto curioso.

Vime acostado en mi cama, al lado de mi esposa y cerca de mis dos hijos, con detalles de per-

© Biblioteca Nacional de España

fecto realismo. Envuelto como en una vestidura fluídica, pero no luminosa, entró mi padre en la estancia, se inclinó sobre mí, besándome con el mayor cariño, y lo mismo hizo con mi mujer y con mis hijos.

Luego me pareció que le acompañaba por diversos sitios de la casa, exactamente igual que durante la vida ordinaria, sentándonos en dos butacas del salón y conversando con la mayor naturalidad acerca de diversos pormenores de su padecimiento.

Un detalle impresionante y fantástico descollaba sobre el perfecto realismo de la escena. Al lado de nuestras butacas aparecían dos magníficas plantas de las llamadas *dondiegos*, dotadas de vertiginoso movimiento rotatorio; algo así como la visión astral por todos lados ó simultáneamente, atesorada por mi cerebro físico en la única forma supletoria posible: la de un movimiento rotatorio.

Después pareció volver mi padre á su lecho, y atravesar de nuevo las fases de su enfermedad, pero sin producirle dolor ni extrañeza. El ensueño se fué desvaneciendo suave, hasta que me hallé despierto. Diríase que apenas le separaba un punto de la vigilia, y sus detalles me parecieron al despertar tan naturalísimos cual si me hubiesen acaecido durante ésta.

***

© Biblioteca Nacional de España

El ulterior estudio de la Teosofía, por fortuna, ha parecido embotar más bien que desarrollar en mí esas percepciones hiperfísicas á las que la menor anormalidad me condujese en mi condición de soñador y poeta. Nada más natural ciertamente, porque los superiores conocimientos que dicha disciplina proporciona, abren vía normal al estudio sistemático de estas cosas, *desde arriba*, ó sea en el pleno dominio volitivo que se tiene en la vigilia, y con el previo conocimiento de que estos órdenes hiperfísicos son algo todavía grosero y peligrosísimo frente á las sublimidades de la vida espiritual, de la que nos tienen tan apartados, por desgracia, nuestras crueles imperfecciones. La seguridad de que en hombres vulgares, como el que esto escribe, la visión llamada astral es una cosa más de temer que de desear, mientras no se alcanzan cumbres espirituales, harto elevadas para uno, todavía, actúa de sedante y freno en esta senda de mediumnidad pasiva, el mayor de los escollos del verdadero teosofista, y en el que han fracasado muchísimos.

Así es que desde entonces nada anormal ó hiperfísico he vuelto á percibir, como no sea alguna impresión curiosa de retorno á mi cuerpo físico al final de un ensueño.

Sólo tres ó cuatro veces he experimentado impresión semejante. Una de ellas creía estar hablando con los de mi familia, en el comedor de

© Biblioteca Nacional de España

casa, y como ellos me invitasen á acompañarles no sé á dónde, yo les opuse el inconveniente «de estar acostado en mi lecho, en la habitación vecina». Momentos después, me sobrevino una sensación obtusa en el occipital—otras veces en el costado—, y en seguida la no menos singular de «*ponerme* mi propio cuerpo como si fuera un traje de punto». Un instante más tarde desperté con perfecta suavidad y sin molestias, con la persuasión íntima de haber tenido un punto de conciencia de desdoblamiento.

Todos estos fenómenos me proporcionan una enseñanza: la de que la evolución normal de nuestro propio ser nos va dando poco á poco, sin casi notarlo, testimonios de ese terrible mundo colindante con el mundo físico, sin violencias crueles y peligros, como las mediumnímicas, y á la manera dulce y progresiva con que nos sobreviene la pubertad, cuando el vicio no la anticipa. Este tranquilo evolucionar de facultades nuevas, puede verse interrumpido por los malditos anhelos de ocultismo que hacen presa cruel en nuestras insanas vesanias de adelantar la visión de un mundo poco menos imperfecto que éste, y tan falto, casi, como él de verdadera espiritualidad; mundo para el cual, aparte de las infinitas ganzúas de la enfermedad, el vicio, el mediumnismo y la magia negra, sólo hay dos llaves: la de un conocimiento gradual, científico, sin prisas ni

© Biblioteca Nacional de España

anhelos, pero con la premisa absolutamente obligatoria de una vida santa, á la que casi nadie entre nosotros los occidentales alcanza; y la otra llave misteriosa que con la muerte nos abre de par en par las puertas de lo desconocido.

Observemos, sí, nuesta vida. Prestemos delicada atención á cuanto vulgar ó extraño nos acontezca, y hasta narrémoslo con sencillez y verdad; pero no olvidemos, sin embargo, que esas evidencias, más ó menos confusas, antes son un peligro que una fortuna para el teosofista, si no cuenta con el precedente de una pureza y una cultura tales como no suelen verse entre nosotros.

© Biblioteca Nacional de España

Higiene del pensamiento.

La mente, como la fantasía, como el sentimiento, como el cuerpo físico, tienen su higiene; pero la de aquella es acaso la más importante y la primera.

Ella supone, como factor fundamental, el orden, *porque es el orden de la vida.*

Hay, ante todo, que ordenar las ideas. Una mente desordenada todo lo hace mal: aunque no lo creáis, perturba y hace enfermar al cuerpo.

Si reparáis bien, todas nuestras enfermedades radican *ab initio* en otros tantos errores de la mente.

Padezco, por ejemplo, del hígado, por *cirrosis*; del estómago, por atonía digestiva; de las arterias, por *esclerosis*; del cerebro, por debilidad funcional; consulto al médico sabio y él me dice: «Teneis tales enfermedades por alcoholismo cró-

© Biblioteca Nacional de España

nico; por ese alcoholismo que no os hace caer quizás ebrio en las calles, pero que mina aún más vuestra existencia con la malhadada copita de licor por la mañana, tras el café, ó por la noche, la falsa *copita inspiradora*, ganzúa con la que muchos intelectuales abren la puerta á la inspiración, cuando ella con el inofensivo *alcohol* del ejercicio, la convivencia con la madre-naturaleza y el recto vivir, se abriría por sí sola.»

Entonces reflexiono y me digo: Ya sé la causa próxima de mi dolencia; pero, ¿y la causa última ó eficiente? Una sola; un triste error: el muy extendido por desgracia, de que el alcohol á diario, aunque en mínimas dosis, inspira y fecunda á la mente, calienta, ayuda á la digestión ó reconforta; cuando la mente sólo se inspira por la lectura y aún más por la meditación sensata, esto es, por sí misma. Al equivocarme, tomé inconscientemente la senda que á la larga lleva á los *paraísos artificiales* del opio y el hachisch. Así enfermaron y se perdieron muchas preciosas vidas.

¿Siento los incentivos sexuales, y me dejo llevar más, y más, por ellos? Pronto se presenta la terrible neurastenia, el mal del día. ¿Por qué? Por el error de haber exagerado sus satisfacciones, creyéndolas erróneamente una felicidad absoluta.

La ciega exageración en el estudio, placer mórbido también, me conduce por análogos derrote-

© Biblioteca Nacional de España

ros de perdición. La ciencia es buena; la ciencia es redentora, pero tomada en abstracto, sin las debidas ponderaciones de la higiene integral, seca el alma y embrutece. ¿No habéis observado alguna vez, pese á la aparente impropiedad de la frase, esos singulares casos de embrutecimiento científico? Yo si, puesto que he conocido muchos matemáticos, sin fantasía y sin alma, verdaderos desgraciados, condenados á no gozar las delicias de la vida.

Pocas cosas hay más antihigiénicas que el especialismo al uso.

Bueno es cultivar una especialidad, único modo de arrancar secretos á la Naturaleza; pero olvidar por ella lo que debemos al sintetismo de la existencia, es locura. Lo que diríais de un hombre perpetuamente sentado, ó perpetuamente en pie, á ser posible, eso mismo digo yo del que siempre mantiene su mente en una orientación determinada. Es la ballesta de Esopo, siempre tensa; ó el jardinero del estanque, de Iriarte, que si regaba, regaba tanto que dejaba en seco los pececillos de éste, y tampoco sabía conservarles con agua sin que quedasen sin gota las plantas del jardín... «Bueyes y labor», que dice el proverbio.

Criticamos un mal europeo, que ha inspirado á Max Nordaux sus paradójicos tratados sobre la degeneración de nuestra época.

© Biblioteca Nacional de España

Por eso, la juventud universitaria me apena. Del *estado primitivo* ó semisalvaje de sus primeros años de vida, saltan *en seco* á un brutal mentalismo del texto, mentalismo cerrado, que nada deja al sentimiento y á la fantasía.

La tensión entre la ley natural perturbada y su mísero perturbador, aumenta... ¡Cuántas humanas maquinitas saltan por eso, ó se inutilizan á los diez y ocho años! Esto es un crimen.

—Fijáos, médicos: en lo más hondo de vuestros diagnósticos existe siempre la huella de un error, hijo de la mente como causa primera, porque la mente moldea al cuerpo y le dirige. Vuestra higiene es buena, á no dudarlo, pero cura ó precave *por fuera*. Sin el auxilio de una alta moral integral, estáis perdidos.

Es que cada orden se rige por su orden superior, como el teniente es mandado por el capitán y éste por el comandante, hasta correr la escala toda. Es que el mundo de la realidad le vemos siempre por el cambiante prisma de la fantasía; es que la fantasía es la *loca de la casa*, si la razón ó mente no la enfrena con la *lógica;* es que la razón fría envilece, hace enfermar y mata, si no la encauzan y estimulan rectos sentimientos... Tal vez en esto cifren las predicaciones de tanta y tanta escuela filosófica... Sin la moral, higiene del sentimiento, estáis perdidos; pero la moral, á su vez, es nada sin el orden, *porque el orden es la vida.*

© Biblioteca Nacional de España

Mas, ¿cómo comprender y practicar el orden? Muy sencillo. Tratando de oir la voz secreta de nuestra conciencia, el más puro y delicado de nuestros naturales instintos. No torzáis, pues, vuestros instintos; antes bien, interpretadlos, encauzadlos; el instinto en nosotros es la voz de la Naturaleza, y el secreto estriba en impedir que se pervierta.

Acaso el hombre de campo los tuerce menos. Por eso es, aunque ignorante, más feliz; y aunque se diga que la Tierra es valle de lágrimas, y, en efecto, lo sea, el hombre sabio puede hacer surgir divinas flores de los estiércoles de nuestra miseria, haciendo efectivo ese amor excelso que, por tantos videntes se os ha predicado, hacia el orden, el bien, la verdad, la belleza y el realismo práctico. Se puede, sin conculcar la ley natural, que es ley divina, ser mucho más feliz de lo que suele creerse. Lo ordenado es lo único bueno; lo bueno es lo único verdadero; lo verdadero es lo sólo bello y lo bello es lo único real, pese á nuestros estrabismos, que nos muestran negruras allí donde sólo hay efectivamente hermosura, verdad, orden y armonía.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Astronomía psíquica.

(SU POSIBILIDAD CIENTÍFICA)

Creo posible una astronomía psíquica. Creo que el hombre que vemos por esas calles es mera parte integradora de un gran conjunto, de un sistema psíquico de admirable contextura, invisible á nuestra grosera vista, sujeto á leyes parecidas á las del sistema planetario, reguladoras de la muerte y de la vida. Pero como el asunto es un poco atrevido, necesita previas explicaciones; suspended un momento el desfavorable juicio que *la cosa* os producirá al pronto. Nadie debe ser condenado sin antes ser oído.

Los esfuerzos de abstracción y de generalización que han levantado el prodigioso edificio matemático, se han ido poco á poco traduciendo en leyes inflexibles aplicadas á toda la fenomenología del Universo.

Los conceptos enlazados con el número han ido

© Biblioteca Nacional de España

encarnando así en la vida y suministrando base racional para ciencias más varias cada día.

El número, la cantidad, aplicados al espacio, dieron nacimiento á la Geometría, y ella ha pasado desde las aplicaciones más teóricas y más admirables, á las más prácticas, relacionadas con el orden, peso, volumen, densidad, forma y figura de los cuerpos.

El número ha reducido á términos concretos los más difíciles problemas de la Mecánica. Hanse averiguado las leyes fijas que regulan los movimientos de los astros, y ahora, con la Mecánica química, las leyes correspondientes al movimiento de los átomos y á la inaudita multiplicidad de los fenómenos químicos.

El número se ha enseñoreado de la Física, de la Cosmografía, de mil aplicaciones en la ciencia militar. El número, como medida del tiempo, deducida de los movimientos terrestres, regula nuestra vida.

La historia con sus cronologías depende exclusivamente del número. Las religiones todas nos hablan de números simbólicos, á los que les conceden importancia altísima.

De una aritmética sagrada ó hermética nos habla la tradición, y la ciencia entera de todos los pueblos antiguos. De la Suprema Causa se habla también cual del Uno-Todo, el inmensurable por Incognoscible.

© Biblioteca Nacional de España

La filosofía admite también una genuína numeración para sus análisis. Todo objeto ignorado es para nosotros cero absoluto: objeto visto por primera vez, se nos presenta á nuestra mente como algo separado de los demás seres, como una individualidad, como un *uno*. La escrutadora percepción analítica pronto revela en él el dualismo: parte de su todo es clara, y parte obscura; parte fea y parte hermosa: *algo* que claramente se contrapone á *algo*, ya físico, ya mental, ya arbitrariamente. Aparece así el dualismo, el *dos* abstracto, lo recíprocamente contrapuesto, según el punto de mira que se elija, y tal dualismo halla al fin, con nuevas investigaciones, un nexo de unión, una modalidad ó lazo común de transición ó sintético, que pasa de la luz á las tinieblas á modo de crepúsculo; de lo bueno á lo malo, por lo indiferente; de lo visto á lo ignorado, por lo que se columbra; de lo grande á lo pequeño, por lo adecuado; de lo concreto á lo vago, de uno á otro extremo, de una á otra manera especial de ser ó de existir, por esos nexos de transición fáciles siempre de ser evidenciados.

El número reina en Terapéutica con la dosificación que, alterada, lleva del remedio al veneno. Reina en Estadística, porque sus conjuntos derivados del hecho observado se generalizan hasta concretarse en leyes orientadas hacia las mil ramas de la Biología, Filosofía y Patología. El nú-

© Biblioteca Nacional de España

mero se enseñorea de todas las artes con la proporcionalidad que impone á todos los elementos integradores de la obra artística.

El número regula nuestra vida en cuanto vemos, y en no pequeña parte de cuanto, ignorado aún, nos queda por ver. A tal lapso de tiempo en la gestación, sobreviene el alumbramiento; á tales otros, mejor ó peor concretados, llegan la pubertad, la madurez, la esterilidad, la senectud y demás fenómenos de nuestra existencia sobre el planeta. Los fenómenos más exquisitos y desconocidos del carácter y de la conducta, son función de la edad, amén de otros factores, no pocas veces.

No pasa día sin que la Ciencia registre un nuevo triunfo del número, ora descubriendo astros *sin mirarlos*, cual Neptuno y los componentes físicos de no pocos sistemas dobles estelares, ora descubriendo en el cuadro numérico de pesos atómicos, ideado por Mendeleeff, las propiedades físicas y químicas *futuras* de ignorados cuerpos simples, ora sorprendiendo y casi pronosticando la marcha de las enfermedades epidémicas, gracias á curvas numéricas, que con razón alguien ha equiparado á las órbitas de los cometas.

Por infinitos detalles numéricos se ha logrado sistematizar la Botánica, ya en un principio, con Linneo, por el número de órganos sexuales de la flor, ya modernamente por los números de sus pétalos, sépalos, hojas, etc., ó por la disposición

© Biblioteca Nacional de España

de los nervios, peciolos, brácteas y demás elementos vegetales, disposición que al caer en cierto modo bajo la Geometría, entra tambien por ella en el Número. Análogas consideraciones serían procedentes en el campo de la Zoología.

La Mineralogía, ya en los detalles geométricos de los cristales, ya en los químicos de las materias de su estudio, mediatamente dependen del Número.

Los ignorados fenómenos que se verifican con nuestra vida, aparecen avasallados por la noción de Tiempo, que es algo consustancial con la noción de número.

¿Qué insensatez puede haber pues, ó qué peligro, en hablar de números, hoy desconocidos, reguladores de nuestra existencia?

En nuestro cuerpo se dan cita las ciencias todas, esas mismas que dependen del número. Materialistas ó espiritualistas, partidarios de la escuela de *sólo el cuerpo*, ó de la del dualismo de cuerpo y espíritu, ó del pluridualismo más completo de los *varios cuerpos* envolventes *más y más* sutiles de la Mónada esencial, nos es forzoso admitir que en la *realidad-hombre* se impone ante todo la armonía, y que ella, sometida como está á leyes propias, no ha de discordar con las demás realidades grandes ó ínfimas del Universo, en punto tan esencial como la idea de número y sus matemáticas aplicaciones.

© Biblioteca Nacional de España

Tal vez no se ha realizado esta investigación por pueriles escrúpulos religiosos, de esos que, rutinarios, se atravesaron siempre en el triunfal camino de los genios. Acaso no ha llegado aún la hora de formular tan atrevidas preguntas como las del número en la vida de nuestro Ego, por ser integración de ciencias múltiples, no susceptibles aún de prestar oportunos auxilios. Quizá, y esto es lo más probable, hemos huído sistemáticamente de tales investigaciones por un temor infantil á lo desconocido, ó porque, como decía Voltaire, para nada hace falta tanta filosofía como para observar los fenómenos que experimentamos nosotros mismos.

En toda aplicación matemática á los diferentes vitalismos, se presenta, además, un escollo casi insuperable. No basta, en efecto, que se dé en ellos algo así como la idea de número, la de homogeneidad entre los fenómenos que se equiparan, y la más concreta, de cantidad, en cuanto hace referencia al aumento ó disminución de los mismos. Siempre parece cortarnos el camino la imposibilidad, real ó ficticia, de poder precisar los dos conceptos indispensables de igualdad y suma, que hacen á las magnitudes *mensurables* matemáticamente.

El concepto de *equivalencia* elude, en parte, tales dificultades. Con él hacemos, por ejemplo, al área de un círculo equivalente á la de un polígono re-

© Biblioteca Nacional de España

gular, ó irregular, de tantos ó cuantos lados. La idea de proporcionalidad es fecunda en resultados imprevistos, pero supone también aquellos conceptos indispensables.

Pero mejor las elude, sin duda, una mayor finura en el hecho de observación. Tal ha sido el hilo de Ariadna que ha seguido el sabio en el laberinto de las ignoradas verdades científicas.

Sabido es, en efecto, que las ciencias que han ido entrando sucesivamente en el cálculo matemático, no lo pudieron conseguir sin un largo período de preparación, durante el cual han ido acumulando hechos sobre hechos hasta llevarlos luego á la fórmula matemática. Los pueblos pastores, que observaron largos lustros el curso de los astros; los pacienzudos experimentadores, que, frotando el *electrom*, inauguraron el estudio de la electricidad; los extraños nigromantes, que persiguieron la piedra filosofal en sus retortas, estaban bien ajenos á pensar que del fruto maduro de aquellas sus investigaciones incipientes, se había de enseñorear la fórmula matemática.

Prescindiendo, pues, de aquel escollo, hoy invencible, de no poderse determinar fijamente los conceptos de igualdad y de suma en el proteísmo psicológico, cabe comenzar como aquellas ciencias lo verificaron, y proceder á la rebusca sistemática de hechos de observación psicológica, tanto en la esfera de la vigilia como en la misteriosa

© Biblioteca Nacional de España

del ensueño. En cierto ensayo sobre la fantasía humana, intentamos algo sobre esto último. Hoy nos fijaremas sólo en aquélla, en la vigilia.

Desde luego la senda se bifurca. Dos clases de hechos se nos presentan como observables: el propio y el ajeno. La exquisita contextura del hecho propio, el valiosísimo testimonio en él de la conciencia psíquica y la elemental razón de su mayor proximidad á cada observador, le hacen preferible de momento.

El postulado que de lo dicho arranca, es muy concreto. Nos sería conveniente observar, autoinspeccionar, analizar con propósitos matemáticos de modo esmeradamente crítico, el amplio panorama de nuestra vida. El clásico *nosce te ipsum* se avalora en esto más que en cosa alguna. Haciendo otros lo mismo y compulsándose después las diversas observaciones, se depurarían errores posibles, quedaría reducida á su justo valor la llamada ecuación personal, doble fuente de tantos tristes desvaríos, como de no pocos dichosos atisbos. La ley numérica reguladora, ó por lo menos ciertas leyes secundarias y parciales, acaso por algún lado se mostrarían.

Justificada la conveniencia de que nos observemos ó *autoinspeccionemos*, demos nosotros el ejemplo; digamos, pues, lo que cada cual en sí propio haya podido *autoinspeccionar*.

De mí sé deciros una cosa muy sencilla. Me

© Biblioteca Nacional de España

hago la ilusión de creer que efectivamente he sorprendido cierta periodicidad en la fenomenología de mi vida.

Esto podrá parecer una extravagancia; pero yo debo decirlo, si he de ser verídico y honrado, refiriendo mis conquistas mentales. La propia observación es capaz de suministrar en cuanto á móviles, precedentes, intenciones, estados de conciencia, etiología, en fin, del hecho observado, detalles exquisitos y de plenísima certidumbre, que es necio pretender ir á buscar en el hecho ajeno. Tan genuína valía justifica, pues, la preferencia que le otorgamos en los comienzos de tamaña investigación.

En mí se da la sucesión de la vida como un suceder cíclico, y observo en ella que su período completo es de catorce años.

En toda la filosofía india, griega y alemana, se admite como cierta la distinción entre lo transitorio y lo inmanente; lo que pasa y lo que queda; lo que Fichte llamara fenomenal ó concreto, y lo nouménico ó abstracto; lo que el sentido vulgar distingue como alto y bajo en el hombre; lo que cierta Escuela, acreditada ya por sus transcendentales evidencias ha denominado *Yo* superior, ó espiritual, y *yo* inferior, ó animal, en el hombre.

El uno cambia, progresa, se transforma; el otro parece dirigir la evolución sereno y permanente; el uno crece y envejece; el otro parece siempre el

© Biblioteca Nacional de España

mismo. Aquél es el obrero que elabora, el faquín que aporta materiales; el otro remeda al capitalista que acumula, al mar que atesora y guarda en su amplio seno los caudales acuosos de todos los ríos. Crece, pues, el gran Yo á costa del yo pequeño, ó con minúscula, y convendría, en vista de ello, simbolizarlos á entrambos por el centro y la circunferencia del círculo.

Pero hay que explotar el símil hasta donde nos sea dable. Hay que considerar en ese girar del yo inferior en torno del superior ó nouménico, algo así como una verdadera órbita de aquél en torno de éste, único medio de dar plasticidad á tamañas abstracciones, y hasta hablar de perihelios y afelios, equinocios y solsticios, etc., en analogía con el Sol y la Tierra, que es la comparación más gráfica que podemos hacer respecto de los mismos.

Aquí entran ya las matemáticas. Si el período total de cada evolución, ó giro de mi yo inferior, es por ventura de catorce años, cual nos hemos imaginado, cada catorce años se habrán de reproducir, en cierto modo y con ciertos matices, análogos hechos, á la manera de como cada trescientos sesenta y cinco días el girar de la tierra reproduce indefinidamente las estaciones; pero asimismo cada siete años, los fenómenos, como las estaciones, cada medio año resultarán contrapuestos, é igualmente unos y otros fenómenos capaces de dise-

© Biblioteca Nacional de España

ñar, una á modo de línea de solsticios, otra línea de equinocios perpendicular á ésta parecerán admisibles.

Adivino aquí vuestra objeción: la cacareadísima libertad humana, tan indiscutible en sí, frente á estos groseros determinismos.

Por de pronto, los puntos fundamentales de mi órbita me resultan claros. Al venir á la vida mi yo superior ó eterno, después de Phedon, la inmortalidad es un postulado de la Filosofía; toma carne, se reviste de mi yo inferior, *nace* en el mundo físico. Siete años después ha de venir, si la sospecha es cierta, algo contrario, algo opuesto é intelectual, y otros siete más tarde, algo físico, perfectamente definido, y así sucesivamente.

El período inferior físico, ó de aphelio psíquico, nos dará en nuestra hipótesis estas fechas: 1872, 1886, 1900.

Ellas, en efecto, coinciden, respectivamente, con tres hechos físicos concretos: mi nacimiento, mi pubertad y el nacimiento de mi primer hijo.

El período contrapuesto, superior, mental, ó perihelio psíquico, parece darme estas otras fechas: 1879, 1893 y 1907, bien caracterizadas, pues en la primera, al aprender á leer, me inicié en lo que es clave de todo el humano progreso, el don de la lectura; en la segunda, tengo un hijo intelectual, descubro un cometa en el cielo; y en la

© Biblioteca Nacional de España

tercera, soy puesto duramente á prueba (1) en mis convicciones teosóficas, y triunfo del obstáculo terrible.

De los dos períodos equinociales, el de la derecha, me da estas otras fechas: 1875-76, 1889-90, 1903-904, que se caracterizan por graves enfermedades, hondos sufrimientos y conmociones ó revoluciones psíquicas, albores de los nuevos períodos, y aquí sí que, lector, me tienes que creer meramente por mi honrada palabra, ínterin tú, con tus observaciones propias, ratifiques ó rectifiques éstas mías humildísimas. No sería malo que al observaros halláseis comprobado algo de estas brutales conmociones de mis psíquicas, dolorosas, y hermosas primaveras, de catorce en catorce años.

El de la izquierda, á su vez, me aporta estas otras: 1882-83, 1897-98 y 1905-04. Todos los viajes más importantes, largos, y educadores de mi vida, corresponden á estos datos. El de la primera me mostró, por primera vez, el mar y el mundo; el de la segunda fecha, por su parte, me llevó dos veces al extranjero con propósitos poco definidos y de los que no me doy una cabal cuenta, cual si lo que se llama vulgarmente fuerza del destino, me empujase. La tercera data, 1903-04, ha coincidido con un continuo viajar por toda

(1) Observación referente á 1907.

© Biblioteca Nacional de España

España... ¡pícaro lector, que me sigues la pista ó *rall-paper* en estas órbitas, con las que no comulgas; ya te veo venir con tu humorismo de buena ley y preguntarme si por acaso he viajado no más que para hacer verdadero el principio *à posteriori!*... Pero no, créeme que no; los tales viajes me han sido, contra mi voluntad, precisos y no hijos del capricho.

—Pues ya aquí—diréis—acabemos de caracterizar vuestras estaciones anímicas.

—Voy á complaceros. El primer cuadrante, ó invierno, se me inicia siempre con períodos de cierta calma espiritual, que luego pasa á duro sufrir y combatir, así que el equinocio correspondiente se aproxima. El segundo cuadrante, me ha parecido *constituyente* ó de vivir nuevo, tanto mejor, cuanto más se ha acercado el perihelio mental ó de vital apoteosis. El tercer cuadrante, ó estival, comienza asimismo tranquilo hasta aproximarse otra vez á los días equinociales de la izquierda, ú otoño, en que se reproducen, con mayor intensidad y belleza, si cabe, los choques del opuesto período, en remedo quizá del titanismo que, en situaciones análogas, parece presentar el equinocio de la Tierra. Los mayores sufrimientos de mi vida, desgracias de familia inclusive, diríase que se han esperado á uno y otro lado de la línea, asunto que se presta por sí solo á hondísimas meditaciones.

© Biblioteca Nacional de España

No hablaré ya más de mí por no cansaros, ni os molestaré con la enunciación de los infinitos pormenores de mi autoinspeccionada vida. Puedo, si queréis, darlos otro día. Hablemos ya de vosotros: ¿sois, por ventura, de los que por escrito ó meramente en el fondo de vuestra exquisita retentiva, lleváis también el libro de bitácora de la nave de vuestra alma cuando surca el piélago del misterio con rumbos inciertos y desconocidos, como decía en no sé qué ocasión? Reíos, en efecto, pobres naves que bogáis á lo Espronceda, de esas brújulas y timones que se llaman, no más que por darlas algún nombre, voluntad, razón, libertad, etc... ¡Cuán pocas veces ellas os rigen en la vida! ¡Cuántas más sois vosotros los llevados en vuestras ignotas órbitas, por vuestro Yo superior mismo, de tantas maneras llamado por la historia: ángel custodio, *daimon* familiar, musa, Ninfa Egeria, lares, penates, lemures y mil y otros nombres atrayentes!

No; no estáis aislados en el Cosmos espiritual, como tampoco lo está la tierra que habitáis, ni vuestro propio cuerpo, en el Cosmos físico. Marcháis, giráis, avanzáis y retrocedéis, sin que apenas os deis cuenta, pero evolucionáis siempre. Meditadlo, después de empaparos bien en la moderna astronomía iniciada por Copérnico, Kepler y Newton, y alentados desde el fecundo campo de la filosofía por Bacon, Leibnitz y Kant, ó des-

© Biblioteca Nacional de España

de la poesía filosófica por Milton y Goethe. Pronto, muy pronto, os convenceréis, porque os avasallará, al fin, con su grandeza la idea universal de número y medida: la idea divina de analogía entre el hombre y su planeta, entre el Sol y su Yo superior más excelso. La idea geométrica que después de explicar las afinidades y movimientos del átomo, la formación del cristal, el desarrollo de la célula, el animal y la planta, muy en breve va á comenzar á explicaros el hombre, el microcosmos, única cosa que falta para señalar una magna etapa en nuestro progreso.

Faltaría á mis deberes si no consignase algunas notables coincidencias de mi órbita psíquica con la de otros observadores y hombres notables.

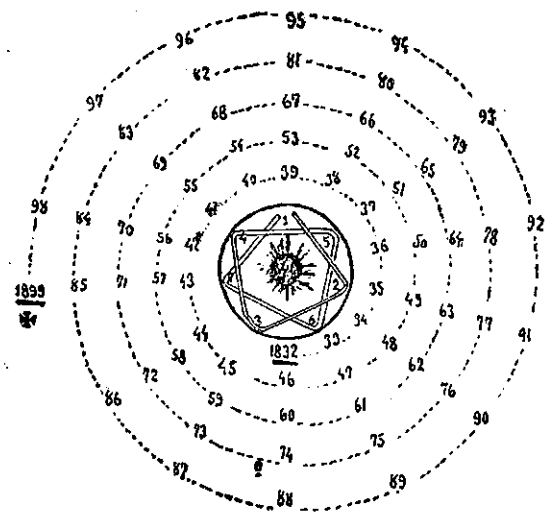
Empecemos por Castelar.

Tengo á la vista un hermoso libro que Julio Milego consagra al «Verbo de la Democracia». De sus emocionantes relatos describiendo los vivires de Castelar, apunto: «el gran repúblico temía horriblemente la llegada de los años *nueves*» porque, en efecto, el 39 perdió á su padre; el 49 sufrió las más amargas miserias y privaciones; el 59 murió su madre, y él murió también para el amor; el 69 arrostra por sus ideales la lucha más ruda hasta llegar pronto á sus fracasos gubernamentales; el 79 enfermó gravísimamente; el 89 pierde á su hermana, en quien idolatrara, y el 99

© Biblioteca Nacional de España

moría él, al par que se hundía en París la gran Patria que el cantó como ninguno...»

¿Qué hacer á la vista de estas luctuosas fechas, parangonadas con las otras de sus apoteosis, del 54, el 68 y el 81? Como matemático honrado, tiro de compases y trazo el gráfico de la órbita, por decirlo así, del tribuno:



¡Oh sorpresa! Las fechas de abajo de este modo representan el aphelio psíquico de Castelar: 1832, el nacimiento, la mayor de las desgracias humanas; 1846, sus penurias mayores; 1859 y 60, su desengaño amoroso y la muerte de su madre:

© Biblioteca Nacional de España

1874, su caída y la de la república que fundó; 1888, su retirada política...

Las fechas de arriba, ó del psicoperihelio castelarino, no son menos elocuentes en nuestra *petite astrologie*: 1853 y 54, sus triunfos, coronados por el del Teatro de Oriente, 1867 y 68, su paseo glorioso por Italia, Suiza, Inglaterra y Francia y su triunfal regreso á España; 1881, apogeo de su posibilismo; 1895, su apoteosis mundial como escritor, demócrata y estadista.

Las siete fechas *nueves* de los fundados miedos de Castelar se ven clarísimamente en nuestro gráfico, interseccionando con toda regularidad, y de cuatro en cuatro, los siete puntos impares de su órbita, á contar del perihelio, según expresan los números y flechas internas de la figura, que tienden á formar algo así como un heptágono estrellado, que diríamos tomándonos una licencia geométrica.

No menos evidenciados resultan sus momentos ascendentes y descendentes. Los años de la derecha, 1848, 49, 50 y 51, se caracterizan por sus triunfos en las aulas y Escuelas; el 64 por la fundación de *La Democracia;* el 65, por su artículo «El rasgo»; el 66, por su huída al extranjero al ser condenado á muerte; el 80, con su nombramiento de académico de la Española, y el 93, con el homenaje recibido al inaugurarse la Exposición de Chicago. Entre las fechas descendentes, ú otoños

© Biblioteca Nacional de España

psíquicos, vemos los años tranquilos de su cátedra (1856 al 60); sus desdichas gubernamentales (1870-74); sus debatidos desastres políticos (1885-88), y sus mayores miserias y torturas (1842-46).

Días pasados leímos en un periódico las seguridades de vida que aún alegran la ancianidad de Pío X. El Pontífice parece tener en gran estima al número *seis*, cual si su ciclo fuera de seis años ó de dos veces seis, es decir, de doce años. Cuando durante el año pasado los médicos temieron por su vida, él les opuso confiado su *ciclo del seis*. En efecto, parece ser que llevó seis años de presbítero coadjutor, seis de párroco, seis de prelado y seis de patriarca en Venecia, y añadía: «Confío en que dure seis años también mi pontificado.»

Hoy nos dice un amigo, que Goethe tenía también su número cíclico, el *nueve*, si no recordamos mal. Un examen detenido de la vida del inmortal cantor de *Fausto*, respecto de este punto, sería de alto interés, interés no menor que el despertado por la de todos los grandes hombres y sus supersticiones nos ofrece.

Muy de desear sería también que las personas peritas, suficientemente conocedoras de sí mismas, emprendiesen, pese á las naturales molestias de asunto tan abstruso, la noble tarea de autoinspeccionarse á sí propios, con lo que, por lo me-

© Biblioteca Nacional de España

nos, no quedaría incumplido, cual sucede de ordinario, el precepto socrático.

Que otros lo entienden así, lo prueba el hecho siguiente: D. Julio Fermaud, hombre de negocios de Bilbao, me escribía con motivo del repetido trabajo: «Hasta tal punto me ha llamado la atención su «Astronomía psíquica», que emprendí un examen detenido de mi vida pasada (cosa ya hecha, en parte, anteriormente). Le acompaño sus resultados en el diagrama adjunto, y creo serán de interés. Si fuera posible recoger cierto número de semejantes exámenes particulares, hechos con toda la reflexión y comprensión psíquica que requiere el caso, habría lugar para desarrollar en gran manera las observaciones ya verificadas. En mi caso, si bien tal vez no todo se sujeta exactamente á lo indicado en su propio examen, es indudable que el derrotero general se sigue bien. Es notable especialmente el desarrollo psíquico del perihelio y los acontecimientos violentos de los equinocios, incluso la muerte de padre y madre á la izquierda de la línea de solsticios.» A continuación, el Sr. Fermaud describía sus diversos momentos astropsíquicos con notoria claridad.

¿Son, pues, convenientes las observaciones sobre astronomía psíquica, ó más propiamente hablando, sobre Astrología?

Sí y no, según el objeto que con ellas se persiga.

© Biblioteca Nacional de España

El detenido estudio de la doctrina arcaica atesorada en las supersticiones y en las tradiciones religiosas de todos los pueblos, acusa la existencia en tiempos muy remotos de esta hoy desacreditada ciencia, que hizo sabio por autonomasia á nuestro incomparable Alfonso X. Sus fines nobilísimos se encaminaban á descubrir científicamente qué conexiones numéricas podrían mediar entre los números que á los planetas rigen en revoluciones orbitales y diurnas, volúmenes, peso, densidades, distancias, etc., etc., y los números con ellos concordados que influyen sobre nuestra vida, tales como, entre otros mil, la revolución orbital del mayor de los planetas (Júpiter), poco ó nada menor que el tiempo en que la mujer suele ser púber, ó la de la Luna, el astro anterior á la Tierra, que marca también para la mujer una periodicidad funcional harto sabida, ó la de Venus, el astro que subsigue á la Tierra en su serie de pequeños planetas, y cuyo período traslaticio es de duración igual al de la gestación del hombre.

Pero tamaña ciencia ha sido desacreditada en manos pecadoras, que han querido hacerla servir para fines bastardos de egoísmo, prostituyéndola con miserables conatos de ansiosa adivinación del porvenir. A bien, que sus propias dificultades intrínsecas han defendido contra la profanación al santuario y hasta castigado con la locura á los

© Biblioteca Nacional de España

profanadores; pero ante la investigación seria, sin fines pequeños, han estado siempre expeditos sus secretos, y ella contiene la clave reveladora del lazo de unión entre el hombre y su planeta, dentro de comunes destinos, lo mismo que la alquimia verdad, contiene secretos hondísimos, no tanto el de transmutar bastardamente el plomo en oro, cuanto los de encontrar la verdadera piedra filosofal, fórmula reveladora del secreto de nuestra existencia y de nuestro Cósmico Destino.

De aquí se desprende la doble necesidad en que nos vemos de estimular entre los sensatos el estudio *desinteresado* de tal psicoastronomía, y de prevenir á los ignorantes contra los peligros enormes de su estudio egoísta ó irreflexivo, que les llevaría irremisiblemente á su ruina, porque sus enseñanzas igual son triaca salvadora en manos del médico, que veneno letal en poder del asesino.

Observemos, por último, que sus fórmulas, mal interpretadas, nos pueden llevar á un fanatismo estúpido que ahogue nuestras libérrimas iniciativas. No, y mil veces no. Aunque los movimientos orbitales de nuestro yo inferior parezcan fórmulas de un inexorable destino, ellos penden siempre del empleo que demos á nuestra voluntad y á nuestra mente. Sus vueltas ó espiras pasadas son resultado, en cierto modo fatal, de los *processus* vitales que les antecedieron, mas las vueltas

© Biblioteca Nacional de España

que por venir aún restan, están integradas por dos fuerzas: la resultante de lo que libre ó fatalmente hiciéramos, y el incremento que en ella introducimos, paso á paso, con el juego de aquellos personales poderes mentales y volitivos, ya que la tela de nuestra existencia, por nosotros, y no por nadie tejida, tiene una doble trama: la de nuestra voluntad y la de nuestra Herencia, Karma ó Destino. En estados infantiles como los que aún atravesamos, *ésto vence á aquéllo;* en estados superiores, la Voluntad triunfa y el superhombre se moldea á sí mismo.

***

Ya que la vida humana y su rastro, senda ú órbita sobre la tierra, tan irregular y tan regida por el providencialismo, ó bien por el acaso, se nos muestra, conviene que hagamos algo de historia de la idea del acaso ó la casualidad en las ciencias.

Los pueblos infantiles no pueden concebir bien la suprema ley de Causalidad que á todo rige, y acuden á los conceptos superiores que tienen por base la casualidad.

Así los cristales, la disposición de las capas geológicas en la Tierra, las nubes, la marcha de los astros, todo, en fin, cuanto es hoy objetivo de la ciencia, juego de la casualidad no más se ha

© Biblioteca Nacional de España

creído en un principio, y las sospechas en contrario, la *duda* cartesiana, ha señalado siempre el comienzo de la investigación en demanda de cualidades explicadoras de estas casualidades ó caprichosas voluntariedades de seres superiores directores del Universo.

Una cartesiana duda, pues, debe impulsarnos á investigar acerca de tamañas irregularidades de la órbita humana, tan aparentemente irregular sobre la superficie de la Tierra. Imposible parece en un principio poderla parangonar con la majestuosa y reglada marcha de los astros.

—Pero cepos quedos, mi señor de Montesinos —diremos á quien en tales imposibilidades crea. La regularidad de marcha de los astros es uno de tantos convencionalismos.

Verdad es que conocemos de tal modo, por ejemplo, los movimientos orbitales de la Tierra y la Luna, que predecimos al segundo el momento de un eclipse. Pero esto que tanto nos admira y envanece, es en realidad muy poca cosa. La biología de los astros en sus caminos es algo tocado de más intensa irregularidad de lo que parece á primera vista.

Por de pronto, tenemos las llamadas perturbaciones planetarias que apartan de continuo á los planetas de sus elipses teóricas, transformándolas así en unos caminos tortuosísimos, que sólo por abstracción podemos seguir considerando

© Biblioteca Nacional de España

como elipses. Los que se hallen familiarizados con la mecánica racional, saben, en efecto, que al dar el primer paso en el asunto y presentarse el problema de los tres cuerpos, Tierra-Luna-Sol, atrayéndose recíprocamente en razón de sus respectivas masas y distancias, la matemática se declara impotente para solucionarle, limitándose, por tanto, á groseras aproximaciones seriales, y cuán groseras serán ellas en sí, nos lo enseña la misma teoría coordinatoria al presentar el cuadro de la resultante atractiva final sometida al conjunto de todas las atracciones parciales—en total unos cuatro millares—, resultantes de tomar de 2 en 2, 3 en 3... *n* en *n*, aunque no sea más que los 9 mayores cuerpos del sistema Sol, Mercurio, Venus, Luna, Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, que si se incluyen los 400 ó 500 asteroides de la familia, despreciables por ínfimos, el asunto ya se complicaría.

Cuéntase, además, con las no nulas atracciones de los soles vecinos, del Centauro, Sirio, 61 del Cisne, etc., y las ignoradas ejercidas por astros obscuros que existir pueden en el espacio, según Tourner y Flammarion. Incluid asimismo cambios en la *tonalidad* ó resistencia de los medios etéreos del espacio, ya que, gracias á la traslación solar, nunca es el mismo. Agregad, además, propios impulsos posibles de fuerzas internas del planeta, recrudescencias atractivas, no improbables

© Biblioteca Nacional de España

por cambios electromagnéticos del Sol, y decidme luego si debemos mirar como verdad absoluta en el campo de la filosofía ese admirable y práctico convencionalismo de las cerradas elipses planetarias.

La conclusión es, pues, inflexible. Si irregular es la huella de nuestro planeta en la Tierra, irregular también es la de la Tierra en el Cosmos, aunque el grado de ésta nos permita por hoy equipararla á una regularidad ideal y perfecta, lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que mañana no nos sea dable introducir otro convencionalismo semejante en aquella otra órbita, acaso más irregular tan sólo en apariencia, por lo mismo que nos es más conocida. ¿Qué astrónomo verdaderamente honrado y sabio nos juraría ser tal y como se nos pinta aquel *raill-paper* de la Tierra? Demasiado sabe él que en el conjunto sidéreo, siempre en perpetuo movimiento, no conocemos hoy puntos concretos de referencia análogos á los hallados para nuestros pasos en la Tierra, que no en vano, el mar del éter se parece al mar libre ú óceano, en la asombrosa vaguedad de sus movibles olas y en la indeterminación de sus homogéneos horizontes.

Además, ya sabéis que no hay todavía fórmulas matemáticas *cerradas* que sujeten con precisión las perturbaciones de Mercurio, cosa que llevó á Leverrier á buscar sus Vulcanos tan inútil-

© Biblioteca Nacional de España

mente. Que la Luna acelera su marcha y estrecha su girar en torno de la Tierra, y que si bien un matemático como Laplace, ha creído encontrar fórmulas de estabilidad ó compensadoras, otro como Poincarré, pretende hallar todo lo contrario, llegando á la conclusión de que existen otras fórmulas que suministrar pueden al sistema planetario posiciones distintas de equilibrio y de irregularidad que las que hoy tiene.

Por otra parte, el caballero Tourner, apoyado en recientes descubrimientos, ha dado en la flor de creer que las órbitas de los cometas no son círculos, ni elipses, ni parábolas, ni hipérbolas, sino curvas raras, sinuosas, angulosas, verdaderas voluptas biológicas, cual el contorno, v. gr., de una medusa, la figura de un vilano floral ú otras extravagantes y extrañas, con lo que la Astronomía filosófica de nuestros buenos *Maestros Cantores de Nuremberg*, que diríamos recordando á Wagner, ha recibido un golpe tan mortal como el que Wagner infligiera á estos rutinarios adoradores de la acompasada regularidad musical. Ved la figura que trae en su reciente obra de los últimos progresos de la Astronomía sobre las posibles órbitas cometarias. Ved también los dibujos de nebulosas que trae el excelente atlas de Klein, anilladas, aspirales, en torbellino, en forma de rábano ó de cangrejo, y otras mil á cual más peregrinas. Trazad luego sobre un mapa adecuado de

© Biblioteca Nacional de España

España ó Europa la trayectoria ó huella general de vuestra vida, y *tableau*, como dicen los efectistas. No hay, contra lo que creíais en un principio, obstáculo geométrico alguno para que os creáis un astro, por eso de la regularidad ó irregularidad de vuestros movimientos. Yo sé de muchos hombres-astros que van diariamente, con admirable regularidad, al café, al teatro y hasta á la oficina.

Apurad, pues, ya con toda libertad el símil, y no temáis á aquellos preceptistas, también maestros cantores de Nuremberg, nombrados Hermosilla..., que se escandalizaron al oir llamar á las montañas esqueleto de la Tierra. ¡Pobrecillos! Si hoy vivieran habían de pasar por el tormento de oir—¡y en prosa!—que no sólo es esto cierto, sino que las capas geológicas de las edades, son terrestres músculos, aunque excitables no resulten bajo nuestras electricidades juguete, ya que hasta se contraen y dilatan durante los fenómenos sísmicos que en la Tierra producen las recrudescencias electromagnéticas del Sol, que es nervio. Habrían de sufrir con paciencia también, lo de los arroyos ríos, venas terrestres por do retornan al mar ó corazón del monstruo Gea, la linfa acuosa, merced á la circulación arterial, aunque poco observable, de las nubes, de lo que luego hablaremos, la del flúido vital por los capilares de los músculos aquellos, y hasta tendrían que ca-

© Biblioteca Nacional de España

llar cuando se les trajera á colación lo del sistema nervioso de la Tierra, representado por sus corrientes internas, asimismo electromagnéticas.

Y librarían mejor, sin duda, con armarse de paciencia, porque luego les daríamos un gran placer á sus espíritus ortodoxos, extremando el paralelo entre el cuerpo-tierra y el humano cuerpo, entrambos cargados de parásitos y entozoarios de su escala respectiva, porque vendríamos á parar nada menos que á los ángeles planetarios del filósofo de Aquino, ó sea, exhibir por analogía una parte psíquica en la Tierra análoga á la psiquis del hombre. ¡Oh donoso paralelismo que integra las unidades cósmicas, tanto corpóreas como invisibles, haciéndolas caber unas en otras cual las cajitas-juguetes de los niños!... La saltadora pulga que se pasea por entre el vello de cualquier vano mortal, rey ó mendigo, cual nosotros pasamos por entre las selvas y jardines de la Tierra, acaso no sepa que sus microscópicos parásitos son nada menos que la última palabra de una serie infinita que se enumera así: parásito del tipo *equis-coco,* del planeta pulga que se mueve sobre el planeta hombre del planeta Tierra, mientras éste continúa su *ammiótico* movimiento en torno del Sol, de Hércules quizá, y de los centros desconocidos de la Láctea Vía y de las nebulosas del del Cosmos...

© Biblioteca Nacional de España

Una visita

AL LABORATORIO DEL MATERIAL DE INGENIEROS MILITARES EN MADRID

He visitado el Laboratorio del Material de Ingenieros de nuestro ejército y sacado de él una impresión profunda: la del triunfo de la ciencia humana sobre las fuerzas moleculares, tan poderosas é invencibles, tan incomprendidas por ínfimas, como *misterium magnum* de la Naturaleza, que diría Paracelso.

—¿Os dais perfecta cuenta de lo que son y valen en la vida las secretas fuerzas de los edificios grandiosos de átomos y moléculas?—No, sin disputa.

Sabéis, sí, porque la Física os lo ha enseñado, que dichas fuerzas hacen al átomo impenetrable; que ellas dan á los cuerpos cohesiones, durezas, resistencias mayores ó menores para la extensión, flexión, tracción y torsión, según la índole y complejidad de cada uno, y su estado más ó menos

© Biblioteca Nacional de España

vecino al punto en que, fundiéndose, pasan á ser flúidos, con pérdida casi total de aquellas propiedades, preciosas para la industria constructora, que es arte de nuestros albergues, de nuestros puentes, de nuestras vías de comunicación, de todo, en fin, cuanto asegura el reinado nuestro sobre el mundo, sojuzgando á la naturaleza rebelde, á esa gran madrasta educadora.

Pero, aun sabiendo todo esto, quizá no os habéis detenido nunca á considerar la decisiva importancia que en el mundo tienen las fuerzas moleculares.

Si ellas faltasen, la Tierra tornaría instantáneamente á su estado primitivo ó nebular; todo á nuestro alrededor desaparecería como por encanto; nosotros mismos nos reduciríamos al famoso *pulvis, cinis et nihil*, que dijo el cardenal Portocarrero, destruído totalmente habría de quedar el edificio de nuestros cuerpos, porque las fuerzas moleculares son la manifestación más sublime de la Vida en el Universo. Ellas reunen los átomos dispersos con producción exterior de energía luminosa, calorífica, electromagnética, utilizable para nuestros vivires; ellas son manantial perenne de fenómenos físico-químicos, cuya complejidad es la desesperación del químico; ellas lo organizan todo, desde el cristal de la esmeralda, ó del diamante, hasta las células vivas de animales y plantas; ellas son, en suma, las creado-

© Biblioteca Nacional de España

ras por excelencia de cuanto vive y palpita, hasta el punto de que el hombre ignorará lo que es vida, mientras que su reino incomprendido, mil veces más profundo é insondable que el abismo cerúleo, tenga aún para nosotros el secreto más ínfimo.

Pero si ellas son creadoras, son destructoras también, ya que en lenguaje filosófico, creación y destrucción, son meras manifestaciones contrapuestas del proteísmo evolutivo de la Vida. Desarrollarlas, encauzarlas, modificarlas, evitarlas, he aquí el gran secreto mágico que la ciencia del ingeniero y del químico nos hace asequible.

¿Veis ese hacecillo de delgados alambres de un cable cuyo grueso no pasa de algunos centímetros? No seréis tan insensatos que pretendáis romperle con la mano, pues aunque le pusiéseis atado á la cola de potros cerriles, como atado fué el delicado cuerpo de Brunequilda para el furor de la venganza de Fredegunda, no lo conseguiríais. Tendríais para ello que recurrir al yunque y al martillo, don inapreciado de los dioses, ó al fuego sacro del hornillo metalúrgico, para que le fundiese como cera. Semejante experiencia, sin embargo, os enseñaría muy poco, si no pudiérais comparar su resistencia á la tracción con algo conocido y fijo que sirviera para graduarla, y que os diese un criterio de preferencia para el empleo de unos ú otros metales en los usos de la vida que exijan el

© Biblioteca Nacional de España

soportar tracciones colosales, cuyo cálculo previo os sería imposible.

Tendríais de igual modo masas de hierro, de ladrillo, de caliza, que si bien servirían, quizás para construiros una modesta casita de campo, temeridad insigne sería el solo intento de emplearlas á ciegas para alzar otra torre Eiffel, otro faro de New-York, otra catedral de Colonia, ó un puente kilométrico sobre el Amazonas. *A tout seigneur tout honneur*, dicen los franceses, y tamañas construcciones son incompatibles con todo empirismo, demandando la previa sanción analítica de la ciencia del ingeniero que, en laboratorios como el visitado, cuida de ensayar las cualidades físico-químicas y mecánicas de los materiales de construcción, datos preciosos que á su vez impulsan el progreso de las industrias productoras de materiales, y crean por derivación otras nuevas que salven las lagunas ó deficiencias de las antiguas.

Por eso, como dice acertadamente la Memoria publicada por dicho Laboratorio, fines tan interesantes como los realizados por los laboratorios de prueba de materiales, han convertido estos establecimientos en verdaderos centros propulsores del progreso industrial, adquiriendo un carácter tan manifiesto de necesidad, que todas las naciones cultas se han apresurado á crear y favorecer la instalación de ellos. Así, Francia cuenta con los laboratorios de Ingenieros de caminos, los del Con-

© Biblioteca Nacional de España

servatorio de Artes y Oficios y otros instalados en París, además de los que las compañías de ferrocarriles, los ingenieros civiles y los militares, de Boulogne y otros puertos, y las empresas metalúrgicas sostienen. Inglaterra cuenta con los de Londres, Birmingham, Bristol y Manchester, á más de los de Sidney y Melbourne, en Australia. Alemania, país clásico de los laboratorios, los presenta innumerables para los ensayos de materiales, descollando entre ellos los de Berlín (Charlottemburgo), Munich, Chenmitz, Stuttgart, Brunswick y Dresde. Suiza tiene uno en Zurich. Austria tiene tres, en Viena, Praga y Budapest. Rusia, los de San Petersburgo, Moscow, Riga y Elsingfors. Bélgica, el de Malinas. Suecia, el de Stockolmo é Italia varios otros, capitaneados por los de Roma y Turín.

España edificó el que nos ocupa en el antiguo solar del Hospital Militar, calle de la Princesa, (1885-1897), y después creó otro para la escuela de los Ingenieros civiles.

Finalmente, la Asociación Internacional, para el estudio y ensayo de los materiales de construcción, se constituye todos los años en Congresos, de los que lleva ya celebrados varios.

***

Henos aquí en la primera sala de máquinas, ante la colosal tractora y compresora de Falcot.

© Biblioteca Nacional de España

Imagináos una báscula gigantesca, capaz de soportar el peso de 100 toneladas, ó sean 100.000 kilogramos, la que, á derecha é izquierda, maneja sobre una plataforma de fundición dos *garras* llamadas *universales*, donde entran los extremos de los materiales ensayados. ¡Pobre del cable, delgado ó grueso, que se vea entre ellas! Nada puede salvarle de ser destrozado, roto entre las garras de la *férrea fiera*, que con esa tan traidora como inflexible lentitud del paso de rosca de tornillo con que una de ellas termina, le va distendiendo por sucesivos incrementos de millonésima tras millonésima de milímetro, sin retroceder jamás, hasta que toda la fuerza coercitiva del material ensayado, por grande que sea, resulta incapaz de contrarrestar tamaño tiro, y el cable se desgarra con estrépito, *con grito sui géneris* que ha llegado á preocupar á más de un filósofo sensible, como el asiático Bose, quien se pregunta si el dolor que de tan triste hegemonía goza sobre los humanos, no tiene sus prodromos evolutivos hasta en los metales mismos, *quienes* de modo tan extraño *se quejan*, al decir de estos fantaseadores impenitentes que, dentro de otro orden de ideas, ya tienen estudiadas también la génesis de la motilidad en las plantas, y la génesis del delito en los animales. La cabeza del tornillo de la tractora Falcot permite medir el número de vueltas y fracciones de vuelta del tornillo, y por el principio conocido de

© Biblioteca Nacional de España

las básculas corrientes, la equivalencia en toneladas de la fuerza que se ha empleado hasta conseguir la ruptura del material, fuerza que varía naturalmente con su composición, grado de homogeneidad, recocido, sección, temperatura, etcétera, y cuyo valor numérico queda en aptitud de jugar en los cálculos y fórmulas analíticas de las construcciones.

¿Que no nos habéis dado á ensayar barras ó cables, sino flejes y ballestas? Poco importa, puesto que al lado tenemos la flexora Falcot apoyada en los mismos principios mecánicos, y que, con su movimiento alternativo de subir y bajar, cuida de evitar, á la vez, toda compresión, mediante unos carretones metálicos, los cuales siguen dóciles los cambios que experimentan los extremos de las ballestas al sufrir en su zona media la acción flexora. La máquina nos determina así con fidelidad el valor de la fuerza empleada, *hasta que la ballesta se rompe*, pues es de advertir que estas amables máquinas no sueltan presa ni dejan de incrementar tonelada tras tonelada, hasta que el vanidoso material, que fuera presumiese tan fuerte é invencible, confiesa su debilidad al fin, ante el gigante omnipotente, hijo legítimo de la mentalidad del sabio. Dante no podría haber imaginado un infierno mejor para los condenados soberbios, papas ó príncipes, que el de tamañas máquinas crujidoras.

© Biblioteca Nacional de España

He visto, en otra de ellas, doblarse un durísimo lingote de hierro cual una cartulina, presentando, al fin, las grietas delatoras de su *pétrea* fragilidad.

En la prensa frontera hallamos, como en todas, á esa gran *hada* de la electricidad, regulando por sí misma *la pesada* que realiza la báscula por virtud de ingenioso juego de electroimanes y escobillas, que hacen guardar siempre el fiel, aunque crezcan las presiones. No nos seduce, sin embargo, el mecanismo, por su complejidad, y preferiremos las mediciones á mano y las perdurables enseñanzas de los *gráficos*, los cuales capítulo aparte merecen.

Son los gráficos el gran descubrimiento contemporáneo. Ellos son á la ciencia lo que el grabado al libro, lo que la parábola á la moral, lo que el apólogo á la enseñanza; algo que entra de un modo inevitable por los ojos y se fija en la fantasía del más torpe, haciendo asequibles así las ideas abstrusas. Inventólos, seguramente, un gran genio, ó un genialísimo perezoso, porque abrevian explicaciones y emancipan por completo al operador de su máquina. Todas las curvas que nos dan las ecuaciones de la Geometría analítica, pueden traducirse gráficamente mediante coordenadas rectangulares, oblicuas, tetraédricas, etcétera; la marcha de todo suceso humano (negocios, epidemias, movimientos de población, etc.), y la de todo suceso natural (vientos, temperaturas y

© Biblioteca Nacional de España

estados higrométricos), son asequibles, debido á los gráficos, hasta para las mentes más obtusas; la labor entera de cuantas máquinas nos están ocupando, en gráficos también se traducen, pero con la particularidad curiosa de que los trazan con segura *mano* ellas mismas, mientras duerme, quizás, quien en marcha las puso, mediante los consabidos estiletes asociados al movimiento general, y deslizándose por la superficie cuadriculada de un papel, que es llevado por el tambor giratorio de un simple movimiento de relojería. Así es como el astrónomo también *busca* en el cielo los cometas mientras duerme, pues que todos ellos, como os explicaré otro día, tienen que *dejar tarjeta*, á su paso por la cámara fotográfica de los ecuatoriales movidas por siderostato.

Cualquiera pensaría que las grasas y aceites empleados como lubrificadores por la industria, se escaparían por su viscosidad á las escrutadoras pruebas de la sala que visitamos, pero no es así, no; nada se escapa, en verdad, á la múltiple maquinaria del Laboratorio, que desde otro departamento vecino, es movida por la electricidad que suministra un motor y una bonita batería de acumuladores Tudor. Si hay, como hemos visto, *una Falcot* para examinar los cuerpos duros, también tenemos una Thurston para tales *astutas* substancias, que hallar pretenden en su propia fluidez su única defensa. El «péndulo lubrifica-

© Biblioteca Nacional de España

dor» que nos ocupa, va dando á presión sobre dos cojinetes el aceite que somete á prueba. La temperatura á que se opera, la presión y número de vueltas empleadas y los arcos recorridos por el péndulo en cuestión, nos suministran datos y gráficos suficientes para comparar el poder lubrificante de los diversos aceites y grasas, el cual es tanto menor cuanto más logran desviar el péndulo.

Pasamos con esto á los talleres, y sin detenernos á examinar los múltiples utensilios de rigor para el servicio de recomposición de la maquinaría, tales como tijeras, sierras, taladros, etc., que trabajan sobre metal lo mismo que si se tratase de frágiles cañas ó de tenues hojas de papel, penetramos en la sala segunda, donde, aparte de otros modelos análogos á los primeros, pero más reducidos, nos encontramos con la máquina que tuerce el metal como nosotros el cáñamo, y con una potente prensa hidráulica para inyectar agua á presiones enormes, hasta que los tubos de conducción, que se ensayan, lleguen á romperse; hállase allí también otra máquina para los vasos transportagases, capaces de recibir hidrógeno para globos, ú oxígeno para diversos usos, encerrado á presión, hasta de 300 atmósferas.

El ensayo que ví con esta última máquina es de los que me dejarán memoria mientras viva. Crecía y crecía la presión de la prensa en una de

© Biblioteca Nacional de España

estas vasijas llena de agua, sin que nada lo denunciase al exterior más que por la manecilla del manómetro; pero llegó al fin el momento en que las *frágiles* paredes de hierro, de varios centímetros de espesor, no pudieron encerrar más líquido, y éste surgió de los costados, yendo á chocar contra la pared frontera con la fuerza brutal de un proyectil... ¡de agua!, proyectil que habría pasado quizás, de parte á parte, cual aguda hoja de acero, al imprudente que se hubiera interpuesto en el trayecto, y, cosa extraña, que revela los prodigiosos efectos de las altas presiones: aquel violentísimo surtidor de agua no había dejado más huella de su paso á través de las paredes de hierro de aquel recipiente que una estrecha ranura.

No lejos de la máquina anterior se alza orgulloso el dinamómetro de Schoper, especie de pesacartas gigantesco, con dos sectores graduados para las mediciones de la presión ó del alargamiento, y que se encarga de poner á prueba las telas más resistentes, hasta romperlas con la facilidad que una hebra de lana salta por la tracción de nuestros dedos. Más allá, una camarita prismática, sin pretensiones, pero de poderosa resistencia, es la encargada de ensayar la fuerza de los explosivos. Traed á ella las pólvoras militares más potentes, las dinamitas ó nitroglicerinas, las melinitas, la nitrobencina, y hacedlas inflamar dentro de la cámara. Por enorme que sea la violencia

© Biblioteca Nacional de España

expansiva de los gases desarrollados, perded cuidado de que ella no resulte medida por la ascensión de una columna de mercurio en un tubo y un pistón que comunica con la pared movible de la cámara explosiva, ó por la deformación ó disminución de altura, que experimenta al estallido, un cilindrito de cobre más pequeño que una cápsula de revólver, entretallado, y que se lleva luego á una regla medidora capaz de apreciar la milésima parte de un milímetro.

No lejos de aquel sitio, está la prensa para materiales de mampostería, y hay que ver cómo va despanzurrando caliza, ladrillos y otros materiales semejantes.

Pero ninguna pétrea *tortura* es comparable á la que en aquel lugar de *prueba y expiación*, que diría un moralista, sufren los cementos hidráulicos, tan en boga en todas las construcciones modernas.

Sin duda le es preciso al ingeniero aquilatar hasta por semínimas la vanidosa petulancia de esas míseras tierras de cal, alúmina y sílice, que siendo tamizables cual harina, en sus principios, pretenden obtener los honores de las piedras más duras, tan luego como se asocian con el agua en el *fraguado*. Son, pues, las probetas y galletas del cemento á la manera de las grandes almas—Salvador Rueda ha cantado al alma de las piedras en sublimes endecasílabos—, y como ellas han de

© Biblioteca Nacional de España

pasar por todo doloroso trance antes de merecer los honores del triunfo.

Por eso, el sabio ingeniero las somete á las pruebas del agua y del fuego, como antaño hacía el enjuiciamiento germano con los hombres y con los libros. Primero, en el instante de forjar, las hace caer bajo un agudo estilete automático que, de tiempo en tiempo, las *pincha;* pero tal aguja, que en los primeros momentos logra pasar de parte á parte las galletas de cemento, pronto se ve detenida por el fraguado creciente de la galleta, y va penetrando cada vez menos en *sus carnes,* hasta que llega á un punto que ya no las hace mella alguna... ni más ni menos que á nosotros, los hombres, nos sucede con el dardo de las penas y amarguras de la vida, el cual nos desgarra en los comienzos del *fraguado* de nuestra existencia hasta que alcanzan los dolores á ser tantos, y tan inmensa la capacidad de nuestra resignación forzosa, que nos llegan á encontrar insensibles, cual los cementos, esto es, á prueba de torturas y sacrificios, triunfando de nosotros mismos.

El ensayo de la permeabilidad viene enseguida, y consiste en colocar las probetas á modo de fondo de filtro soltando sobre una de sus superficies agua á presión de varias atmósferas, hasta conseguir que el líquido rezume al otro lado, á través de sus poros invisibles. Luego pasan las

© Biblioteca Nacional de España

probetas á otras garras tractoras, análogas á las descritas para los metales y maderas. Sufren entre ellas inquisitorial é inquisitiva tortura, hasta que se rompen como frágil barro, y antes de esta prueba suelen ser llevadas á la cámara de desecación y á la cámara frigorífica, donde inmergidas en cámaras de aire y mediante el enfriamiento del cloruro de metilo, líquido que hierve y se evapora á 23 grados bajo cero, experimenta acaso la prueba mayor, reveladora del agua de fraguado que en vano pretendiera ocultar entre sus poros, agua que se delata á sí propia con el aumento de volumen, y el consiguiente agrietamiento que en la masa se determina. Claro es que todas estas precauciones son precisas para evitar que un mal cemento, ya porque fragüe mal, ya porque sea muy permeable, ó porque retenga excesiva agua entre su masa, etc., puede comprometer una construcción y cien preciosas vidas, como tristemente nos lo han enseñado algunas bien recientes catástrofes.

Once ó doce docenas de golpes con el pesado martillo de Bohme, un examen químico, y otro microscópico de sus pétreas células, parecen completar la operación; pero tanta debe de ser la honrada precaución del ingeniero ensayador, que todavía ha condenado á prisión temporal á los cementos; por eso, vense allí inmergidas algunas probetas en grandes tinas de agua, con el notable

© Biblioteca Nacional de España

cartelito, por ejemplo, de «Entrada, en Julio de 1905: salida, en Julio de 1910», ó sean cinco años de condena, precaución nada inútil tratándose de substancias que han de oficiar cual piedras de construcción sometidas á todas las inclemencias ó ataques mecánico químicos de las aguas naturales.

Tal es, lectores, á grandes rasgos de indocto turista, la descripción de lo que más me ha quedado en la memoria relativo á la planta baja del Laboratorio del Material de Ingenieros de nuestro ejército; el dantesco, el infernal báratro de metales y piedras, como ellas mismas lo llamarían, si sensibles fuesen. Sus salas, silenciosas á ratos, á ratos ensordecedoras, pero en labor provechosa siempre para servicio del Estado, cuando no de particulares mismos, ofrecen al visitante el espectáculo de algo muy bueno, nuevo, progresivo, fecundo, que honra por igual á la nación que de ello nos dota y al ilustre Cuerpo que le mantiene á la altura de su misión, parangonándole, sin vanidades ni mengua, con sus similares extranjeros, dentro del estrecho marco de nuestras frivolidades y de nuestra pobreza.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

La simplificación de la vida.

Creedlo. Es preciso simplificar la vida, porque, de otro modo, llegará á ser una carga insostenible.

Dáos un paseo por esas calles; entrad en cualquier Centro, llámese oficina particular, fábrica, almacén ó lo que sea. No veis allí hombres, sino esclavos, sobre los que pesa una maldición mayor que la de los peñascos de Sísifo. No hay paz, no hay calma para ellos; cual el Judío errante, oyen siempre una voz secreta que les grita: ¡Anda, anda, anda!

Los cerebros están en brutal y excesiva tensión, los sentimientos yacen atrofiados, las fantasías aherrojadas, empobrecidas, exhaustos de vida los corazones y decrépitos los organismos,

© Biblioteca Nacional de España

por la *surmenage* ó agotamiento que determina una existencia tan en pugna con las leyes naturales más rudimentarias.

Hay necesidad, no de paliar tamaño mal, sino de imponerle enérgicos correctivos, en sus fuentes mismas, en las causas originarias que le determinan.

Son ellas, por desgracia, múltiples; apuntemos algunas:

La primera acaso sea nuestra propia vanidad.

Todos nos creemos grandísimos señores. Nuestra modestia no es más que social, aparente, no íntima. Así, cada cual sueña con ser diputado, alcalde ó cosa que huela á caciquismo explotador, que nos dé patentes corsarias para el dinero, la influencia ó la gloria ilegítimas.

Una centésima parte de la fuerza empleada en estas luchas de pasión á pasión y de hombre á hombre, cuando no de villano á villano, bastaría para inmortalizar en la Ciencia y en el Arte, la producción ó los apostolados altruístas de tantísima persona.

Por esa misma española y petulante necedad, que se llama manía de las grandezas, nadie está contento con su suerte; de ella todos reniegan y son horrible infierno, por tanto, hasta los dulces y tranquilos vivires de la familia.

De familia hablamos, y he aquí que la mujer, con su afán de ostentaciones y lujos, contribuye

© Biblioteca Nacional de España

no pocas veces el desequilibrio económico, origen de aquellas tensiones del espíritu que buscan compensación en el fruto de un trabajo excesivo. La señora de la casa no se aviene, con frecuencia, á vivir en la modesta esfera de la clase media. Precisa criadas, lujosos mobiliarios, veraneos ostentosos, galas, trapos, afeites y joyas, con su adecuado tren de coche ó automóviles, aunque... robados sean por el marido, con mil suertes de malas acciones, intrigas, engaños y truhanerías.

Y el *qué dirán*, ¿quién sabe los daños del *qué dirán* maldito? Por él existen todos los lujos, todas las sandeces, todos los extravíos. En los actos de la vida civil el pueril temor al qué dirán, propio de nuestro gregario carácter, que de su animalidad no ha perdido las huellas, nos obliga á desenvolsos excesivos.

Así los actos aquellos resultan verdaderamente temibles, por el cortejo de dispendios superfluos, como hijos de la humana *bêtise*, que nos traen aparejados. ¿Se os avecina un bautizo, boda, entierro ó cosa parecida? Pues preveníos.

Los honores fúnebres son algo ya que, por lo brutal y lo carnal, espanta.

«El Excmo. é Ilmo. Sr. D... falleció, etcétera; *todas* las misas que se celebren en las parroquias a, b, c y n, le serán aplicadas»; y esto es lo de menos, como homenaje piadoso. Lo de más, es la fastuosidad de los coches, los blandones y otros

© Biblioteca Nacional de España

útiles-inútiles funerarios, y, sobre todo, ese gasto, más que de dinero, de tiempo, en pésames frívolos, gracias y demás requiebros, que hacen del augusto momento toda una comedia, una farsa, mejor dicho. Contra ellos clamaba, días pasados, en la mejor revista de Francia, un escritor ilustre.

Y claro, absorbidos por tanta y tanta balumba de trivialidades, escarceos, nonadas y personalismos, nuestra labor es y tiene que ser absolutamente egoísta. No caben en nuestros pechos ni mentes ninguna de esas ideas tenaces, generosas y prácticas que inmortalizaran á muchos hombres de nuestro pasado. Oro, oro, influencia personal, estilo del Instituto de Rochester, es lo que el hombre anhela. ¿Cómo las grandes redenciones van á operarse así? Es imposible.

Vengamos, pues, á los sencillos vivires que no son patrimonio exclusivo de los poetas; pues por ellos dieron su sangre, abnegados cual Savonarola y Giordano Bruno. Ellos animan y vivifican al *home* británico, modelo de organismos fecundos que no se cuidan de lo que nada importa, y, sí, se cuidan de lo que vale mucho: paz, ventura, placer de vivir, sin ansias ni febriles deseos, ideales y sentimientos generosos. Todo, en fin, lo que es eterno y vivifica.

Y que el gran proverbio árabe de juzgar todas las obras por la intención, y hacer que tal intención sea noble y sencilla, al estilo evangélico, sea

© Biblioteca Nacional de España

con nosotros. Quien se reforma y domina á sí propio, es capaz, según Voltaire, de dominar al mundo, y como el Eclesiastés hoy diría, sin ser sencillo y bueno, no se puede ser sabio, porque es maldición toda ciencia sin virtudes.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Una lección de magia blanca.

Si queréis realizar verdaderos milagros, tratad al hombre como á un ser superior—aunque un demonio sea—, al niño como á un hombre, al animal y al loco como á un niño, como á un irracional á la planta, y al propio mineral como á un vegetal cualquiera.

El alcance transcendental de semejante proceder no os lo podéis imaginar buenamente. Desde la Pedagogía y la Sociología, hasta la Agricultura y la Zootecnia, todo se encierra en esto. Vais á verlo:

Cuantos conocen el corazón humano, saben que el bien y el mal están ligados en nuestras acciones de un modo inextricable. El afán de riqueza, fama y honores; el temor al dolor, el anhelo insaciable del placer, el mismo apego á la vida, suelen ser el móvil de nuestras acciones; pero es

© Biblioteca Nacional de España

tan intensa y honda la fuerza de la Ley de Justicia, que en la enconada lucha del altruísmo del Ideal con el egoísmo de nuestra condición miserrima, siempre se deja oir su voz en el fondo de nuestro espíritu, voz á la que suele llamarse conciencia, estado sublimal tocado de la infinitud de lo divino.

Mientras más perverso sea un hombre, tanto más ansioso está su conturbado espíritu de esa ilusión del bien que parece negarle sus dones excelsos. Un solo toque á su vanidad, un solo empuje en tal sentido, dado con buen arte, pueden producir en su condición malvada, beneficios é impulsos pasionales hacia lo justo, tanto mayores cuanto más apartado se halle habitualmente de estado tal.

Acordáos, si no, de aquel Cartouche tan *bien educado*, que se deshace en excusas ante una dama por haberla asustado al arrojarse desde el tejado por la chimenea, huyendo de sus perseguidores; de aquel Mussolino, encanto de las mujeres; de aquellos *Tempranillos* y *Panchamplas* de nuestra Andalucía, devolviendo el dinero robado, y doble más, á determinados desvalidos, y realizando, á su modo, acciones generosas que aún admira el vulgo, en *Diego Corrientes* y *Caparrota*. Proverbiales son, también, los buenos sentimientos de ciertas prostitutas y la justicia distributiva que suele reinar entre los malhechores, tahures y demás gentes de su especie.

© Biblioteca Nacional de España

Aunque por dentro *quede otra*, y estemos siempre en guardia, nada resulta tan práctico como dar el trato más selecto á los más pillos. Todo el que tenga alguna experiencia mundial habrá podido apreciar alguna vez las ventajas de proceder semejante, practicado con tacto exquisito; cosa nada extraña, porque un ángel caído es todo hombre, y en los pliegues más hondos de su inconsciente, yace ese recuerdo vago, como la primera de sus ideas innatas, que le llama desde lejos hacia una redención siempre posible.

En tratar al niño cual á un hombre pequeño, cifra hoy la Pedagogía integral su mayor triunfo. Desde que Lindsey, George, Perry y Wilcox han descubierto al niño normal en el niño delincuente, y desde que hemos averiguado que el pequeñuelo, dentro de su progresiva condición, y antes de pensar con lógica, obra lógicamente, se ha ensayado, sobre todo en América, el sistema de gobierno escolar de los niños por los niños, con los maravillosos resultados que de la Escuela-Colonia de Franklin nos refiere Ernest Nilson, en el *Monitor*, de Buenos Aires, transcrito por *La Educación Física Nacional.*

Dichos sistemas, que hacen al niño la justicia de considerarle un hombrecito, un ciudadano futuro, demuestran cumplidamente nuestro aserto, y aqueste tema resulta digno de un extenso artículo donde se estudiase esa compleja condición

© Biblioteca Nacional de España

instintiva del pequeño que, sin razonar, lo adivina todo y angelicalmente todo lo dice...

Conozco la casa donde me quieren con lealtad ó donde me traicionan, por los sirvientes y por los niños.

En cuanto á los animales irracionales y á los locos, tratarlos debemos como á niños, con amorosa indulgencia, con sensata solicitud, á la que siempre, y en todo caso, responden. Respecto de los segundos, nos dieron buen ejemplo hace dos años los asilados de Ezquerdo, *alternando*, en toda la extensión de la palabra, con los cuerdos, en cierto banquete íntimo, donde comieron como discretos, pronunciaron brindis y hasta trabajaron en el teatro... De los animales, no hay sino comparar los cautelosos gorriones españoles, apedreados siempre, con los confiados gorriones parisienses, que comen en las manos mismas del público de los jardines, ó parangonar el caballo de *cab* inglés, docilísimo á la intención, casi más que á la mano del que lo guía, sin pegerle nunca, con nuestro *penco* de plazuela, eternamente mal comido apaleado en vida, y expiando con la muerte las culpas de sus brutales dueños, destripado en la arena de la barbarie taurina. La selección cuidadosa que la Zootecnia preconiza, aquí se opera á la inversa con los malos tratamientos á los animales de toda especie, gracias á lo cual nuestras degeneradas razas pecuarias, caballares,

© Biblioteca Nacional de España

bovinas, etc., no son ni sombra de lo que antaño fueron, y ser pudieran nuevamente, y aquí de la misión social que llenan las protectoras de animales, y plantas, por las que yo quisiera que nuestro pueblo se interesase como corresponde á su cultura.

Si las ventajas del cuidado tutelar de las plantas no equiparase ya bastante á éstas con los animales en sus curaciones, tratamiento de parásitos, selección, etc., tenemos demostrado con los profundos estudios de la nitrificación, los fermentos del suelo, los abonos químicos, etc., *que hoy*, gracias á la Ciencia, *piensamos á las plantas exactamente igual que á los animales:* tanto nitrato potásico para el garbanzo, tanto fosfato de cal para las gramíneas, tanto y cuanto mantillo para el apio de la huerta.

Hasta esos minerales, aparentemente inertes, tocados están de una biología que ha nacido en el mismo siglo dichoso que ha roto también con la inmutabilidad de los cielos. Ya hay Tratados en lengua inglesa y alemana acerca de las enfermedades de las perlas, de las atonías de transparencia del diamante y otras cosas á este tenor, de las cuales hace cincuenta años nos hubiéramos reído. Dichos Tratados opinan como nosotros en lo relativo á considerar los minerales como unas plantas de larguísima vida, que plantas parecen, al fin, las herborizaciones cristalográ-

© Biblioteca Nacional de España

ficas, las dentritas del cuarzo y manganeso, los *musgos* de cobres, plomos y platinos.

Creo haberos convencido, lectores, de la bondad del aforismo que encabeza este artículo; pero, en realidad, hubiera podido ahorrarme todo otro razonamiento que no fueran los nacidos de la sana y calumniada Filosofía. *Un mineral se transforma en una planta, una planta en un animal, un animal en un hombre, un hombre en un rishi y un rishi en un dios*, dice la Doctrina Arcaica.

También nos dice lo mismo, *en parte*, la evolución darwiniana.

Nuestra magia, pues—como todas las magias buenas—, se reduce á una cosa trivial, evidentísima: la de ponernos de parte de la Ley Natural en sus progresos para realizar *imposibles, que son posibles*, removiendo los obstáculos que se oponen á su desenvolvimiento.

Esta es la moderna ciencia de hacer milagros. Creedlo. Algo semejante ha sido también entre los pueblos de Oriente la incomprendida taumaturgia.

© Biblioteca Nacional de España

Un ojo nuevo.

Un ojo nuevo es verdaderamente, en manos de astrónomos, la fotografía.

Al inmenso catálogo de nebulosas y estrellas, elaborado gracias á los telescopios, se comienza á agregar más y más astros nuevos, que ¡oh poder de la inteligencia humana!, nos son aún perfectamente invisibles. La mente bucea en los abismos cerúleos con un poder superior al de nuestros aparatos de ampliación, pues que no en vano nos cerca, en la materia como en el espíritu, el piélago insondable de lo desconocido.

Los astros de moda hoy día no son soles más ó menos brillantes, sino minúsculos corpúsculos, satélites de los colosos planetarios Júpiter y Saturno. Barnard y Pickering, desde las diáfanas altitudes de Monte Hamilton y Arequipa, han aumentado la tradicional *familia* de los dos mayores planetas del sistema, con cuatro satélites más, que, solapándose á las miradas escrutadoras de los telescopios, han tenido la atención de

© Biblioteca Nacional de España

dejar *su tarjeta*, es decir, un rastro luminoso en las placas fotográficas que con tanta maestría preparan los Steinheil y los Rowlan.

Themis, el décimo satélite de Saturno, acaba de mostrarse en un *cliché*, como astro de la décimooctava magnitud, allende el límite actual de visibilidad que á duras penas alcanza á la décimoséptima. Es un mal satélite que apenas mide sesenta kilómetros de diámetro... ni aun lo suficiente para cubrir la superficie de una de nuestras regiones, tan traídas y llevadas estos días.

A la vista tengo una carta fotográfica de la región de las Pléyades, con que termina el hermoso atlas de Klein. En ellas se ven, no ya siete, sino dos mil y pico de *Cabrillas*, que, tras largas horas de exposición fotográfica, se han ido marcando cual ínfimos gusanos de luz. En el centro del gran trapecio que demarcan, surgen, con vagos esfumados de misterio, las tres nebulosas Mayas, nebulosas de la ilusión, pues que ningún ojo las ha podido ver á través de lentes ni reflectores; y, sin embargo, en aquellos tenuísimos rasgos de luz se encierran los misterios de tres universos lejanísimos, capaces de formar quizás otro universo como el de nuestra Vía Láctea con sus ochenta millones de soles.

La fotografía, ese arte estático, que, como su homólogo la pintura, parece incapaz de reflejar nada dinámico ó vitalista, ha sido el hada pro-

© Biblioteca Nacional de España

digiosa que de la mano familiarmente nos pasea por los cielos.

Hagamos un poco de historia de tamañas maravillas científicas.

Después que Newton estudió la disposición de los colores del iris ó espectro solar, y Wollaston y Frauenhofer le hallaron surcado transversalmente por millares de rayas negras, delatoras de la composición química de los astros más remotos, alguien hubo de pensar, como Doppler Fizeau, que por estas mágicas rayas se podría saber ¡temeridad de locos! si el astro emisor del luminoso hacecillo se acercaba ó se alejaba de nosotros y cuánto.

Para ello se guiaban por analogías entre las vibraciones luminosas del éter y las sonoras del aire ambiente. Si, en efecto, medimos la altura musical del silbato de una locomotora ó de una campana colocada en ella, y hallamos ser *el la*, por ejemplo, la nota normal sobre la que se afina una orquesta, advertiremos, con sorpresa, que si la locomotora arranca veloz, el tono de su silbato ó campana va bajando á medida que se aleja, ó subiendo á medida que se acerca. Es la gran escala cromática del movimiento y la vida, que atenúa el tono de todo cuanto nos abandona, declina, se marchita, muere ó se aleja hacia el misterio, y levanta el tono de cuanto á nosotros viene cargado de promesas futuras.

© Biblioteca Nacional de España

Por el oído, instrumento que recibe las vibraciones sonoras, podemos, pues, apreciar las aproximaciones y alejamientos. Por la vista espectroscópica, que pasmosamente mide los billones de vibraciones visuales ó luminosas del éter, también podemos precisar lo que se acerca y lo que se aleja, porque, digámoslo así, las extrañas rayas de la quiromancia espectroscópica cambian de tono, desviándose hacia el violeta, en el primer caso, y hacia el rojo, en el segundo.

Los científicos pagados de la relativa grosería del hoy, frente á la eterna espiritualidad del mañana, verdaderos inquisidores, más de una vez, de sus propios hermanos *los intuitivos forjadores de hipótesis fecundas*, se burlaron grandemente de la videncia de Doppler Fizeau, cual se burlaron del daguerrotipo, de la aplicación del vapor, y de muchas otras cosas. La confirmación del ensueño de aquestos no se veía comprobada por la experiencia en parte alguna.

Pero aquí de la salvadora fotografía, quien libre de las pasiones científicas—malas, como todo lo que altera las serenidades de la inteligencia—, se colocó detrás del espectroscopio, á guisa de buen juez y mejor testigo. Nada fueron para ella los obstáculos visuales del eterno oleaje atmósferico interpuesto; nada ese pasional factor que denominamos ecuación personal. Serena, calmosa y sin prejuicios, miró largas horas con su ojo de

© Biblioteca Nacional de España

lentes y su retina de argénticas sales, y vió..., como siempre, que el poeta había vencido al crítico, y que las rayas del espectro de la hermosa Sirio se desviaban del lado rojo... El astro se alejaba, pues, de nosotros á razón de unos cientos de kilómetros por segundo. No en vano sabían de él los *ignorantes* persas que Sirio había atravesado la Vía Láctea, en su raudo volar por el espacio, dirigiéndose hacia el Sur, según el testimonio de Al-Sufi, quien así reveló el otro de los componentes dinámicos de los astros de un cielo siempre en biológico movimiento.

A la fotografía se debe la revelación del más irrevelable de los movimientos de los soles, el llamado radial, el que se opera en sentido de la vista; más irrevelable decimos, porque se efectúa sin que el astro cambie, ni un segundo de arco, su posición en la bóveda celeste, y, gracias á ello, ya estudiamos las órbitas de los soles dobles, y guiados por la variabilidad de su brillo, hemos podido llegar, armados de talismanes matemáticos, á pesarlos y medirlos... ¡Algunos tienen brillo superior al del sol, son más ligeros que el aire y su falta de materia es lo que precisamente les hace ser emporios de raudas energías!

Y dejémoslo hoy aquí, no sin decir con el gran matemático Poincaré:

La Astronomía es útil, porque es bella, porque es grande, porque nos eleva. Ella demuestra que

© Biblioteca Nacional de España

si el hombre es pequeño de cuerpo, punto obscuro, perdido en la resplandeciente inmensidad que le rodea, es, sin embargo, gigante por su inteligencia, capaz de apreciar por entero la silenciosa armonía de los cielos. Esta conciencia de las virtualidades de la mente nos hace, en verdad, fuertes y todopoderosos, ya que la ciencia—añade uno de nuestros mejores sabios—no es sino una poesía honda, infinitamente ambiciosa y clarividente. Penetrando en el fondo de las cosas, se nos aparece el científico como vate inspirado que, arrastrado por inextinguible sed de ideal, rasga irreverente el misterioso velo—velo de Isis—que nos oculta las realidades eternas.

© Biblioteca Nacional de España

Un prolegómeno

PARA LA CONCEPCIÓN SINTÉTICA DEL UNIVERSO

A mi excelente amigo D. Rafael García Plata de Osma.

El Logos no es un pensamiento muerto, sino un Ser Viviente y eternamente fecundo, que pone toda su Acción en realizar fuera de Sí las riquezas de su infinito Poder, y el universo, que es su obra, su manifestación sensible, necesariamente debe participar de este carácter. En el fondo de las transitorias formas vivientes, los fenómenos materiales y los psicológicos están enmarañados como en ovillo misterioso (1), y por eso decía Schelling, confirmando las ideas del gran Leibnitz, que la Naturaleza no es una masa inerte

(1) *González Blanco*, Revista *Sophia*, de Madrid, Abril de 1903. «El hilozoismo como medio de concebir el mundo», á cuyas profundas enseñanzas nos remitimos. Mucho ganarían con su *meditación* los verdaderos pensadores.

© Biblioteca Nacional de España

para quien sabe comprender sus alcances sublimes, sino la fuerza creadora del universo, fuerza siempre eficiente, primitiva, eterna, que abarca en su seno todo el conjunto de aquellas formas transitorias, falaces chispas de la ilusión de un día; todo cuanto nace, perece y renace en perpetuos ciclos.

La combinación química responde á un apetito natural, á una voluntariedad del átomo; la gravitación sidérea, su correlativa, es de igual modo un efecto de la excelsa voluntad de los astros; la dulce atracción, el crecimiento y aproximación eternos del Cosmos hacia su Causa, es también consecuencia del amor de toda criatura á su Criador. Razón tuvo, por tanto, Campanella, interpretando como nadie al divino Platón, cuando dijo que todos los seres piensan, viven y le aman, porque el Dios Incognoscible es para nosotros la trina manifestación de sus Personas (persona, máscara, *lo que encubre*, según la etimología latina), como Padre, como Hijo, como Espíritu; es el absoluto Saber, el absoluto Poder, el Querer absoluto, y á su semejanza está creado el universo (macrocosmos), el hombre (microcosmos) y el átomo; las tres grandes realidades arrancadas á la nada por Él.

Cuando el hombre, suficientemente preparado por una vida honesta de ciencia y virtud, de amor é idea, se eleva á estas alturas, un gigantesco iris,

© Biblioteca Nacional de España

una gama misteriosa se desplega á sus ojos con grandeza, ante la cual las del cielo y el mar son nada, y las de la ciencia, polvo y ceniza.

***

No nos cansaremos de repetirlo. Todo es vibración. El éter es un cuarto estado de la materia que llena el espacio y compenetra á los tres estados inferiores, sólido, líquido y gaseoso. Su existencia ha sido admitida, primero como hipótesis, luego como teoría, y, en fin, como verdad indiscutible al explicar, con su elasticidad y su vibración, todos los fenómenos cósmicos. Hoy, el estado etéreo ó radiante, es conquista definitiva como lo es la unidad de la materia y la de las fuerzas de la física. Las ondas sonoras, al par que al aire, hacen vibrar al éter; las ondas hertzianas, las electromagnéticas, las caloríferas, las luminosas, las químicas, las de los rayos X, todas hacen vibrar al éter. Su diferencia no es esencial, sino doblemente accidental: por un lado, merced á su número vibratorio, y por otro, merced á nuestros medios de apreciación (los sentidos).

A la altura de la ciencia moderna, la secular cuestión de materia y espíritu va resultando infantil y ridícula. No nos formamos concepto claro de lo que es la materia; menos claro le tenemos aún de lo que pueda ser el espíritu. La lógica im-

© Biblioteca Nacional de España

pone, sí, diferencias más ó menos discutibles entre ambos conceptos, y con ellas muchos filósofos han combatido rudamente lo que llaman *monismo;* pero la lógica actual es mera obra de nuestra razón deficiente, y á nombre de ella se han combatido siempre, con *irrefragables* argumentos, cuantos sabios principios ó descubrimientos han venido luego á revolucionar la ciencia y la vida. Recordad, sino, aquellos hoy ya vanos argumentos con que Aristóteles pretendió demostrar que las órbitas de los planetas eran círculos, ó los que se opusieron á Galileo para convencerle de *su locura* respecto de los movimientos de la Tierra, ó á Colón respecto de su *ilusorio* nuevo mundo, ó Stephenson y á Fulton respecto de lo inaplicable del vapor como motor en tierra y agua, ó á Daguerre—¡y por una Academia como la de París!—sobre la imposibilidad de la fijación de imágenes en la cámara obscura (1). La intuición, *hoy por hoy*, es superlógica; no se han descubierto aún sus elevadas leyes, y para nosotros tienen razón entrambas escuelas, la espiritualista y la ma-

(1) Algún día demostraremos lo vicioso de casi todos nuestros procedimientos, calificados pomposamente de lógicos. Hay en la ciencia el mal hábito de las demostraciones *ad absurdum*, que suponen absoluta certidumbre en la verdad originaria contrapuesta; ahora bien, como todas nuestras verdades son *relativas*, relativo, tan sólo, resulta también el opuesto absurdo. De ello se pueden citar ejemplos numerosísimos.

© Biblioteca Nacional de España

terialista, ó si queréis más atrevimiento, dicen verdad todas las escuelas, por encontradas que aparezcan, y á pesar del clásico principio de contradicción, de que una cosa no puede ser y dejar de ser á un mismo tiempo. Sus verdades son *relativas*, y como tales, perfectamente compatibles con otras más profundas, y las incompatibilidades de éstas lo son con otras que sean más compatibles, hasta llegar á la Verdad Suprema—Dios—, única en sí misma, absoluta é infalible. Entre dos cosas, por contrapuestas que aparezcan, hay siempre otra tercera que las auna. A cada *última diferencia separadora*, corresponde un *género próximo* que reune é integra la aparente antítesis.

Balmes nos enseña que la verdad es la conformidad de nuestro entendimiento con la *realidad*. Pero nuestro entendimiento es pobre y ella rica, finito y ella infinita—Dios y su Obra, única Realidad. Todo sin Él es ilusión y quimera—tal conformidad no puede ser más que relativa, transitoria, en cierto modo, y subordinada á los infinitos grados de la manera de ver de cada hombre y de cada tiempo, manera diferente según su grado de progreso. Siempre será ley del mundo que cada cosa engendre á su semejante, y el hombre es algo muy humilde y muy relativo al par que muy grande, en el plan armónico de la Creación. A cada avance en el desarrollo de los pueblos, las grandes abstracciones de bien, verdad y belleza,

© Biblioteca Nacional de España

se conciben de un modo más perfecto. Pasad, si no, la vista por las pinturas religiosas anteriores al Renacimiento, y veréis que las representaciones de María revelan á la Mujer y á la Madre, pero no á la Inmaculada, cuyo tipo concibiera Jordán y enalteciera Murillo. Estad seguros de que entre los hombres del futuro, alguien desarrollará este último concepto con una sublimidad mayor que la del *pintor de ángeles*, y séanos permitido aquí, aunque resulte un poco fuera de lugar, rendir homenaje á la deliciosa intuición de nuestra Carolina Coronado sobre el Poeta del Porvenir, entrevista ya por su numen de profetisa. (1)

La característica de cuantas verdades científicas poseemos es, pues, su misma relatividad. Ellas son tales verdades, en cuanto que por ellas se explican mayor ó menor número de fenómenos; ellas son errores relativos, en cuanto que siempre dejan algo por explicar, algo que, mejor observado en nuevas investigaciones ó campos de mayor amplitud, sirven de puente para pasar á la conquista de una verdad superior, una menos errónea verdad. Así como el sintético concepto de Estado va pasando en las edades á través de los organismos sucesivos de familia, tribu, gente, ciudad, pueblo, región, nación, encarnando siempre en la entidad que en aquel momento

(1) *Revista de Extremadura*, Noviembre de 1903.

© Biblioteca Nacional de España

histórico sea más autóctona, *La Verdad* va siendo mejor simbolizada en las verdades que se suceden con el progreso. La aspiración á lo absoluto—sello divino—, que es innata en el hombre, y por otro lado, los singulares esfumados de su terrible fantasía, cuando no de su orgullo, obscurecen siempre este principio certísimo que la historia, la ciencia y el sentido íntimo nos demuestran de consuno, tras la dolorosa experiencia de las guerras, ruinas y dolores que la humanidad se ha acarreado por haberle desconocido.

Para el niño no hay verdad mayor ni realidad más absorbente que el pecho de su madre; cualquier chico daría los tesoros de Salomón y de Creso y cuantas series de billetes tira el Banco de Londres, por la posesión de un caballejo de cartón ó una muñeca, como luego en la *edad volcánica* daría por una mirada, por una sonrisa, todo cuanto expresa la clásica *Dolora*. El avaro, en fin, derrocha inestimables tesoros de honra y vida por el puñado de oro, que no ha de llevarse á la otra. ¡Id á persuadirles de la verdadera índole de tales ilusiones, tenidas por absorbente realidad! Nada conseguiríais, por la sencilla razón de que con ell asvibra al unísono su entendimiento.

La astronomía antigua pretendió explicarse los movimientos del Sol, la Luna y los planetas, y halló la verdad relativa de los movimientos circulares de estos astros; vino Hiparco, y al obser-

© Biblioteca Nacional de España

var los fenómenos de perigeo, apogeo y otros, tuvo que recurrir á la verdad relativa de los epiciclos, círculos de círculos, cuya sabia teoría perduró hasta que Kepler abarcó todos los movimientos orbitales con sus tres leyes famosas, haciendo pasar los epiciclos á elipses y adquiriendo la evidencia de que el Sol estaba fijo en un foco del sistema. Todo se explicó bien entonces, pero más tarde, Herchell no pudo, con esto sólo, darse cuenta del por qué las llamadas estrellas fijas cambiaban lentamente de lugar en el firmamento, y hubo de introducir otra verdad superior que evidenciase los errores de las anteriores: la de que el Sol, lejos de estar fijo, se dirige hacia la constelación de Hércules... Ya casi resulta relativa también esta última verdad, pues es muy probable que la pretendida marcha hacia *Hércules*, represente la dirección de la tangente en el punto que hoy ocupa el astro rey, á la órbita por él descripta en torno de un centro obscuro, cuyo verdadero emplazamiento se ignora—. ¿Creéis que parará el continuo tejer y destejer de la ciencia de Urania?—Hay sobrados motivos ya para estar seguros de lo contrario; de Sol para arriba, se empieza á saber mucho que se ignorara antaño.

La teoría electroquímica ó dualista explicó cuantos fenómenos observara por aquel entonces su ciencia, pero vinieron ciertos hechos de incomprensibles sustituciones del electronegativo

© Biblioteca Nacional de España

cloro al electropositivo hidrógeno, y aquella *verdad* pasó al archivo de la historia. Creyó la física en los flúidos calorífico, luminoso, etc., pero luego á los flúidos sustituyó *la ondulación*; hoy, empero, después de los descubrimientos de los Crookes, la ciencia retorna á los flúidos, mas no son ya los de antaño, sino otros que no se les parecen. Antaño, también, creímos en la alquimia, que murió á manos de la química; hoy la química agoniza en los brazos de otra más potente alquimia, que ve trasmutarse el *radium* en *helium*, y la plata en oro... Así podríamos seguir en todas las ciencias, una por una—. A fuer de convencidos ya, os dispensaremos, lectores, del viaje.

***

Hemos insistido tanto en el extremo anterior, porque conseguida la convicción íntima de lo relativo de nuestras huecas verdades, y de aquellas diferencias intrínsicas que median entre los *sentidos*, y la realidad que aprecian; entre ellos y la *fantasía* que los integra; entre la fantasía y la *razón*; entre la razón y la *intuición;* entre la intuición y el grande y consciente *amor;* entre las emotividades del amor, y el planetario empuje de la *voluntad*, comenzaréis á entrever ese mundo extraordinario, esa gama infinita de las *akásicas* (cósmicas) vibraciones, que dirían los sabios de Oriente.

© Biblioteca Nacional de España

Convendría, en efecto, que os familiarizáseis con una superior concepción de la *realidad*, artificiosamente dividida en siete planos ó mundos diferentes—siete, como pudiéramos decir *diez* ú otro número cualquiera—, representados por aquellas facultades, modalidades, ó como queráis llamarlas, que arriba subrayamos.

En el plano primero ó de la realidad inferior que las ciencias naturales estudian, tendréis que hacer ciertas diferenciaciones:—distinguir es analizar, y analizar es aprender, descubrir lo desconocido: «no distingo», decimos muchas veces, en lugar de «no veo bien»... ¡Cuánto nos enseña el lenguaje propio!—Por de pronto, tendréis que poner á un lado las vibraciones del éter, groseramente apreciables por nuestros actuales sentidos solos—sonido, luz—y á otro, las apreciables, casi exclusivamente, por nuestra razón, auxiliada por sentidos é instrumentos—electricidad, rayos X, etcétera—. Los progresos de la ciencia borran cada día más esta diferencia, y, con ligeras excepciones transitorias, podemos consignar que nuestra razón por sí sola *ve* hasta el grado sesenta y cuatro del cuadro de Crookes (1)—. Hablamos por supuesto, del hombre instruído, no del iletra,

(1) Véase este cuadro en el artículo «Homínculus, Xílope, Viator», de nuestro libro *Hacia la Gnosis, Ciencia y Teosofía.*

© Biblioteca Nacional de España

do que sigue viendo lo que vió antaño, como si nada se hubiera innovado en su derredor.

Del número 64 de Crookes en adelante, *nada ve la razón, de por sí.*

Nuestra intuición, sin embargo, auxiliada por la razón, como ésta por los sentidos, puede *ver*, y de hecho *verá,* mediante nuevos progresos, muchísimo más; pero hay para ello que ponerse en guardia contra dos escollos formidables, frutos de nuestro atraso intelectual, que se oponen á la investigación: la cuestión de método y la cuestión de instrumentos, ó en suma, la cuestión de lógica. Tened presente que entramos en un mundo poco conocido, que vamos á tratar de facultades nuevas, de leyes nuevas, de realidades sensiblemente nuevas también, aunque son tan antiguas como el mundo.

Ocupémonos, por ejemplo, de la *realidad-sentimiento,* proteo que toma las infinitas formas de amor familiar, amor patrio, fraternidades, para la ciencia, invisibles compenetraciones, en el arte, religión, altruísmo, etc.

De sobra sabéis cuán poco nos sirve en este punto la lógica, única disciplina de la razón, como se ha demostrado por muchos. ¿Qué hacer, pues? ¿Emplear la lógica, despreciarla ó transformarla? El solo medio de salir del atranco es el vulgarísimo de siempre: dejar estas cosas y las que detrás vengan, por incognoscibles é inexplicables, ó lo

© Biblioteca Nacional de España

que es igual, proclamar la bancarrota de nuestros conocimientos y huir como cobardes, refugiándonos en la cueva de un letal egoísmo, hasta tanto que otros adalides esforzados nos den resuelto el problema.

Menospreciar la lógica equivaldría á deshacer á destiempo el andamiaje que hubo de servir para alzar el edificio de las edades. No debemos, pues, destruir la lógica, sino transformarla. Penetrar valientemente con ella en la realidad sentimental; abstraer en este horizonte nuevo todo cuanto haga referencia á los órdenes inferiores; cobijarnos bajo el Evangelio, ó mejor, bajo el «Bagabad Gita», símbolo del mayor progreso que en este orden puede alcanzar la raza blanca, para no hablar de las demás que hayan de sucederse en la Tierra. Sublime ha sido Tolstoi, en medio de sus errores, cuando nos aconsejó que volviésemos á los tiempos evangélicos.

En el Evangelio hallaréis proclamados el amor al prójimo como á nosotros mismos. Hallaréis también las bienaventuranzas y el mar sin fondo de las simbólicas Parábolas. En el Bagabad Gita hallaréis las luchas de Arjuna con sus propias pasiones.

No nos hace falta más. ¿Cómo, en efecto, ha de ser verdaderamente sabio el que no es bueno? El orden natural resultaría subvertido, porque la ciencia sin virtudes es maldición y mentira...

© Biblioteca Nacional de España

Esta maldición pesa, como herencia de dolor, sobre las actuales generaciones.

No pretendemos con esto *descubrir* aquellos libros ni enmendar la plana á místicos sublimes; es que nosotros, modestísimos exploradores científicos, al penetrar en el plano sentimental, nos hemos encontrado fatalmente, como es lógico, con estos celestiales tesoros, y tenemos que consignarlo así en nuestro diario de observaciones.

Plantas que por ser divinas son eternas, apenas si han empezado á dar las primicias de sus frutos, aunque pudiera creerse lo contrario fijándose en sus mártires, sus héroes y sus santos. Unos y otros, por desgracia, constituyen aún una excelsa minoría en la humanidad. Hablamos como analistas científicos.

Nos hallamos en el plano sentimental. Todo se ha transfigurado en nuestro alrededor; el laboratorio no son ya cuatro paredes físicas, sino el incomprendido corazón. No fantaseamos, hablamos, sí, por símbolos á falta de otro más vivido y perfecto lenguaje. No vamos á trazar imágenes efectistas; estamos en un celeste mundo para cuya descripción aún resultaría pobre el ignorado lenguaje de las notas, los colores y los números. La mesa de disección vibra con deliquios de éxtasis, y son incorruptibles los *preparados* con que se opera: agigantada se halla nuestra vista con el mi-

© Biblioteca Nacional de España

crotelescopio de la Intuición, y los instrumentos utilizables no son tan groseros como el espectroscopio, que sólo aprecia del sodio una diezmillonésima de miligramo, sino que aquilatan los trillones de billones de la psíquica vibración...; nos hallamos en el número... no sé cuántos, del cuadro del Cosmos, cuadro respecto del cual el de Crookes es apenas mísero reflejo, y, por tanto, llega la ocasión de transformar la lógica, sólo que es preciso operar en condiciones de asepsia perfecta; hay que esterilizar nuestro corazón, nuestras manos y nuestra mente de toda idea pequeña ó rastrera, de todo afecto no altruísta, de todo hecho impurificador. Por falta de semejante requisito solemos operar tan pobremente en este laboratorio incomparable.

Los grandes justos de todas edades y religiones han sido obreros en este plano: sus creaciones no han sido flor de un día, ni siquiera de varios siglos, como los epiciclos de Hiparco, porque sobre la roca viva de la verdad han sido ellas cimentadas. El mundo subyacente de la razón es granítico basamento del templo del bien: el sabio decae, pasa como el meteoro, y las obras del bueno perduran siglos y siglos... Siendo orden ya el orden moral, convivente con el orden cósmico que le subsigue, sus leyes tienen valor de leyes planetarias y la antes lógica del pensamiento, transformada para elevarse á él, tiene caracteres de lógica

© Biblioteca Nacional de España

de las Esferas: su expresión más pura es llamada por los indos ley de *Karma*.

No es aún ocasión de explicaros este complejísimo concepto: acostumbraos, antes, á considerar el orden moral como un mundo superior que abarca, compenetra, supera al llamado orden físico, sin dejar de ser uno con él. Tiene sus cavernas y abismos: las horribles lobregueces del mal. Tiene sus regiones desiertas é infructíferas ocupadas sólo por las acciones egoístas. Tiene también sus cumbres, sus Tabores, á los que de tiempo en tiempo se remonta el águila del bien obrar, pues aves de su cielo son los seres llamados á bien aventuranzas. Cubierto está por selvas en que se pierde y enmaraña la humana conducta, ya engañada por serpientes, ya encantada por singulares avecillas, y posee, en fin, este mundo sin confines, un sol: la alta Fe; una luna que esparce melancólica poesía sobre las ciencias todas que secretamente por la Fe viven, é innúmeras estrellas y nebulosas, que son los apóstoles de todas las religiones, según los diferentes pueblos y razas para los que nacieron, que brillan cual lejanos faros encendidos para guiarnos á puerto en las tormentosas noches de nuestros terrores apocalípticos.

El hombre vulgar penetra rara vez, por acaso é inconscientemente, en este plano, mientras que el verdaderamente justo apenas si de él sale

© Biblioteca Nacional de España

descendiendo á las regiones inferiores. Entre uno y otro límite, la humanidad entera sube á él y de él baja, en eterno flujo y reflujo. Todas nuestras acciones, sean buenas ó malas, arrancan de él, en él arraigan y á él retornan: de su atmósfera viven, y á él, en fin, apelan en todas las grandes crisis de la vida. Son sus reflejos los destellos de lo Ideal, que para servir de núcleo á ciencias y artes, desciende á vestirse de plástico ropaje en el plano de la fantasía, con el que guarda inextricables relaciones de casualidad.

Así como la lógica inferior da reglas inmutables para establecer acertadamente la relación del entendimiento con la realidad, en que el concepto de la verdad estriba, la lógica sentimental ó evolucionada tiene también sus principios inconmovibles. Como se excluyen las proposiciones universales afirmativa y negativa, en la primera, se contraponen los conceptos abstractos de bien y mal en la segunda; y de igual modo que entre aquellas dos proposiciones absolutas caben innumerables proposiciones particulares, de ambas clases caben, entre éstos, multitud de modalidades relativas, especie de combinación gris más claro ú obscuro, según las proporciones en que el blanco y el negro entran en ella: bienes y males relativos. Manifestada con toda evidencia la Voluntad Suprema, en el orden y armonía de los mundos, y llamadas á cumplirla todas las criatu-

© Biblioteca Nacional de España

ras, en la medida de sus propias fuerzas, todo cuanto afirme semejante cumplimiento, cuanto secunde y dé práctica realización á las leyes naturales, según sean á la sazón entendidas por el cumplidor, será *bien*, y *mal*, cuanto las contraríe. La contextura y trabazón de estas leyes, unas con otras, su hegemonía y finalidad recíprocas, en función, á la vez, de la variable determinada por la capacidad del que haya de cumplirlas, dará lugar á una serie semiinfinita de bienes y de males relativos, sujetos á las leyes de cantidad, á *verdaderas numeraciones* que nos son desconocidas, y apelamos en esto al testimonio del genial Benot, cuando demuestra que hubo una muy larga edad para el hombre, en que le fué imposible pasar del número tres (de ella datan los números gramaticales singular, plural y dual, característicos de todas las lenguas primitivas, pertenecientes al tronco ariano ó sánscrito), otra edad en que contó hasta cinco y hasta veinte (dedos de manos y pies: aborígenes de América y Polinesia), otra, hasta ciento y mil. Al efecto, nos enseña este sabio, qué número es la percepción de la mente humana de los diversos grados de la escala de la pluralidad. No es absurdo, por tanto, creer que entonces conoceremos también unidades de comparación ó de medida sentimental, y no podemos darnos cuenta ahora de lo que en el nuevo orden representarán los conceptos de

© Biblioteca Nacional de España

igualdad, equiparidad, suma y semejanza, bases de nuestras *mentales* matemáticas del día. Menos atrevido resulta al fin este concepto dentro de nuestro actual *impasse*, que resultaría al tosco oído del maori ó el samojedo, que no cuenta más de cinco ó de veinte, el hablarle de los mil novecientos cuatro años que llevamos de Cristianismo.

—¿Cuál sería el equivalente sentimental, verbigracia del silogismo?—El mismo silogismo transformado de modo que las premisas fueran la ley universal y la conducta de cada caso, y el inflexible obrar, la consecuencia. No estamos tan atrasados en la evolución, que no sepamos hacer en este vital asunto, con más ó menos inconsciencia, tan prácticos *silogismos de conducta.*

Semejante lógica comenzamos á practicarla cuando doblamos nuestra cerviz altiva ante los preceptos morales, que en la sucesión de las edades nos enseñaron los Enviados, Profetas, sabios y *vates* de cada país, y podríamos practicarla más conscientemente si eleváramos nuestros corazones al diapasón del *sursum corda* entonado por la pitagórica música de los mundos. La veríamos con toda claridad, si en lugar de tomar los preceptos evangélicos en su letra muerta, cual férreos conceptos yuxtapuestos sobre nuestra mente por el pueril temor de un más allá desconocido, conviviésemos en ellos dentro de su ínclito plano, sin sombra de temor alguno, maná del alma in-

© Biblioteca Nacional de España

dispensable para la conservación de la alta vida. Y no opongáis á todo esto, lectores sabios, una incrédula sonrisa, sin que antes convenzáis á un campesino de que la música vagneriana hace pensar al par que sentir, ó de que el microzoario de Lavedan es causa del paludismo. Las verdades experimentales de la parte más elevada de la ciencia son tales, para quien practica las experiencias; para los demás, no lo son, aunque puedan serlo, y si lo son, no se debe á ellas mismas ni á un convencimiento personal, sino al salvador principio de credulidad humana apoyada en el buen sentido y en las garantías de veracidad que se concede á los experimentadores. Decir lo contrario es, v. gr., pedir hoy á M. Ramsay que venga á demostrarnos, personalmente, las novísimas transformaciones del *radium*. Debemos creer por la fe en los que afirman, de *vissu*, ciertas sublimes verdades, ínterin nos colocamos en análogas condiciones de experimentación; debemos creer, repito, aun cuando á nuestra relativa ignorancia le parezcan, por el momento, aberraciones inadmisibles. Por no obrar así, todos los genios revolucionadores han sido calumniados y tenidos como locos, cuando, al decir sublime de nuestro Pi y Margall, en las grandes crisis de la historia, un hombre solo, una sola idea, ha tenido razón contra toda la humanidad.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

La prehistoria de mis vivires.

Sí. Lo juro. No es esta la primera vez que he vivido.

Mis existencias han sido múltiples. El *karma* de mis hechos pasados, mi pecado originario al nacer (y no pensemos en ningún pecado original ni heredado de otro, como vulgarmente se cree), me sigue y me persigue.

Si recojo hoy, es porque sembré ayer, aunque no lo recuerde; si sufro, es porque hice sufrir; si valgo, se debe á mi anterior esfuerzo por valer; si nada soy, es porque nada merecí.

Si la opulencia me rodea, la debo, no al favor de un caprichoso Dios personal, mentidamente rodeado por las raquíticas presunciones del hombre, sino á lo que antes trabajé y carecí. Si la miseria me aqueja, miserable fuí antaño y ella me redime de ser hoy miserable de corazón, pues-

© Biblioteca Nacional de España

to que el dolor viene á ser el crisol purificador de nuestro espíritu.

¿Perderé, acaso, lo que en esta existencia voy labrando? ¿Habrán de ser estériles mis lágrimas, mis esfuerzos, mis anhelos, los fracasos míos, mis dolores, mis luchas y mis derrotas, en contra de aquel principio cósmico de que nada se pierde ni se crea, ó contra aquel otro de que la reacción sigue á la acción por ley de las compensaciones, ó contra el de más allá, que justicia retributiva se llama, hablando en jerga jurídica?

No. Mentira. La naturaleza da siempre á cada uno lo suyo. El descanso seguirá á mi trabajo, la paz calmará mis dolores, el triunfo premiará mis anhelos; tendré un cielo. Un cielo sí, cual el pintado por los cristianos, es decir, mejor todavía, pero temporal, no eterno. El más santo de los hombres no es acreedor á un cielo eterno, ni á un infierno eterno el más réprobo.

Terminado aquél, restauradas las monádicas fuerzas de mi Yo, y mejor informado ya, tornaré á la Tierra por ciclo de necesidad, por ley de justicia, por... vergüenza propia del mal que haya hecho, de lo que por hacer dejara, de las cuentas que no saldase, para daño mío. ¡Cuán grande es, en verdad, la cuenta de nuestros egoísmos!

Y tornaré sin memoria. ¡Es claro! La individualidad permanente que reencarna, y la personalidad transitoria de cada vida, son diferen-

© Biblioteca Nacional de España

tes. Lo que memoria llamamos, no es función del alma, sino del cerebro físico. A cerebro nuevo de un organismo nuevo también, una flamante memoria, *que nada recuerda*, le corresponde; es la lógica consecuencia. ¡Bálsamo santo es la psíquica amnesia ésta! Ella tiende con el sorbo de agua del Leteo, un velo misericordioso sobre la misma culpa que se expía, ó mejor, sobre el viejo error que se rectifica y se enmienda sin sentirlo.

Los instintos salvajes de la niñez, raconto han sido de los largos evones de salvajismo pasados por mi novel espíritu, cual por mi raza toda. Las luchas de mi juventud trasunto fueron de mis existires guerreros. El ciego amor mío á la Naturaleza es también todo un poema misteriosísimo que abarca mi cien mil veces milenaria historia, de cuando viví como animal, de cuando fuí planta, de cuando siendo piedra, yacía en las entrañas maternales de la Tierra.

De piedra á planta, de planta á ser animado de múltiples movimientos, de animal á hombre, á lo largo luego de la larga senda por el hombre recorrida... Tal es la evolución secular de mi esencia. ¿Pasaré á ángel con los siglos, á fuerza de sucesivos progresos purificadores? ¿Subiré luego más arriba, cual todos mis hermanos, haciéndome más y más digno de sumergirme al fin en el piélago de lo Incognoscible?... ¡Sin disputa!

Nada más noble que el progreso sin término

© Biblioteca Nacional de España

conocido; nada más lógico que el correr de los ríos al mar, ni más augusto que el retornar de la sangre á las vísceras, cumplidas sus capilares misiones periféricas. Quien gobierna bien una casa puede intentar el gobierno de un pueblo; el que guía bien á un país, acaso tras prodigiosas síntesis con otras monadas, ensayar pueda algún día de qué ignorado modo se gobierna un planeta en los ámbitos sidéreos, ó de qué manera, física é hiperfísica, al par, logra eternizar un sol sus vitales esplendores... Si de niño sólo conocí mi pueblo, de joven, mi comarca, de hombre, mi Patria y algún otro rincón terrestre, de superhombre, tras otras muertes y otros concatenados renacimientos, yo deberé conocer los misterios lunares, los de Júpiter, los del sol, los sidéreos, los de las nebulosas, los del Logos, los de *El* y los de *Ella*.

Reíos si queréis. En esto yo, á fuer de sensato, me atengo á lo que aprendí de los vedas, parsis, druídas, gnósticos, santos y suffis. A lo que he leído en Platón, á lo que columbré en Tertuliano y Orígenes, á lo que vi...—¡fuera imitaciones! —á lo que veo en mí mismo, á lo que mi conciencia me testimonia sin necesidad de prueba ninguna.

Lo que nace, muere; lo que muere, renace. Tal es la enseñanza que veo en la Ciencia, y que leo en el Bagabad Gita.

© Biblioteca Nacional de España

Por el reino de las sombras.

Bercelius dió á la química el dializador, precioso instrumento con el cual pudo apartar, del modo más sencillo, las substancias cristalizables de las no cristalizables (coloides). Lo que la mano experta del sabio no pudo separar hasta entonces, lo hizo una simple membrana permeable.

Nosotros tenemos la sospecha de que existen en la ciencia muchos medios dializadores, por decirlo así, de sus más complejos fenómenos, y queremos, amables lectores, comunicároslo. Semejantes escarceos nunca resultaron inútiles, porque más de una vez fueron un modo de facilitar la implantación en la ciencia de hipótesis revolucionarias y salvadoras.

¿Quién no se ha fijado en las sombras múltiples veces? Hemos buscado en la siesta de verano la tan apacible del follaje de los castaños,

© Biblioteca Nacional de España

al pie de frescos arroyos pintorescos, como hemos procurado evitarla en invierno, huyendo de un frio excesivo. Ella ha cautivado nuestra atención con los celestes fenómenos que origina, ya trayéndonos la noche tras el día, ya tornándonos negro el radiante disco solar, ya volviéndonos roja, durante los eclipses, la plateada faz de Selene. Como la inocencia ha deseado siempre la luz, el crimen ha buscado siempre las sombras para ocultarse en ellas, y al sombrío manto de la noche y al de la soledad y del sueño, sombras también de órdenes superiores, demandamos constantemente amparo, consuelos, protección y olvido, en esa misteriosa región ultrafísica do vagan los manes de los que fueron y ya no son, en extraño consorcio con los engendros de nuestros delirios, temores y fantaseos, macabramente evocados por el clásico *vals de las sombras*, de Dinorah, ó por la vigorosa poesía de Espronceda.

Para nada hace falta tanta filosofía como para darnos cuenta de los fenómenos á los que el hábito nos tiene acostumbrados, dijo Voltaire, y como la sombra sigue siempre á nuestro cuerpo y envuelve también en otras esferas á las mejores conquistas de nuestra mente, de aquí las dificultades que nos salen al paso al estudiar algo de aquel reino misterioso. ¿Qué es, en efecto, una sombra?

© Biblioteca Nacional de España

La física nos dice: preparad ó buscad un foco luminoso, esto es, una entidad activa, el Sol, v. gr., capaz de agitar el éter con 400 ó 700 billones de longitud de onda; estas vibraciones determinan en nuestra retina una impresión visual adecuada; sus ondas se propagarán por el espacio hasta chocar con un objeto físico—una pantalla—que ora las absorba casi todas (si es de color negro), ora casi todas las refleje (siendo blanca), ora, en fin, las absorbe en parte, la del rojo, por ejemplo, y refleje las restantes, dando un color complementario, que sería, en este caso, el verde. Interponed un cuerpo en la trayectoria rectilínea de las vibraciones que van del foco á la pantalla; si es de los llamados opacos, como un metal, ó un zoquete de madera, todas las vibraciones se verán por él interceptadas, ya por absorción, ya por reflexión. Si el objeto es, en cambio, transparente como el cristal de Bohemia, pasarán á través del cuerpo casi todas las vibraciones, y prescindiendo, en su caso, de la refracción de la luz, podremos afirmar que ellas seguirán como antaño su camino rectilíneo y que no se producirá sombra alguna. Los objetos intermediarios llamados translúcidos, determinarán semisombras de las que por el momento conviene prescindir.

Nos suponemos, al efecto, operando en la superficie de la Luna, donde la absoluta carencia

© Biblioteca Nacional de España

de atmósfera parece impedir los fenómenos llamados de irradiación ó difusión de la luz, causa de las vaguedades y esfumados de las penumbras. Las sombras aparecerán allí, si el hecho es cierto, dotadas de bordes perfiladísimos, reproduciendo con absoluta fidelidad los contornos del objeto opaco interpuesto. El color, y todo cuanto del color deriva, será desconocido: no más iris, no más celajes; ó blanco deslumbrador, ó negro más negro que el abismo, según que el objeto reciba, ó no, directamente los rayos integrales de la luz blanca del Sol.

Antes de seguir, conviene que reflexionemos acerca del fenómeno de la visión en sí mismo.

La visión, técnicamente hablando, es un verdadero fenómeno *de tacto*, ó de contacto de las vibraciones del éter coetáneas con las de las moléculas del objeto, sobre las células retinianas llamadas conos y bastoncillos. Los progresos realizados por nuestra razón en el mundo mental, nos hacen vivir en la perpetua metáfora de creer que *vemos los objetos físicamente*, cuando lo que hacemos es percibir tan sólo la acción táctil sobre nuestra retina de algunas vibraciones emanadas de ellos; acción variable de uno á otro individuo, de uno á otros tiempos y circunstancias, fisiológica y patológicamente; y ésta tan elemental enseñanza vale tanto como todo un curso de filosofía, pues así como es verdad que no hay

© Biblioteca Nacional de España

nada escrito sobre gustos (impresiones, al fin, de tal ó cual alcance), ya que son ellos tan variables de suyo, tampoco debe discutirse neciamente, como solemos hacerlo, acerca de lo que la realidad sea, sino de lo que ella *nos parece*, pues todo es cuestión de *ver* ó de *no ver, ver mejor ó peor*, ver *más ó menos*, lo que en el fondo equivale á lo que decía Hamlet: «ser ó no ser, he aquí el problema». (1)

Podremos consignar que toda vibración etérea de diapasón adecuado, que toque nuestra retina, es luz para nosotros, como para otros seres organizados de un mundo diferente podría ser lo que respecto de nosotros es la electricidad ó el calórico. Ella determina la percepción visual del

(1) Lo que vemos *es* para nosotros y *no es* lo que no vemos: el Universo *es más*, para aquel que vea más; *es todo* para quien todo lo vea, y *nada sería* para el que nada viese, empleando aquí el verbo en una acepción expresiva del táctil apreciar de nuestros sentidos, únicas puertas, al parecer, que tenemos para comunicarnos con la realidad exterior. Como consecuencia de esto, no es una excentricidad afirmar que el oído es la vista de las vibraciones del aire (y del éter) entre 32 y setenta y tantas mil por segundo; ó que el gusto y el olfato son la vista ó el oído químico de vibraciones ultraluminosas ó ultrasonoras de los cuerpos. ¡Qué revolución exige ya del lenguaje el llamado cuadro de Crookes, es decir, la serie ordenada de repetidas vibraciones del éter, desde una hasta las más altas de la física que se cuentan por miles de billones!

© Biblioteca Nacional de España

objeto que la produce. Vibración, en cambio, que no toque á nuestra retina, no existe actualmente para nosotros, ni existe, por tanto, el objeto que la ocasiona; y como la propagación es rectilínea (con la salvedad de la refracción, que en nuestro laboratorio de la Luna no se produce), no podemos ver más que mirando directamente al foco, ó por reflexión de sus rayos al chocar contra un objeto que no absorba la luz y nos la devuelva, obedeciendo exactamente la ley de igualdad de los ángulos de reflexión y de incidencia. Un objeto opaco, interpuesto en una ú otra trayectoria, nos impide la visión del foco y de sus luces.

Hay en tales asuntos un detalle esencial, que de ordinario pasa inadvertido. La luz, no es luz en sí misma: es luz, en cuanto impresiona á nuestro tacto retiniano; pero haciendo abstracción de este fenómeno perceptivo, lo propio es luz que obscuridad; mera vibración invisible en sí misma y nada más. Para que sea luz la vibración, hace falta una retina que las reciba, por lo que alguien ha dicho que la luz no existiría sin los seres vivos que gozan de sus efluvios. La distinción no es baladí ni mero juego de palabras, y nos enseña á diferenciar lo que es pura acción fisiológica operada sobre nuestro cerebro, de lo que es vibración en sí misma; lo que es la realidad desconocida, de lo que viene á ser

© Biblioteca Nacional de España

la luz de un modo parcial y especialísimo; y el corolario es por demás sublime: en el espacio, no hay luz ni sombras propiamente dichas, sino vibraciones de grados variadísimos; no ya los encerrados en los estrechos límites de la visión, sino todos los que vienen á abarcar los fenómenos caloríficos, electromagnéticos, los de los rayos Roëntgen y los novísimos rayos de Blondlot, etc., etcétera. La distinción de unos y otros fenómenos, no es, pues, esencial, sino doblemente accidental: por la cantidad vibratoria de un lado, y de otro, por la transitoria realidad de nuestros sentidos. Lo que es luz para unos seres, repetimos, es obscuridad para otros; océano de divinas bellezas para las entidades más excelsas, y piélago tenebroso, densas tinieblas para los imperfectos... Aquí el lector adivinará la sublime verdad de ciertos principios religiosos, respecto de los cuales no nos podemos ocupar hoy.

Emancipados, pues, de aquellos prejuicios de la vieja física, y sin dirigir la vista aún á la pantalla de nuestro experimento del *laboratorio selenita,* miremos el espacio comprendido entre el foco y el cuerpo opaco, y asimismo, el otro espacio que media entre éste y la pantalla de proyección; nada distinto seríamos capaces de advertir entre ambos, y sin embargo, van propagándose con velocidad inaudita por el uno las vibraciones que llamamos luminosas, mientras que por el

© Biblioteca Nacional de España

otro, que subsiste detrás del objeto opaco (limitado por la proyección de sus contornos), ya no se propagan aquellas vibraciones; pero nuestro ojo no percibe la diferencia, como tampoco percibe el rayo de sol que penetra por la cámara obscura, hasta que no llega á dar su proyección sobre el cristal esmerilado del fondo. No reparando en la línea determinada por el foco y el objeto opaco, estaríamos bien ajenos de pensar que al cruzar detrás de éste aquella región, aparentemente igual á las otras, nos íbamos á encontrar en súbita obscuridad, en un abismo que en manera alguna podríamos haber advertido de antemano, como no advertimos nada que pueda denunciarnos la sombra de los planetas en el espacio, hasta que ella misma no se evidencia con los eclipses de sus satélites. Ignoraríamos, en fin, hasta no colocarnos detrás de él, si el objeto era opaco ó transparente; no veríamos ni dejaríamos de ver la vibración. Situados en el seno de los espacios interplanetarios, sin las partículas materiales reflectoras que componen la atmósfera, os sería dable, sí, ver el Sol mirándole directamente, pero no podríais apartar de él la vista, sopena de caer, *ipso facto*, en obscuridad lobreguísima, y no os servirían de nada vuestros ojos para ver en vuestro derredor en aquella región misma por do corren oleadas y torrentes de luz. Tal sería, en lo que atañe al llamado orden físico ó conocido, la

© Biblioteca Nacional de España

situación de un ser que, sobreviviendo á su cuerpo, saliese del radio de la Tierra: no vería nuestras luces, que para él serían tinieblas quizás, y probablemente aparecería dotado de otras modalidades de visión.

Para salir de este seno oculto que llega hasta á infundirnos pavor, miremos hacia la pantalla colectora de las sombras proyectadas por el objeto. Sólo entonces podremos discernir sobre la opacidad ó transparencia:—¿no es verdad?

—Según y cómo, nos replicaría nuestro exigente maestro.—En la pantalla se proyectaría, es cierto, una sombra negra, un círculo negro, por ejemplo; pero, ya que suponemos también el vacío delante y detrás de la pantalla, careceríamos, por la sola visión, de criterio comprobado, porque análogo disco negro, sin objeto alguno que lo proyectase, podría mostrarse y deber su apariencia, bien á una propiedad absorbente de la pantalla (negra dentro del círculo), bien á la desaparición de la materia misma por que se hubiera recortado un círculo análogo que dejase al descubierto el vacío que existe detrás. No hay para qué añadir, sin embargo, que el ejercicio combinado del sentido del tacto y el de las facultades mentales superiores, discernirían cuál era el verdadero caso entre los tres posibles: aquí hablamos de la visión simple y de sus posibilidades; no, del trabajo diferenciador y analíti-

© Biblioteca Nacional de España

co de observaciones varias combinadas con juicios y raciocinios científicos, procedimiento que siempre ha seguido le ciencia en su investigación, v. gr.: para apreciar si la Tierra giraba en torno del Sol ó el Sol en torno de la Tierra y los planetas, ya en torno del uno ó de la otra, ó ya alrededor de un tercer cuerpo.

Estudiemos con la física lo que vemos y lo que dejamos de ver en la negra proyección del objeto opaco sobre la pantalla. Esta, en realidad, refleja sobre nuestra retina la luz blanca del foco por toda su superficie, menos en la zona donde, gracias á la interposición del objeto, deja de recibirla; pero, ¿cómo podrá ocurrir lo que llamamos absorber y reflejar la luz?

Una elástica banda de billar *refleja* á la bola que con ella choca, *rechazándola*, no dejándola pasar adelante en su marcha. Si vibrara, esto es, si se moviera como ella, en lugar de estar inerte, no la rechazaría, lo que induce á sospechar que todo objeto reflector está inerte para la vibración luminosa, ó no se halla en diapasón normal con ella; por eso la devuelve cambiada, digámoslo así, de signo. Pero no existe en la naturaleza objeto alguno absolutamente inerte, ó sea absolutamente inarmónico, ni tampoco le hay absolutamente reflector.

Un montón de harina, ó de sutil negro de humo, recibirá la bola en su seno, hasta sin desviarla,

© Biblioteca Nacional de España

para apagar por completo su velocidad traslatoria. He aquí una inercia que no parece igual á la anterior, como no lo parecen tampoco respecto de la luz, la del cuerpo absorbente y la del reflector de ella. Lo único evidente es que la vibración etéreo-luminosa sufre un cambio esencial—más que nada, probado por el fenómeno de polarización de la luz—al chocar contra la pantalla, la que intenta devolverla hacia su origen (1) cuando tiene capacidad reflectora, y parece dejarla seguir cuando, por ser negra, goza de propiedades absorbentes. Esta segunda inercia no es, pues, sintética, igual y coherente en toda la masa, sino múltiple y diferente en cada partícula, y por consiguiente, la onda, á quien permite atravesar por su masa, va perdiendo, más y más, su intensidad vibratoria. Es de presumir, no obstan-

(1) En geometría elemental hay un problema que se conexiona con el de la reflexión, y dice: «Hallar el más corto camino de un punto á otro, tocando (sufriendo inflexión) en una recta.» Se demuestra, como es sabido, que las dos rectas que componen dicho camino, están igualmente inclinadas sobre la recta á la que tocan; lo que llevado á la mecánica, equivale á admitir que el cuerpo que choca oblicuamente contra un plano elástico, se ve forzado á cambiar de signo en la dirección; pero sometido todavía á la primera ley de su movimiento rectilíneo, á saber, á buscar la distancia más corta entre dos puntos, determina la igualdad de los dos ángulos como única expresión posible de la distancia más corta, contando con el obstáculo mismo.

© Biblioteca Nacional de España

te, que rara vez llegue á perderla del todo, y que alcanza á modificarla muy por bajo de la tonalidad del rojo, llegando hasta á pasar al otro lado transformada en vibraciones inferiores. Esta teoría se relaciona íntimamente con la de los espectros de absorción y de emisión, y nos lleva á considerar en los cuerpos una opacidad variable meramente relativa; ó lo que es igual, á encontrar en sus sombras, uniformes para el profano, multiplicidades infinitas. En semejante serie ocupararían una no corta gama los diversos objetos translúcidos, como las láminas metálicas de escaso espesor, y he aquí dibujado, aunque con las tenues y vacilantes líneas de la hipótesis, un futuro aparato destinado á revolucionar la física: el *prisma etéreo*, que se llamaría en contraposición al prisma espectral, porque nos daría, no ya, como éste en un principio, el desarrollo de la gama cromática y luego dos extremos de la calorífica y de la química, sino la serie toda de las etéreas vibraciones. Bastaría para ello formar una escala, más ó menos extensa, de cuerpos ordenados según la serie de sus opacidades relativas, desde el que no dejase pasar, v. gr., las más lentas ondas hertcianas, hasta aquellos otros que fueran opacos para los rayos X, no empleando, por supuesto, algunos que, como el vidrio, parecen mostrar transparencia para los rayos luminosos y opacidad para otros de mayor poder. Mu-

© Biblioteca Nacional de España

cho servirían al caso los estudios de Melloni y otros físicos sobre la diatermancia y etermancia de los cuerpos y su conductibilidad eléctrica, etcétera, disciplinas que irán uniformándose en síntesis superiores.

Volvamos á las sombras.

El análisis espectral, tan fecundo en descubrimientos, constituiría un mero capítulo de estos trabajos generalizadores. Toda sombra es una separación, una diálisis, operada entre ciertas vibraciones etéreas que han pasado y otras que han dejado de pasar á través del cuerpo interpuesto que las origina. Sobre nuestra pantalla aparecerían unas y otras reunidas en la parte iluminada y restadas estas últimas, en la negra proyección. Habría, por decirlo así, un vacío en la serie de fuerzas vibratorias, como hay un relativo vacío de materia bajo la campana de la máquina pneumática (1), y así, como los débiles fenómenos de fosforescencia se nos manifiestan sólo en la obscuridad, las sombras nos podrían permitir la percepción de fenómenos nuevos, allí donde la acción de la luz, por su mayor pujanza, no nos permite verlos.

Un escollo, sin embargo, viene á detenernos en

(1) El símil adquiriría más vigor si tales fuerzas fuesen materia sublimada, como tienden á demostrarlo las nuevas teorías sobre los *iones* integradores del átomo.

© Biblioteca Nacional de España

nuestra marcha: la base de convicción de nuestra ciencia se apoya, precisamente de un modo más ó menos mediato, en el testimonio de nuestra vista, la cual no parece estar organizada para penetrar en los misterios de la sombra. ¿Cómo, pues, ver lo invisible? Pretenderlo, ¿no es ya por sí mismo un absurdo?

No. La ciencia tiene ya obviada en principio semejante dificultad. A una vista pobre, de alcances cortísimos, la ha dotado de potentes microscopios y telescopios, y no contenta con esto, ha sustituído aquella vista por otra naciente, más perfecta en cierto modo: la placa fotográfica, que tiene la ventaja inapreciable de registrarnos eternamente lo que ve. Ya la fotografía ha dado algunos pasos en la sublime senda que le traza el porvenir, puesto que ha conseguido *ver en lo invisible*, en la región infra-roja y en la ultra-violeta, algunos rayos espectrales con sus negras rayas; pero aún no se han preparado placas lo bastante sensibles para impresionarse adecuadamente en las diversas sombras de los cuerpos opacos á la luz, á la electricidad, al calórico, etcétera, que aquel no inventado prisma etéreo separaría con refracciones, ó sin ellas.

Henos aquí movidos á intentar una generalización de los principiós fundamentales de la fotografía, en armonía con estas ondas luminosas de lo invisible, si nos es permitido hablar así.

© Biblioteca Nacional de España

Tendríamos que empezar por ir pensando en placas sensibilizadas, no ya para la gama luminosa, sino para las demás gamas de la extensa serie de vibraciones del éter, de límites prácticamente infinitos, como cualquier sistema de numeración. El colodión impregnado de yoduro y cloruro de plata, habría de ser reemplazado, bien por una sola substancia capaz de ser afectada al par por todas las fuerzas físicas conocidas, si tal substancia existiese, bien por una serie de ellas, compatibles entre sí y dispuestas sabiamente. Existen, á no dudarlo, sales sensibles á la acción eléctrica y á las demás acciones, y capaces de atesorarlas por virtud de operaciones de revelación y fijado equiparables á las de la actual fotografía... ¡Revelarlas! Pero ¿á qué vista, si nuestra vista no las percibirá; si no parecemos tener sentidos concordantes para percibir el más y el menos de las vibraciones del éter, fuera de la gama luminosa consabida; si nuestro oído no oye más que en el aire, y nuestro olfato y gusto tienen una pobrísima química, que exige la previa disolución de las substancias, en estrechas proporciones, en el aire ó en la saliva? Este solo detalle nos dice más que los mil clásicos ditirambos de los autores, en pro de la menospreciada psicología. Dilema inflexible: la humanidad pide ya á su Creador, en nombre de los fueros de la ciencia, ó sentidos nuevos, ó excepcionales desarrollos de los antiguos;

© Biblioteca Nacional de España

algo de eso que ciertas escuelas llaman *doble vista*, para penetrar, con la suprema curiosidad de fausto, en el hasta ahora cerrado seno de las tinieblas...

¡Qué valentía!

Aún hay más en este extraño reino de las sombras.

Nos viene á enseñar Crookes sabiamente que las fuerzas químicas no son en puridad sino diversos estados de la materia radiante por él descubierta, materia de densidades muy diversas: más que la del hidrógeno respecto del iridio; más variadas entre sí que las de las mismas capas atmosféricas. El éter iría resultando entonces á nuestros análisis un término tan vago, como todos los conceptos genésicos cuando se los profundiza.

La propagación de las vibraciones luminosas en el espacio, por ejemplo, podría ser en cierto modo semejante á la corriente de un líquido á traves de los poros de un sólido, ó á la difusión de un gas en un líquido: unas muy fantásticas *éter-estática* y *éter-dinámica* se dibujarían. El cuerpo transparente merecería el nombre de cuerpo permeable á la corriente lumínica, y de impermeable, el llamado cuerpo opaco... Decimos mal. Lo que ocurriría entonces, sería más bien la aparición de una especie de química etérea, en la que entrasen esos cuerpos genéricamente co-

© Biblioteca Nacional de España

nocidos con el nombre de prohidrogenios. Flúido luminoso que cayese sobre tal cuerpo, al gastar parte de su fuerza vibratoria en atravesarle y salir de él transformado en flúido calorífico, habría sufrido, con la disminución de su tonalidad vibratoria, un verdadero cambio químico. La física, caería así bajo los dominios de la química y ésta recíprocamente bajo los de aquélla, como ciencia, que es, del éter, de la vibración y de la fuerza.

La ciencia presentaría entonces un aspecto por demás curioso.

De la necesidad, siempre sentida, de explicarse las cosas de algún modo, nacieron en la más remota antigüedad los conceptos contrapuestos de materia y fuerza, que en filosofía son más bien los conceptos de pasividad y de actividad, especie de oposición sexual generadora de todo cuanto existe.

De aquí el que la ciencia, en sus primeros pasos, estudiase como materia lo que ahora van resultando ser densísimas condensaciones del éter primordial, y como fuerza, los estados etéreos superiores. Los primeros físicos aportaron ya al orden material gases, casi todos desconocidos, consiguiendo hasta liquidarlos y solidificarlos unos tras otros. Crookes, á su vez, aportó á este orden la materia radiante, y aún se halla en camino de introducir en él todas las hasta aquí lla-

© Biblioteca Nacional de España

madas *fuerzas físicas;* pero aquélla suprema distinción sigue siendo indispensable en nuestras concepciones; está en el alma de nuestra lógica y en la esencia de nuestro espíritu. Próximo á verse expulsado en los antiguos fenómenos físicos el concepto de fuerza, tiene que buscar en esferas superiores, hasta aquí ocultas bajo el misterio, campo adecuado para su ideológica realidad, cual obrero director que, suplantado por una máquina nueva del taller, ha de buscarse en otro colocación apropiada para sus aptitudes, y ello viene á dar gran relieve de actualidad á los menospreciados estudios metafísicos. No parece sino que las desconocidas, las más excelsas, fuerzas de la fantasía, la mente, el sentimiento y la voluntad, pugnan ya por *entrar en laboratorio.*

En estas nuevas orientaciones, el concepto genérico de *sombra* (ora de luz, ora de calórico, ora de otra índole), viene á perder todo su carácter ilusorio ó negativo, adquiriendo intrínseca y propia realidad.

Prescindiendo de la irradiación, la sombra de una esfera, por ejemplo, no es ya un espacio, una proyección cónica ó cilíndrica, *sino un volumen de materia etérea de especie más densa que la materia etérea llamada luminosa, imponderable todavía para nuestra pobreza instrumental, pero perfectamente ponderable, quizás, para instrumentos y seres superiores,* cual si la atmósfera etérea, circunvaladora

© Biblioteca Nacional de España

toda ella de aquel mayor grado de condensación, antes de recibir la acción actínica, se viese atacada por el reactivo luminoso en toda su extensión, del mismo modo que el hielo al recibir rayos caloríficos, salvo en aquella parte sombría en que los impidiese la absorción vibratoria de las moléculas físicas del cuerpo proyectante. Siguiendo así el éter, envolvente de nuestros propios cuerpos, especie de estela hiperfísica que nos sigue por doquiera, sufriría análogas influencias químicas de la luz, y su proyección ó sombra, dotada de realidad efectiva, podría, acaso, evidenciar fenómenos propios bajo el influjo aquél ó de otros etéreos reactivos; y *eso* que ciertas escuelas llaman, para darle algún nombre, *doble astral*, podría buscarse quizá en esa región sombría, así diferenciada por nuestra ultra-química. Acordáos, lectores, á propósito de todo esto, de uno de los fenómenos que intrigarán siempre á los astrónomos más perspicuos. Nos referimos á la cola de los cometas, materia, como sabéis, *sui generis*, que en nada altera, por su tenuidad, más allá de toda ponderación, al rayo luminoso de las estrellas, ante el cual se interpone, y que en los momentos del perihelio, á pesar de su prodigiosa longitud de millones de kilómetros, opera su movimiento flabiforme describiendo sobre el Sol como vértice, ángulos de 60 ó más grados en intervalos de brevísimas horas, con rapidez que,

© Biblioteca Nacional de España

cualquiera que sea su materia, nos resulta inaudita é inconcebible.

En esta serie de vibraciones, desde la densa materia sólida hasta el misterio del espíritu, que también vibra; en esta verdadera escala, cual la que viera en sueños Jacob, por la que bajan ángeles y suben superhombres, diríase que se esfuma ya en lontananza un asomo de la Suprema Vida emanada del Creador. Si lo que ayer era vaga fuerza va á ser hoy sutil materia, y lo desconocido ha de ser fuerza estudiable, ¿á dónde vamos? ¿Al pan-materialismo, ó al pan-espiritualismo?

Es muy pronto aún para saberlo, pero, sí, resulta indudable, que deben existir síntesis armonizadoras de la materia con la fuerza, y que si la planta recibe su vida de la tierra y el animal de la planta, como la Tierra recibe la suya de los rayos del Sol, no es problemático—y aquí del *luminoso* trabajo de Flammarión sobre los *astros obscuros*, colosos ignotos, por ser invisibles, del firmamento, y centros de cohesión de sus sistemas estelares—, no es problemático, decimos, que el Sol á su vez reciba la vitalidad, que luego esparce con sus llamaradas de hidrógeno y sus torrentes de rayos de mil clases, ya luminosos, ya obscuros, de aquellos luminosos centros, causa amoroso-atractiva del desplazamiento del Sol en los espacios trazando una órbita que equivocadamente

© Biblioteca Nacional de España

creemos recta, dirigida hacia la región de Hércules, para llegar al centro galáctico, broche de cien millones de soles, y al centro coordenador de las muchísimas nebulosas del cielo, en demanda del Supremo Centro, donde radica Dios.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Ciencia y virtud.

Oportuno estuvo el Sr. Navarrorreverter contestando al Sr. Ventosa, en la Academia de Ciencias, al hacer resaltar el contraste moderno entre una ciencia, «cuya grandeza nos hace fuertes», y ese inmenso vacío que la misma nos deja en el alma, tras sus más portentosos descubrimientos.

El paralelo resulta brutal, anonadador. Al lado de la Astronomía matemática, que con Leverrier descubre por el cálculo á Neptuno, antes de verle, y con Bessel adivina, de igual modo, la compañera de Sirio, catorce años antes de que esta estrella hiriese por primera vez la retina de Albán Klark, existe esa otra Astronomía *amatemática*, por decirlo así, que sólo á fuerza de constantes arbitrarias, empíricamente intercaladas en los cálculos, medio explica, no más, los movimientos de la Luna y las perturbaciones de Mercurio; y junto á esas prodigiosas intuiciones de los movimientos propios de las estrellas, que llevaran á

© Biblioteca Nacional de España

Herchell á la deducción del apex solar, ó punto del cielo hacia donde el sistema solar parece dirigirse, la penosa incertidumbre acerca de las distancias de la casi totalidad de los astros del firmamento; la anarquía respecto á la forma de nuestra nebulosa galáctica; la duda que envuelve á todo el problema nebular, á la distribución de las estrellas, á su número limitado ó ilimitado, á la probable vida futura y pretérita del sol y á cien otros problemas.

A través de distancias inmensas, imposibles de abarcar en los límites de la comparación de magnitudes, la ciencia todo lo ve, todo lo investiga, todo lo pesa, todo lo analiza... Los movimientos sidéreos, las fotoesferas y las manchas de los soles; las dimensiones y volúmenes de los astros; las densidades de sus manchas; la composición de su materia; sus orígenes y transformaciones; su porvenir y su destino, todo, todo eso lo investiga el hombre, todo lo conoce, todo lo sabe... Pero—agrega el ilustre ex ministro—«el mismo poeta, que arranca á su lira ditirambos en honor de la omnipotente sabiduría humana, llega al fin de su himno apologético, y entre dudoso y vacilante, añade con Bartrina:

Mas ¡ay!, que cuando exclamo satisfecho
¡todo, todo lo sé!...
siento aquí, en mi interior, dentro del pecho
un algo..., ¡un no sé qué!...

© Biblioteca Nacional de España

Efectivamente, conocer al pormenor la composición química de los astros, é ignorar cómo son los polos de la Tierra; saber, casi, los destinos solares, é ignorar los propios humanos destinos; sondar los espacios cerúleos, dejando insondables é insondados los abismos terrestres, los volcánicos y los marítimos; medir la velocidad de la luz y la fuerza de la atracción, sin conocer la fuerza del amor en su proteísmo, ni las leyes del pensamiento; sorprender el mecanismo todo de los cielos, los movientos radiales y angulares de los astros, y seguir en tinieblas acerca de nuestra propia y titánica máquina de sentimientos, ideas, percepciones y voliciones, es algo paradójico, algo falso y deleznable, algo semimaldito, que viene á acrecentar las torturas de nuestros vivires y las tristísimas tenebrosidades de nuestros ignorados destinos.

—¿No sería preferible, dice el uno, saber menos, y ser mejores?—¿No sería más cuerdo, sentir más y pensar menos? ¿Alimentar más al noble corazón, que anémico y empobrecido yace, merced á la teratología de una estéril cabeza? El astro recién entrevisto en el campo telescópico ó en el fotográfico, entre los de décimasexta magnitud, á distancia de siglos del lumínico correo de los 300.000 kilómetros por segundo, ¿mejora realmente la humana condición? ¿Quita una pena al millar de nuestros diurnos pesares? ¿Enjuga si-

© Biblioteca Nacional de España

quiera una lágrima?... Apartad de mí, si no, esa ciencia maldita, cual Schiller pedía á Dios que le privase del funesto don de ver en la ciudad de los eternos ciegos, los ciegos del amor, los de la ciudad doliente del poeta florentino.

Esa ciencia yerta, esa ciencia falsa sin virtudes, sufre, á tiempos, en sus derroteros las brutales correcciones de la Ley natural, que Ley Eterna es sin disputa. Por eso no resulta maravilla que le lleguen momentos de apagamiento, cual el de los bárbaros; de superstición, cual los medioevales; de desmoronado y de escepticismo, cual los de la Enciclopedia; de revolución general, cual modernamente sucede con el radio, «que lleva dudas á las fronteras de la negación de los grandes principios en que descansan las teorías de la mecánica celeste y de la dinámica corpuscular, y el gran principio de la conservación de las energías; el de la acción igual y contraria á la reacción; el de la conservación de la materia; la teoría de la aberración de la luz; los movimientos aparentes de los astros, porque todo está ya en tela de juicio y todo anuncia una crisis profunda en las mismas ciencias astronómica y físico-matemáticas».

Convengamos, pues, con el Sr. Navarrorreverter, en la necesidad de una tendencia de conciliación, más que ecléctica, ármonica, que evite, por igual, los decaimientos y los ensoberbeci-

© Biblioteca Nacional de España

mientos científicos, y si no queremos decir con el Eclesiástico que el principio de la sabiduría es el santo temor de Dios, digamos al menos: «No busquemos jamás la Ciencia sin virtudes, ni consintamos en no desarrollar el corazón al unísono de la cabeza.»

El hombre no se regenera sólo por el sentimiento. Tampoco por el conocimiento solamente.

Por eso, para las escuelas orientales es principio inconcuso que la sabiduría se diferencia de la mera inteligencia en que la ciencia y el amor la integran en consorcio bendito.

Y he aquí cómo el hombre resulta ambidextro y verdaderamente celeste é invencible.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Vibraciones de la voluntad.

Sean cuales fueren nuestras convicciones y nuestras observaciones psicológicas, la experiencia nos atestigua acerca de la diversa esfera de acción de la psiquis y del raciocinio. El examen de la fenomenología de entrambas facultades en la vida, nos suministra un elemento precioso para evidenciar lo que en el lenguaje figurado podríamos llamar oscilaciones pendulares de la voluntad, recordando el clásico vaivén de aquel instrumento de Física. Aclaremos con algunos ejemplos este original fenómeno psicológico, clave de no pocos misterios en la ciencia.

Un crimen horrible conmueve á un pacífico vecindario; el sentimiento de conmiseración ante la víctima, aunado al concepto racional de lo justo, adquiere fuerza de alud en la honrada masa; el motín estalla; las puertas de la prisión

© Biblioteca Nacional de España

ceden á su empuje y el criminal es *linchado*. Por el contrario, las puertas de la cárcel resisten; la excitación se atenúa poco á poco y permite ejercer más tarde á la justicia social su misión augusta; la condena llega; va á sonar la fúnebre hora de la ejecución capital, y aquel mismo pueblo, conmovido por tal ó cual detalle de sentimiento, el del huérfano inocente, el del hogar perdido, ésta ó la otra olvidada atenuante, pide conscientemente el indulto. ¡Sublime oscilación pendular de la voluntad colectiva!

Sufre un padre las consecuencias deplorables de cuantas tropelías perpetra á diario su díscolo hijo. Es imposible tolerarle más: la medida se colma y la ira paterna va á estallar cual fuerte tempestad; mas he aquí que la madre se interpone, y su infinita ternura salva una y otra vez al incorregible galopín.

Ejemplos análogos podrían citarse por millares.

¿Quién no ha sentido acallar en el pecho odios y rencores, precisamentete á la vista de un enemigo, sólo por el influjo de una mirada benévola, de una frase oportuna ó por imposición de ese sentimiento cristiano de seres redimidos que late en lo profundo de los más viciados corazones? ¿Quién es la fría estatua viviente—y perdónesenos la antinomia—capaz de pensar y obrar siempre de igual modo, por la mañana y á la tarde,

© Biblioteca Nacional de España

con hambre y con hartura, en el dolor cual en el placer, en la madurez como en la juventud, ante el amor como ante el escepticismo, siguiendo sólo el imperativo categórico de la razón pura, al modo de una línea recta ideal.

Tal es la realidad, grande ó pequeña, de la vida, y tal como ella es, debe aceptarla la filosofía. El fenómeno de vaivén de la voluntad y de la acción es tan notorio, tan universal y continuo, que negarlo no lo permiten, de consuno, la razón y la Historia. Ella es la tela de Penélope, la roca de Sísifo, la serpiente egipcia que se muerde la cola, y cien otros ocultos simbolismos de la calumniada mitología.

Hasta las fuerzas de la Naturaleza que se tienen por inconscientes—hay mucho de convencional en materia de inconsciencias—presentan semejantes oscilaciones en su acción; díganlo, si no, las alternativas de día y noche, calor y frío, muerte y renovación, y es muy lógico que así suceda, porque en el lenguaje de la Mecánica—quien como ley de fuerza, es ley de la vida universal—, donde existen dos fuerzas variables actuando juntas, la resultante tiene que sufrir necesariamente vaivén ú oscilación. Para que lo contrario ocurriese, sería precisa la absoluta constancia de ellas en sí mismas, y en su modo de aplicación, es decir, la inanición, la inercia universal, la total y definitiva ataxia de la máquina

© Biblioteca Nacional de España

del cosmos, la cristalización de los cielos; la nada, en fin.

Quedamos, pues, en que las determinaciones humanas sufren continuo vaivén á uno y otro lado de aquella línea ideal que señala el camino de la razón, línea que en psicología equivale á la de la plomada, siempre orientada, según la vertical, hacia el centro de la Tierra, centro aquí simbolizado por la lógica como ciencia directora de la más preeminente facultad del espíritu.

Si hay oscilación pendular, es indiscutible la presencia de dos fuerzas espirituales que la determinen actuando según el ángulo de su naturaleza distinta, y esto no necesita más explicaciones desde el momento en que el lector conoce por la Física que la fuerza de gravedad y la resistencia del hilo del péndulo, separado de su posición de equilibrio, son determinantes del fenómeno. ¿Cuáles son dichas dos grandes fuerzas de conjunto, productoras de la oscilación volitiva? La razón por un lado y los impulsos afectivos por otro, incluyendo en ellos todo cuanto de pasional encierra nuestro ser todo cuanto integra el gran tronco de la psiquis (1).

La razón, en efecto, nos da la norma inflexible de obrar: ella, orientada hacia Dios, nos impone

(1) Si el lector está familiarizado con mi reciente obrita, *Preparación al estudio de la fantasía humana,*

© Biblioteca Nacional de España

la necesidad de una creencia religiosa; orientada hacia las vidas ulteriores que nos aguardan, nos aconsejan el bien obrar; orientada hacia las anteriores, nos da pleno concepto de la imperfección originaria, de la regeneración y del progreso; orientada hacia nuestra actual existencia en este planeta, nos impone el orden, el trabajo, la constancia; dirigida hacia las funciones reproductoras y de relación en lo moral y en lo físico, nos decreta el amor á nuestra familia, nuestros amigos, nuestro prójimo. Ella nos dice que el criminal merece castigo, que al enemigo debe perdonársele, etc. Ella, en fin, constituye en cada caso la *línea de fiel* de la simbólica balanza de la justicia. Es la perpendicular única, bajada desde el punto de la determinación sobre el plano de la respectiva realidad, ordenada según natura.

Los impulsos afectivos, las emociones, son tantos y tan diversos, por el contrario, como las infinitas oblicuas trazadas desde aquel punto al

---

recordará que un análisis del mecanismo del espíritu en sueño y vigilia, nos hizo encontrar tres grandes facultades simples, *psiquis*, *razón* y *fantasía*, de las que resultan las demás por combinaciones binarias y ternarias, no siendo culpa nuestra, contra lo que cree cierto sabio crítico, que su delimitación respectiva no esté francamente establecida, como apenas nada lo está en la Naturaleza á poco que se observe y medite. Las actuales consideraciones dinámicas vienen á concordar con las que allí se hacen.

© Biblioteca Nacional de España

plano, cual más, cual menos alejada de la normal: los unos, capaces de desviar la normal en una dirección, los otros en otra, y algunos capaces son de moverla en el círculo vicioso de la perplejidad. Estos, llaman hacia la materia; aquéllos, hacia el alma; unos, son laudables, reprensibles otros; negativos éstos, positivos aquéllos... La constante racional de cada caso, asociada á la variable de lugar, tiempo, persona, etc., en cada afecto, acarrea, pues, una desviación efectiva de aquella normalidad y sujeta á las leyes matemáticas de máxima y mínima. La psiquis, en suma, operando su divino proteísmo.

La variable de los impulsos afectivos pende, á su vez de otra: la fantasía, y ésta, de otras varias, pero principalmente de la realidad exterior. Fijémonos un momento en estas variaciones.

Un general á la cabeza de su hueste, mide de una ojeada el mayor poder del frontero enemigo; su número superior, su mejor armamento, sus posiciones más formidables, todo lo que le muestra la superioridad del contrario. La fría razón aconseja á su voluntad no presentar en tal momento la batalla; pero he aquí que evoca en su pecho sus sentimientos de heroísmo: la patria en peligro, sus soldados á punto de desmoralizarse, su honor militar en grave apuro... Arrójase al sacrificio, y vence tras lucha empeñadísima. ¿Qué factor principal ha determinado el triunfo? El

© Biblioteca Nacional de España

heroísmo comunicado á los soldados por arrebatadora arenga, en que se ha herido la fantasía colectiva de la masa con el intenso cuadro de los peligros de la derrota y las embriagueces del triunfo. Un matemático no les hubiera movido: un orador, un bardo, sí, porque la ciencia del uno, es la de la razón y la del otro, la de la fantasía, la que sabe caldear con pinturas envidiables, de las que el paraíso del Korán nos muestra un histórico ejemplo.

Hay en la personalidad humana nociones subconscientes y supraconscientes que un esfuerzo adecuado llega á despertar, no de otro modo que como el calor pasa á ser electricidad, ó la electricidad á ser luz, ó la luz á ser acción química cambiando la intensidad del movimiento vibratorio. Como tales nociones varían hasta el infinito de sujeto á sujeto, y aun dentro de cada uno, según el diapasón normal de cada momento, bajo las fuerzas nacidas del estado actual de organización, ocurre que la variable *realidad exterior* no ejerce en la función *fantasía*, en dichos momentos, una misma cantidad de influencia, lo traducido al lenguaje usual nos dice que idénticas causas exteriores no producen siempre en la voluntad los mismos efectos, porque la voluntad es una resultante nacida de una relación entre aquellas variables y la razón pura, variablemente entendida también, según el estado de progreso

© Biblioteca Nacional de España

del *ego;* variaciones harto justificadas por la historia con sus manifestaciones de moral progresiva. Lo que hoy es obra de misericordia, mañana, con una humanidad más perfecta, será obra de justicia.

Pero, ¿qué diferencia intrínseca existe entre la oscilación y la vibración? Ninguna. Ambas expresan el cambio sufrido por un cuerpo separado de su posición de equilibrio: el péndulo medidor de segundos efectúa una oscilación en dicha unidad de tiempo; la molécula de aire puesta en movimiento por las notas más graves de la escala musical, tiene, en cada segundo, unas cuantas decenas de vibraciones, y no pocos millares con las notas más agudas. Sabido es asimismo que millones y billones de vibraciones del éter, determinan los fenómenos de la Física, y en el estado actual de la ciencia, todo induce á creer que la llamada vibración psíquica sólo excede en número, ó sea en pequeñez de amplitud de onda, á las demás fuerzas conocidas. Luego las oscilaciones pendulares de la voluntad en torno de su normal racional, y bajo las infinitas variabilidades de las otras fuerzas componentes, son verdaderas vibraciones, pues á cada cambio infinitesimal en éstas, responde al instante un cambio funcional en aquéllos.

Compréndese así cuán íntima delicadeza distingue á las acciones humanas.

© Biblioteca Nacional de España

Sometido el hombre á las postraciones periódicas del sueño, á las atonías cerebrales del cansancio, á la oleada de impresiones de la fantasía en la vigilia, á los sentimientos encontrados de cada momento, al mayor ó menor poder de su esfera consciente, que aumenta entre ciertos límites con la excitación nerviosa, á la variable y contrapuesta acción de los sentidos, y á toda la complejidad, en fin, de la vida, no nos extrañará ya su variadísimo modo de obrar, ni sus anomalías de criterio, su mezcla continua de bien con mal, de virtud y vicio, de tristezas y alegrías, de calma y de pasión en todos sus actos, y dejará también de maravillarnos lo ilógico de nuestra existencia cuando ella se explica por una lógica de conjunto muy superior á las abstracciones de la razón pura. Algo de lo que pasa en la infancia de todas la ciencias: el movimiento de los astros parecía arbitrario hasta que Kepler y Newton los encadenaron y sometieron á leyes; de los fenómenos químicos se creyó lo mismo y hoy se encierran en una veintena de principios. Pasa en Psicología algo de lo que pasa también en Física del Globo. Ciencia integral, pide á las otras auxilios que aún no pueden darle, y de aquí su infancia tan llena de dificultades.

El estudio de la fantasía viene á ser, por tanto, un escolio de todos los teoremas de la voluntad.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Matar á la muerte.

Entre las buenas cosas que ha dicho Navarro Ledesma en su discurso-resumen de la fiesta del Centenario, ninguna tan digna de tenerse en cuenta, por nuestra sociedad, como la de que hay que *matar á la muerte.*

El temor á la muerte es causa, en efecto, de la mayor parte de nuestras desdichas.

Herencia medioeval, ó más bien herencia de todos los tiempos, no ha desaparecido aún de nuestros corazones.

La falta de ideales de los unos, los erróneos ideales de los otros, son motivos para que se mire con pavor lo que debiera recibirse serenamente y considerarse el más lógico cumplimiento de una ley natural que, como todas las fuerzas naturales, resulta misericordiosísima.

Los despotismos teocráticos de todos los tiempos y cuantas explotaciones han existido del débil por el fuerte, debiéronse á este maldito temor, causa siempre de tristes misoneísmos.

© Biblioteca Nacional de España

La educación tradicional europea es la más desastrosa que darse puede en tan esencial cuestión de nuestra vida.

Las cerradas ortodoxias de otros tiempos; sus falsos infiernos tremebundos, donde un día tan sólo de humana debilidad decía castigarse con penas sempiternas, esterilizaron nuestra razón ante el misterio, y, al hacernos cobardes, dejamos de ser hombres y caímos víctimas de nuestra debilidad.

De aquí tanta y tanta neurosis religiosa, que ora llevaron al hospital, ora al claustro, á gran número de crédulos ganosos de conseguir con una muerte en vida, una vida tras la muerte.

La inevitable reacción escéptica ha traído el mal contrario. Ahogados los más nobles espiritualismos y las más legítimas esperanzas de una vida mejor de ultratumba, justo premio á sentidos anhelos de aquí abajo, natural es que nos sintamos más aferrados á una vida única que se nos escapa, y tras la cual sólo nos aguarda la aniquilación inconsciente y absoluta.

Cosa bien distinta es la del que cree, como creyeron dos grandes hombres del pasado, el divino Platón, el incomprendido Pitágoras, en realidades *post mortem,* cumplidas, ora en ignotas regiones del espacio, ora en los mundos que en él pululan por millares, ó bien retornando cien y cien veces á la Tierra, con ese mismo movimiento

© Biblioteca Nacional de España

cíclico con que todo retorna en la vida, evidenciado en la marcha de las estaciones, en otros fenómenos naturales y en las ideas.

Retorna el oxígeno, que mediante combinaciones y descomposiciones cíclicas se incorpora con el carbono en la respiración animal, y se separa de él por la función vegetal de la clorófila, tornando á ser respirado y separado en ciclos sin fin, en la sucesión de los tiempos; retorna el agua del mar, que pasa de éste á las nubes, de las nubes á las fuentes y ríos, en otro ciclo ó rotación inacabable y prodigiosísima; retorna, gira, se mueve en ciclo una y cien millones de millones de veces la corriente marítima y la corriente atmosférica, la corriente de savia, la de sangre, la de linfa; todas, en fin.

Por eso dice el sabio poema del Ramayana, en uno de los diálogos de Crishna y Arjuna, que si todo lo que nace tiene que morir, cuanto muere ha de nacer indefinidamente, en virtud de la asidua observación natural que establece la ley cíclica, como la más augusta de las leyes que rigen al Universo entero, desde el átomo hasta el astro.

Por eso, también, agregó Schelling que la Naturaleza no es una masa inerte para quien sabe comprender su sublime grandeza, sino la fuerza creadora del Universo, fuerza siempre creadora, primitiva, eterna, que alberga en su seno todo cuanto nace, perece y renace indefinidamente, y

© Biblioteca Nacional de España

nuestro Castelar dijo que un día eterno en el cielo, y un día eterno para el hombre, nos incomunicarían con la creación, el primero, y con el Creador, el segundo.

Hay que creer en la vida y en la muerte como simples aspectos de una sola y única cosa. La ley de acción y reacción, de energía activa y latente, de luz y sombra, de oscilación pendular y eterna entre órdenes mal diferenciados por nuestra miopía, de presencia y ausencia, labor y descanso, sementación y fruto, en un indefinido viajar hacia idealidades ignotas de inaudita hermosura, donde nuestra personalidad se anegue en el piélago insondable de lo Incognoscible, y donde descanse un tiempo para retornar, ya de otro modo, es decir, de esa sobrehumana y desconocida manera que las religiones califican de entidades angélicas, de *daimos* familiares, de penates ó de genios.

¿Será esto realmente así? Demostrároslo no puedo. Hoy no han aún salido estas cosas de los inconmensurables dominios de la intuición y de la fantasía para entrar en el del raciocinio; pero si recordamos la historia de los siglos, veremos que en materia de descubrimientos portentosos, siempre la realidad ha excedido á todas las fantasías en ciencias, industrias, artes y cuanto abarca la humana y secular labor.

No temamos, pues, á la muerte: no es tér-

© Biblioteca Nacional de España

mino, sino puerta de la vida, que por algo se cumple con ella el más augusto y misterioso de nuestros naturales destinos. Eduquémonos, no para morir, sino para la vida de la realidad, amasada en justa proporción con los más exquisitos idealismos. Haciéndolo así, el hombre es un dios, porque se domina á sí mismo frente al más espeluznante de los temores.

Una consideración no más que servir puede, en efecto, de un dulcísimo consuelo. La muerte es, sin disputa, una triste verdad para los que aquí quedamos; pero tratándose de los casos de muertes naturales exornadas con los suaves adormecimientos inconscientes del sueño, ¿podremos asegurar, de igual modo, que sea la muerte una realidad para el que marcha? ¿No verá él en el momento supremo en que salga de tal inconsciencia la ulterior realidad que le espera, y vendrá, así, á no darse cuenta de cuanto le ocurre? Si tal acaeciese, la muerte carecería para la víctima de toda realidad objetiva atormentadora, ó lo que es lo mismo, después de tanto ruido, le resultaría no más que una insigne mentira.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Mirando hacia el Sahara.

«La Naturaleza ha proporcionado extraños rincones y lugares ocultos para sus favoritos; y desgraciadamente, muy lejos de los llamados países civilizados es donde el hombre puede libremente adorar á la divinidad tal como sus padres lo hacían.» *Isis sin Velo*, cap. XIV, pág. 686, edición española.

La Física del globo delimita una región curiosa caracterizada por desiertos, zona que comienza en el Atlántico, en la colonia española de Río de Oro, y continúa por la inmensa extensión del Sahara africano, que equivale á la superficie de Europa, hasta enlazar con toda la cuenca del Nilo, á través del desierto líbico. Forzada luego á ganar latitud por la presencia del mar de la India, re-

© Biblioteca Nacional de España

monta por la Arabia desierta y el Irán, para perderse en el desierto de Gobbi, entre las dos grandes cadenas del Himalaya, después de afectar á buena parte de las regiones tibetinas y otras que sería prolijo detallar. La especial orografía de América del Norte no permite á dicha zona caracterizarse tanto en aquel Nuevo-Viejo Mundo, pero no nos sería difícil identificarla, también, hacia la región de Méjico.

No vamos á dilucidar aquí el misterio geológico que envuelve á tan notable zona, playa lejana y extraña contra la que bate en vano el oleaje de la llamada civilización europea. Bástenos consignar el hecho de que, más que cuencas marítimas desecadas, son una zona crítica del *organismo* de nuestro planeta, caracterizada por la carencia de lluvias, entre los países más septentrionales, sometidos á lluvias invernales como las europeas, y los meridionales del trópico, donde los vientos alisios determinan, recíprocamente, lluvias periódicas y torrenciales durante los meses del estío. El sol, el frío de ciertas noches y los vientos, han sido causa de que sus sedimentaciones arenosas oculten un suelo. que fué feracísimo por aquellos remotos tiempos en que los glaciares cuaternarios se enseñorearon de las comarcas sobre las que hoy se asienta nuestra civilización.

Si concedemos á nuestra maestra, H. P. Blavatsky, el mero carácter de un viajero experto y

© Biblioteca Nacional de España

abnegado, que diera nada menos que tres veces la vuelta á nuestro globo, haciendo objeto de su especial visita esta singular zona de ruinas, no podrá menos de llamarnos la atención el hecho de que los grandes depositarios de Verdades perdidas, parezcan encontrarse refugiados á lo largo de esta zona misteriosa.

Cuantas citas del antiguo saber avaloran á *Isis sin Velo* y á la *Doctrina Secreta* se refieren, en efecto, á esta zona que parece solapar toda la prehistoria civilizada, quien tuvo su culminación precisamente durante ese inmenso período glacial, que constituye el punto de partida llamado prehistoria en todas nuestras ciencias positivas. Para mí, el mérito principal de entrambos libros está en que nos pone *al habla* con nuestros hermanos mayores; los hombres que fueron y ya no son, y con esotros Hermanos, mayores también por su sabiduría, superhombres é Iniciados que, lejos del oleaje mundial, perduran cumpliendo la gran misión de servir de nexo divino entre nuestro ayer, nuestro hoy y nuestro mañana.

No es este el lugar adecuado para hablar de las *polarizaciones de las razas*. Todo pueblo á quien el medio ambiente terrestre favorece, siguiendo sus leyes evolutivas, alcanza un gran esplendor del que decae á la postre inevitablemente, tanto porque la evolución astronómica de la Tierra vaya empeorando cíclicamente el medio (cual aconte-

© Biblioteca Nacional de España

ció con la zona que nos ocupa, al terminar el período glacial y aumentar el calor), cuanto porque la discrepancia, cada vez más acentuada, entre las dos evoluciones intelectual y espiritual, colocándole en verdadero equilibrio inestable, labra inevitablemente su ruina como pueblo, y hace que sea sustituído por otro de infantil barbarie, quien paso á paso conquista á su vez, como lo verificaron los europeos, su civilización. La exigua parte de aquellos pueblos decadentes que consiguió por su esfuerzo vencer al medio y armonizar sus dos evoluciones, perdurará presentándonos esa polarización á que aludimos, ó sea, el contraste en un mismo suelo de un pueblo degradado, misérrimo sucesor del gran pueblo que fué, y una corta *élite* humana, caracterizada por los sublimes poderes del genio y voluntariamente aislada de todo trato mundial en rinconcitos de esos que *Isis sin Velo* supone guardados para los elegidos.

Extensamente nos ha hablado H. P. B. de las grandes fraternidades arias del Tibet y de la India, y de los Atlantes del Egipto, á las que por la vía rusa é inglesa le fué más practicable el acceso, en medio, sin embargo, de peligros inauditos. Pero en los citados libros se nota un gran vacío que llenar. *La vía ibera*, que podríamos decir, esa vía que permanece cerrada gracias á la triste condición de nuestra raza, pero que consti-

© Biblioteca Nacional de España

tuye para nosotros una sagrada misión, que en conciencia debemos aprestarnos á realizar. En una palabra: hay que buscar las fraternidades ocultas del Sahara marroquí y argelino, y las que en América aún se aislan de todo contacto con nuestra raza, en espera de adecuada ocasión, sólo proporcionable por nuestro progreso en las enseñanzas de la *Religión de la Sabiduría,* hay que buscar el contacto con las fraternidades de que, por las circunstancias de la época, apenas nos pudo hablar H. P. Blavatsky.

¿Pero existen realmente semejantes fraternidades saharianas? Creemos que sí.

Prescindiendo de los diversos pasajes de *Isis sin Velo,* en los que se las menciona, las consideraciones más sencillas nos aportan tamaña sugestión. Investiguemos.

El gran macizo granítico de Ahagar que con el oasis de Ahir ocupa el centro casi matemático del gran desierto, desarrolla sus estribaciones hacia el Sudeste, hasta perderse en la Libia y Abisinia, junto á la curva del Nilo, muy por encima de Tebas y de Siena. Por el Nordeste, se sepulta en arena para demarcar los oasis de la ruta marroquí y enlazar con el gran macizo del Atlas del Sur, con altura de más de 3.000 metros. Los verdaderos aborígenes de este país no son los temibles nómadas tuaregs, sino los Zabitas ó Mzabitas, esos curiosos ejemplares de la raza libio-ibera

© Biblioteca Nacional de España

ó guanche, estudiados por el antropólogo D. Manuel Antón, como representantes genuínos del tipo berebere ó morisco, tipo dolicocéfalo, inteligentísimo, maravilloso conocedor de la hidráulica para sus riegos y constructor de oasis, que bucea en la arena para sacar á la superficie del estéril suelo todas las lozanías de una vegetación que no se compone sólo de palmeras datilíferas, sino de alfalfa para los ganados, y de otros árboles tropicales que en un tiempo alzaban sus copas cubriendo la región con selváticas frondosidades, tan comunes en el resto de Africa. Este tipo berberisco constituye el núcleo de casi toda la raza española en la huerta de Valencia, en los cármenes granadinos y sevillanos, en toda la Alpujarra —pese á las expulsiones religiosas—y en una inmensa parte de Extremadura y Portugal, como nos empieza á enseñar la prehistoria de la Península ibérica. Es, en una palabra, el *hombre del Atlas* ó *Atlante*, emparentado con egipcios y aztecas, á los que sirve de nexo, y el centro de aquella raza archiprehistórica que en Extremadura grabase las rocas de Magacela, el jeroglífico de Solana de Cabañas, los berracos de Botija y de otros sitios del Occidente ibero, tan rico, por otra parte, en luminosas supersticiones ó mitos que proclaman su antigüedad.

El citado Sr. Antón nos ha proporcionado sobre el particular datos valiosísimos.

© Biblioteca Nacional de España

Uno de ellos es la existencia en el Sahara del Norte, de las Hermandades de los *Aisuas* ó *iesuas*, jesuítas, como si dijésemos, siguiendo la etimología de Jesús ó *Iesoua*, quienes tienen al profeta de Nazareth por uno de los profetas mayores, después de Mahoma, lo que revela un curioso parentesco con esenios, gnósticos y alejandrinos.

Esta fraternidad, que acaso no es única, permanece apartada de la barbarie latrofacciosa de los marroquíes, pero no es indiferente á los problemas del imperio. El mismo sultán es juguete de ella, y de su seno salen, de tiempo en tiempo, los Roguís, los Raisulis y demás reyezuelos. A su simple deseo, el grito de «guerra santa» corre con la rapidez de un incendio, poniendo en peligro todos los avances egoístas ó comerciales de los europeos, ni más ni menos que sucede con los *boxers* en el Celeste Imperio y con los *ñáñigos* de América. Los santones son simplemente sus instrumentos.

Hay algo también en la geografía que es para desconcertar á cualquier no creyente en la primitiva unidad simbolizada por la *doctrina arcaica*.

De las tres cualidades, *satva*, *rajas* y *thamas*, sabemos que esta última, ó ignorancia, es la peor y la que más alejada se halla de la verdadera sabiduría.

© Biblioteca Nacional de España

Pues bien; en la zona africana que nos ocupa, á partir del mar hallamos lo primero á los *Thamasig* (los que yacen en thamas. ó en la ignorancia de las Altas verdades redentoras) y después del desfiladero de Taza, nunca traspuesto por europeos, nos encontramos con las gentes del Sur del Atlas, denominadas con el sugestivo nombre de *chelas* ó discípulos... ¡en Marruecos como en el Tibet!

Racional es pensar que tras los sumergidos en *Thamas* y los *chelas* deben venir los Maestros.

Tengo á la vista el hermoso Atlas antiguo de Henri Kiepert.

Las palabras *Tama*, *Tamamuna*, *Tamara*, *Tamesa* y sus derivados expresan en la lista del final, nada menos que diez ó doce regiones, ríos ó pueblos situados siempre *hacia los confines*, fuesen éstos los dichos, ó el Tambre gallego, ó el Támesis londonense, ó la región frigia, ó la montañosa región de Armenia, ó apartado lugar egipcio, es decir, sitios ignorados, confines de nuestra civilización histórica, que es *thamas* no pocas veces.

Dígase lo que se quiera, el mundo occidental se ha extendido por el planeta á título de tres grandes corrientes: la rusa, la inglesa y la ibera. Aquellas dos han penetrado en Asia y en Egipto á guisa de conquistadoras, como los bárbaros pe-

© Biblioteca Nacional de España

netraron en Roma, como Roma penetró en Grecia y Grecia en Egipto, para ser, á la postre, conquistadas por ellas, que tal es la divina sexualidad de las verdaderas culturas, consorcios de una brutalidad militar que creyendo dominar con pretensiones verdaderamente infantiles de un mayor poder físico, hijo de su juventud, son dominadas por los mágicos poderes de la espiritualidad y de la mente, patrimonio de los ancianos, de los antiguos, de aquellos á quienes conocía y amaba el gran Confucio.

Los destinos mundiales del hoy, han puesto sobre el tapete —y ellos saben por qué—la cuestión africana, cuestión latina más que sajona, en la que Francia trata de sustituir á Iberia, merced á la africana condición de nuestra Península, que por modo tal no desmiente de nuestras tradiciones, de aquellas tradiciones cordobesas, refrescadas, de tiempo en tiempo, por almoravides, almohades y benimerines. El gran deber, pues, del teosofista ibero está bien demarcado. Buscar el contacto é inteligencia con las grandes fraternidades saharianas, y luego, con las del Perú y Méjico. Completada quedaría así la otra de nuestro Maestro.

En espera y preparación de tan hermoso día, nos permitimos exponer á los teosofistas esta ligerísima suscitación, para que cada uno en la medida de sus fuerzas, nos ilustre, y todos juntos

© Biblioteca Nacional de España

podamos coadyuvar, en breve, á lo que es obra la más pura, la más excelsa de cuantas resultan accesibles á nuestra labor sincera (1).

---

(1) Respecto de Africa, una mujer, Isabel Ebherart, dice: «y viendo la imposibilidad de europeizarlos me pregunto si los árabes acabarán por conquistar el alma de sus conquistadores». Al citar este texto el escritor Gómez Carrillo en sus deliciosas *Crónicas, Por tierras africanas*, menciona también la organización oculta de fraternidades religiosas refugiadas en el desierto líbico, con las que todo buen mogrebino tiene contacto una vez por lo menos cada año, durante el sagrado mes del Ramadán. «Al terminar las ceremonias religiosas—añade—cada representante de la gran familia africana regresa á su oasis ó á su aduar, á su gurbi ó á su aldea, llevando una regla estricta que ha de servir durante once meses á la comunidad.»

© Biblioteca Nacional de España

Las enseñanzas orientales y la Geología

LOS TRES CONTINENTES

HIPERBÓREO, LEMURIANO Y ATLANTE

Así como la cultura greco-latina fué una verdadera revelación en el Renacimiento tras la noche medioeval, así la cultura del pueblo ario, comenzada á sacar á luz por los sanscritistas, es una revelación aún mayor para nuestra cultura contemporánea.

Las traducciones de los Vedas, Puranas y Brahmanas; las expediciones al Tibet; las religiones y lenguajes comparados; la filología, etc., nos van poniendo al habla con las edades más remotas del Planeta, edades que, si aquí, en Europa, se caracterizaron por la barbarie troglodita que nos

© Biblioteca Nacional de España

enseña la Paleontología, en cambio en Asia dieron civilizaciones colosales, verdaderamente prehistóricas, y al lado de las cuales resulta aún pequeña la nuestra, pese á nuestras vanidades de pueblos juveniles.

Día llegará en que consagraremos á esta empresa un trabajo más detenido. Tamañas revelaciones, en efecto, nos fueron anticipadas por mediación de una mujer sabia y generosa, Helena Petrowna Blavastky, á quien la humanidad contemporánea no ha empezado á hacer justicia aún.

Esta heroína, que realizó viajes peligrosísimos que eclipsan á los de Marco Polo, Humbolt, Stanley y Livingston, nos ha dado en los tomos de su *Doctrina Secreta* una serie de orientaciones, en las que van siempre enlazadas la Religión Primitiva de la Humanidad y la Ciencia más excelsa. Su estilo, confuso y desordenado, en apariencia; sus métodos de exposición, verdaderamente orientales ó intuitivos; la magnitud del edificio alzado; los prejuicios de todo género que nos avasallan todo, en fin, se conjura para impedirnos hoy sacar de tamaña obra los debidos frutos.

Vamos á hacer un paralelo entre las enseñanzas que nos transmite dicha escritora sobre los continentes, y las conclusiones de la Geología.

De cinco grandes formaciones continentales concordadas con sendos troncos de pueblos ó Razas-

© Biblioteca Nacional de España

Raíces de la actual evolución terrestre, nos habla al comenzar el segundo tomo de la *Doctrina Secreta*: 1.º De una Isla Sagrada ó imperecedera, del Polo Norte, verdadera Tierra de los dioses y laboratorio de razas futuras, llamado á perdurar durante toda la evolución terrestre, que suele denominarse Cuarto Ciclo ó Ronda. 2.º Un continente boreal, del cual son restos todo el Norte de Europa, Asia y América. 3.º Un continente austral ó *lemuriano*, que ha dejado como restos principales, la Australia y Madagascar. 4.º El continente de la Atlántida, ocupando toda la zona del océano de este nombre, y además la Europa occidental, parte de América y quizá no poca del Pacífico. 5.º El continente actual ó Ario, que abarca en realidad dos: el de Asia, Europa y Africa reunidas, y las tierras americanas.

Nuestra ciencia positiva actual tiene que prescindir de la Isla ó continente primero, porque no han podido alcanzarle nuestras expediciones polares más atrevidas, y hemos de contentarnos con lo mucho que de él han hablado, más ó menos veladamente, los mitos y simbolismos religiosos de todos los tiempos, con sus Monte Merú, Montserrat, Santo Grial, Tierra Divina, Isla de los Devas, etc. G. W. Surya publica sobre «El Polo Artico y los Ocultistas» un precioso artículo en el *Zentralblatt für Okkultismus*, de Leipzig, donde, comentando los últimos fracasos de Ar-

© Biblioteca Nacional de España

drée y de Wellmann, se pregunta: «¿No es cierto, pues, que el Polo Artico parece guardar un secreto frente á la humanidad entera? ¿De dónde procederá esta singular é insaciable ansia por llegar al Polo *norte*, y cuál será el resorte de la curiosidad científica cifrado en la gloria de poner el pie por primera vez, en un pedazo de tierra cubierto de ventisqueros eternos? ¿Será el móvil de tan temerarios esfuerzos, un *algo desconocido* quizás, que atrae con fuerza mágica á algunos investigadores? ¿Quién es el señor de esa «fortaleza polar», que ordena á los vientos detener á distancia á los exploradores inoportunos, ó que les obliga á arribar, sin poder darnos señal alguna de sus vidas, de sus éxitos ó de sus fracasos?... Unos cuantos viajeros han entrevisto, tras las más altas latitudes, algo así como un mar libre de hielos y hasta troncos flotantes de árboles. Allende aquel mar libre, especie de lejano espejismo del aire, está el *país eterno é inaccesible; la mansión de los dioses* de que nos habla el *Vishnú Purana* y el propio Pitágoras».

Dejando á la Mitología comparada la ardua tarea de esclarecer cuanto ha creído la humanidad respecto de este misterio terrestre, entiendo que hay mucho en la faz del globo, según hoy la conocemos, que concuerda con las enseñanzas de la citada obra de Blavatsky, como vamos á ver respecto de los otros cuatro continentes, apo-

© Biblioteca Nacional de España

yándonos en la Geología. Para aprovechar mejor la lectura, conviene que el lector tenga un buen mapa á la vista.

Desde luego resalta un hecho singular respecto del continente segundo de que habla dicha obra.

La orientación de las grandes líneas de cordilleras en la parte septentrional de nuestros actuales continentes es sensiblemente de Sur á Norte, como si ellas hubiesen constituído en remotísimos tiempos, una irradiación á partir de una cumbre ó broche central, situado en las vecindades del polo ártico, broche que, hasta donde puede apreciar la exploración geográfica, se ha sepultado bajo el nivel de las aguas posteriormente, formando el océano glacial del Norte.

Vemos, en efecto, orientados de ese modo los Montes Urales, entre las Rusias europea y asiática, continuándose bajo las aguas para enlazar con los archipiélagos de Nueva Zembla y Francisco José, hasta los 84 grados de latitud; á los Dofrines escandinavos prolongados de igual modo por el archipiélago de Spitzberg hasta los 80 grados; á los montes del País de Gales y á los Grampianes escoceses, más ó menos relacionados orográficamente con Islandia, á los 69 grados. Vemos asimismo á esta isla y á la Groenlandia con montañas de varios miles de metros de altura, que se pierden entre los 75 y los 83 grados de latitud; á las complicadas tierras del mar de Baffin y del

© Biblioteca Nacional de España

archipiélago de Parry, desde la margen derecha del río Mackensie á las tierras de Maska y á la cordillera que en Asia bordea la margen derecha del río Lena y península de Zaimour, hasta latitudes semejantes. En total, seis ú ocho líneas montañosas formando, por decirlo así, las espinas de otras tantas masas continentales, rotas y dislocadas de Sur á Norte por la aparición posterior del Atlántico y el Pacífico, y de Este á Oeste quizás, ó sea en sentido circular, por el océano Artico.

Tamaño continente, hoy cubierto por las nieves perpetuas propias de su geológica vejez—vejez admirablemente concordada con la actual posición del eje de la Tierra respecto de la eclíptica—, afecta á una zona que, con el lecho de los mares que en parte la ocultan hoy, acaso fuese más extensa que lo que llamamos ahora antiguo continente, aparecido muchos miles de siglos después. En la actualidad, abarca la mitad superior de América del Norte y más de la cuarta parte de Europa y Asia. Sus límites meridionales, que acaso cortaran al ecuador actual en más de un punto, resultan ya esfumados ó sepultados bajo la formación diluvial ruso-siberiana y los infinitos accidentes orográficos que preparan más abajo el alzamiento ulterior de nuestros continentes, según hoy los conocemos.

Semejante formación antiquísima, por muy

© Biblioteca Nacional de España

desdibujada que ahora nos parezca, no deja de tener en el Planeta otra formación similar ulterior á la que se han debido, de igual modo, los continentes actuales, ó sea el continente Ario, típico de la Quinta Raza-Raíz, después de las catástrofes lemuriana y atlante.

Nada más fácil que convencernos de ello. Al efecto, supongámonos situados en la Meseta de Pamir, ese punto estratégico de la vieja Asia, que parece haber servido de centro de dispersión mundial, lo mismo de las montañas que de los pueblos históricos. Semejante meseta es el centro de una inmensa cruz de alineaciones montañosas, tal y como acaso lo fuera mucho antes el legendario Monte Merú, centro polar para todo el continente hiperbóreo.

El brazo del Nordeste lo constituyen las cordilleras de Thianchan, de Altai, de Jablokoi y de Stanovoí, que separan geográficamente al pueblo tártaro del pueblo chino. Llegado al vértice constituído por el estrecho de Bering todavía continúa en línea recta, ó, por mejor decir, en círculo máximo, pues que se trata de una esfera y no de un plano, todo á lo largo de América, hasta el cabo de Hornos.

El brazo Sudeste de la cruz ó arista de la pirámide orográfica de Pamir, le constituyen los Himalayas y todas las alineaciones paralelas de la Indo-China, enlazadas bajo el estrecho de Malaca

© Biblioteca Nacional de España

con las alturas de Malasia occidental, y aun con el oriente de Australia y Nueva Zelanda, donde podemos considerar emplazado el vértice segundo.

El brazo Noroeste está también clarísimo, pues apenas si tiene solución de continuidad á lo largo de las alturas bactrianas y norte del Irán, Armenia, el Cáucaso, los Karpatos y Balkanes, los Alpes y los Pirineos, hasta el cabo de Finisterre en España, donde podemos considerar el tercer vértice ó extremo de la gran cruz orográfica de Pamir.

El brazo Sudoeste le constituyen las alturas meridionales del Afghanistán y de Arabia; los montes de Abisinia y los del oriente de Africa, hasta el cabo de Buena Esperanza, donde consideraremos situado el cuarto extremo de la repetida cruz.

A consideraciones harto peregrinas se presta esta nueva manera de ver nuestra tierra actual. Acaso los cuatro husos esféricos en que queda así dividido el Planeta—husos que se cortan en Pamir y en su antípoda de las alturas peruanas—encierran el secreto de las cuatro últimas Razas-Raíces de aquella obra; el 2.° ó del continente hiperbóreo en todo el huso del Norte, con su centro de superficie hacia el polo ártico; el 3.° ó lemuriano en todo el huso del Sur, hoy sepultado casi todo él y su centro en el macizo antártico; el 4.° ó atlante en los dos husos del Este y del

© Biblioteca Nacional de España

Oeste con sus centros hacia España y la Polinesia, y el 5.º ó ario otra vez en el huso del Norte, siendo nuestra Historia Universal, hasta los días del descubrimiento de América ó de la época contemporánea, época tan fecunda en revelaciones de todo género, una mera preparación ario-atlante de esta raza admirable, que hoy ostenta sus civilizaciones principalmente en Inglaterra, Francia, Alemania y los Estados Unidos.

Sea de esto lo que fuere, imagináos que un cambio de posición de la Tierra en el espacio, hace coincidir con la línea Pamir-Perú su eje de rotación, y que un cataclismo sepulta á toda el Asia Central, dejando en su centro, y por cima del nivel del mar, al Tibet. Tendréis así explicadas con bastante fidelidad todas las apariencias actuales del continente hiperbóreo, que pasaría de tal modo, igual que pasó éste último, desde un clima cálido y paradisíaco, como el de la India, al clima ártico con sus nieves perpetuas.

Comprobada por la descripción geográfica anterior, la existencia del segundo continente de que nos habla La *Doctrina Secreta*, falta probar que, efectivamente, es el más antiguo que se conoce en toda la Tierra. Con la Geología en la mano es fácil hacerlo.

Clásico es, en efecto, dentro de la ciencia de Lyell, el dicho de que las formaciones graníticas de Europa, país cuyos caracteres petrográficos y

© Biblioteca Nacional de España

paleontológicos nos resultan más conocidos, son tanto más antiguas cuanto más se aproximan al polo. Así se comprende que el granito de los Dofrines escandinavos se tenga por la frontera misma del terreno primitivo ó azoico—terreno primordial, sin vida ó sin fósiles—no obstante lo cual, se han hallado en los granitos de Grangesberget (Suecia), y en general en todos, huellas de una materia orgánica amorfa ya, y nada identificable con la de los seres vivos que conocemos.

Ningún geólogo duda de que entre dichos granitos y los de los Pirineos, Alpes y demás que están relacionados con la línea de cordilleras, desde Pamir hasta Finisterre, median edades sin cuento, dado que estos últimos han reaparecido desde las capas más hondas del planeta períodos después de los que se tienen por primarios.

Quien haya contemplado de cerca los fiords noruegos, escoceses é islandeses, no olvidará jamás esa profunda impresión de vejez que les caracteriza, sobre todo cuanto hay de más arcaico en este viejo planeta. La eterna acción de los elementos va disgregando, grano á grano, aquellas alturas, en otro tiempo orgullosas y cubiertas por la lujuriosa vegetación del trópico, alturas que, cual todo cuanto se acerca á la tumba, se encorvan, se deprimen buscando sumergirse en un mar sobre el que se alzaron orgullosas antaño cimas de varios miles de metros.

© Biblioteca Nacional de España

Tal es la fisonomía general de todas las costas relacionadas con los mares árticos, sepulcro del más viejo de nuestros continentes, sellado para la humanidad por el misterio augusto de la nieve.

Siempre que observamos la inmersión lenta de una faja de terreno en lagos ó ríos, la vemos presentar ese aspecto de encharcamiento, que multiplica hasta lo infinito los golfos, los canales y las bahías, cual se ven multiplicadas en todo Norte-América, desde el Territorio de los Lagos del San Lorenzo, hasta los más remotos límites de las Islas de Parry, Alaska y Baffin. Harto lo revela la inspección de los mapas de dicha zona.

Por eso, sin duda, hacia el límite meridional de tan vasta comarca del granito primitivo, éste se ve como festoneado por otra zona muy extensa del terreno primario, así llamado por ser el primero de los terrenos de sedimentación ó neptúnicos formados en el fondo de los mares primordiales por el aposamiento ó sedimentación de las materias arrastradas por los ríos y mares de aquella edad, siendo altamente curioso el fenómeno de que tales formaciones antiquísimas, que llgan á once kilómetros de espesor, ocupen más de la tercera parte de Europa, sobre todo desde San Petersburgo á la Finlandia, la mayor parte de Escocia y Gales, el Finisterre y la Vendée franceses, una extensa zona en el Oeste de

© Biblioteca Nacional de España

España, desde Sierra Morena hasta Galicia, y toda la Bohemia.

En el resto del continente europeo se ven doquiera afloramientos cámbricos y silúricos, aportados desde las capas más bajas de sedimentación por los alzamientos ulteriores, con cargo á la gran zona montañosa del Mediodía de Europa; y en cuanto á la América del Norte, toda la región vecina al río de San Lorenzo ha dado nombre á las formaciones principales que nos ocupan, tales como «terreno huttoniano», «terreno laurentino», etcétera, por lo cual los límites del gran continente ártico establecen la continuidad histórico-geológica con nuestros continentes actuales, á través de las largas épocas en que estuvieron sumergidos.

En esto se adivina ya un fenómeno muy interesante.

Haciendo la Geología consideraciones acerca de las costas escandinavas y escocesas, que nos son mejor conocidas, ha tenido que admitir que dichas comarcas han sufrido, á través de las edades, un movimiento primitivo de descenso, otro de elevación y un tercero de descenso, en cuyas postrimerías acaso se encuentre hoy.

Hay, ciertamente, costas como las de Valdewalla, Istadt y Karlsberg en Suecia, y la de Cedarslund en Cristianía, que muestran grandes depósitos de fósiles marítimos, hasta en alturas que

© Biblioteca Nacional de España

pasan de los 200 metros. No tenemos, pues, sino concordar el alzamiento primero que construyó dichas formaciones montañosas, con el segundo continente de la *Doctrina Secreta;* el hundimiento subsiguiente que colocó á dichas formaciones bajo el agua, poniéndolas en condiciones de ser asiento marítimo de aquellos seres pelásgicos hoy fosilizados, con el alzamiento contrario que, allá en latitudes meridionales, debió operar, como veremos pronto, el tercer continente ó de la Lemuria. En cuanto al alzamiento que volvió á elevar sobre el nivel del mar ártico á dichas montañas escandinavas, cargadas ya con los fósiles expresados, puede relacionarse con la formación del continente cuarto ó atlántico, que, según se enseña en dicha obra, tenía su límite Nordeste hacia aquella parte, siendo el lento descenso actual un movimiento relacionado ya con los futuros destinos geológicos del continente que habitamos.

Platón, como Iniciado que era, supo cantar, aunque veladamente, las excelencias perdidas de aquel paraíso hiperbóreo, como una tierra feliz, vecina á la de los Dioses, en la que el Sol no se ocultaba durante la mitad del año. Sus descripciones, leídas con las claves esotéricas, están muy por encima de cuanto supieron los griegos acerca del pasado de un clima, ya tan inhospitalario en sus días como en los presentes.

© Biblioteca Nacional de España

El extremo límite meridional de dicho continente no lo constituye, en verdad, el terreno siluriano, sino el último, ó menos antiguo, de los terrenos primarios; el terreno permiano, que, por singular coincidencia, falta en todo el Oeste de Europa, como región que es esta cuyos afloramientos actuales se deben, más que al hundimiento hiperbóreo, al ulterior hundimiento de la Atlántida.

Entremezclado con manchas mayores ó menores de terreno silúrico, vemos esparcidas por toda Europa las huellas de los dos terrenos devónico y carbonífero, entre el silúrico y el pérmico. El devónico del Sur de los Grampianes y Gales; el del Oeste de Francia (Morbilian); el español de León, Asturias y Sierra Morena; el de la derecha del Rhin, y el que en Bélgica y Norte de Francia encuadra las grandes cuencas carboníferas de todos conocidas y que no hay para qué enumerar.

Es verdaderamente singular el terreno permiano. Bautizado así merced á la ciudad rusa de Perm que en él se asienta, cerca de la bifurcación más típica de los Montes Urales, parece separar, por una inmensa faja que llega hasta el Caspio, el terreno granítico y silúrico ruso-escandinavo, de la gran depresión geográfica que se advierte desde el Mar Caspio hasta la desembocadura del Obi, depresión formada por todos los afluentes de

© Biblioteca Nacional de España

este inmenso río, que sirve como de frontera entre los restos del gran continente hiperbóreo y el ulterior alzamiento ario ó del Asia Central.

Al abandonar en definitiva los terrenos primarios, debemos consagrar un recuerdo á las huellas que han dejado ellos, hacia Nubia y Abisinia, en Africa y—en una tierra geológicamente tan joven como lo es la zona andina de América del Sur—en el típico terreno de Minas Geraes (Brasil), con orientación parecida á la de los Alleghanis en los Estados Unidos, ó sea de Suroeste á Nordeste, cual si dichas montañas concurriesen desde muy lejos hacia el continente ártico, también á guisa de alineaciones, ligadas la una, con la zona del Oeste de España, Gales y la Escandinavia, y la otra, con la de Groenlandia é Islandia, siquiera la interposición de la vastísima cuenca del Atlántico, á consecuencia del alzamiento y hundimiento ulteriores de su respectivo continente, no permitan, á primera vista al menos, identificarlas como partes extremas del viejo continente hiperbóreo.

***

Antes de hablar del tercer continente ó lemuriano, conviene consignarde pasada algunas ideas que en nuestros días empiezan á abrirse paso entre los geólogos.

Por importante que sea el agua en los proteís-

© Biblioteca Nacional de España

mos evolutivos del planeta; por extensa que sea la zona terrestre cubierta bajo los mares y grande la profundidad de algunos de éstos, es un hecho que, á partir de un nivel general, poco ó nada superior á ocho ó diez kilómetros bajo la superficie marítima, la tierra es un esferoide completamente recubierto por una capa solidificada, análoga á la película de toda masa esferoidal fundida, cuando ha llegado á cierto grado de enfriamiento, mientras que el mar es un mero accidente de dicha corteza.

Es decir, que el mar más extenso y profundo, por ejemplo, el Pacífico, no pasa de ser, geológicamente, una especie de lago, encuadrado por los Andes, el macizo antártico y las cordilleras fronterizas de nuestro viejo continente, y tan cierto es esto, que desde los más elevados lagos de montaña, como el Titicaca y los de los Alpes, se pasa hasta el tipo del lago pelásgico, si vale la frase, ó sea el océano, por una graduación insensible de la que son muestras el Aral, el Caspio y aun el propio Mediterráneo, lago también en algún tiempo, al decir de la leyenda de Hércules.

El tránsito de las hipótesis astronómicas á las geológicas respecto de la formación de la Tierra, suponen para ésta un origen ígneo seguido de un progresivo y secular enfriamiento productor de la película sólida de nuestro esferoide, tanto en las partes que afloran sobre el nivel del mar, cuan-

© Biblioteca Nacional de España

to en aquellas otras, cuatro veces más extensas, que constituyen los lechos marítimos.

Por consiguiente, debemos admitir, con arreglo á las más viejas, y también á las más recientes teorías geogénicas, que, ora tenga la Tierra un núcleo metálico, ora carezca de él, existe bajo nuestras plantas, como bajo las cuencas marítimas, un verdadero océano de fuego, sujeto á leyes que no son poco conocidas, por cuanto que á unas temperaturas colosales se juntarán unas presiones enormes, realizando el químico ideal de una materia sujeta, al par, á las leyes de los gases y á las de los sólidos. Dejando á un lado las confirmaciones de esta teoría deducidas de los últimos fenómenos sísmicos, por nó ser hoy de nuestra incumbencia, nos encontramos, pues, con que la corteza terrestre está apoyada, no en un océano de agua, sino en un océano de fuego, y sobre este hecho cardinal ha de apoyarse todo el mecanismo de las formaciones continentales.

Presupuesta sobre dicho mar ígneo una primera capa sólida, tal y como parece serlo el granito, todos los aparatosos fenómenos de alzamientos y hundimientos de continentes, pueden reducirse á leyes muy sencillas, á meras oscilaciones ó balanceos análogos á los de un buque en el mar, salvo las naturales diferencias de espacio y tiempo. Con arreglo á leyes volumétricas bien conocidas, una vez formada la primera capa sólida del esfe-

© Biblioteca Nacional de España

roide terrestre, las contracciones de volumen, debidas á enfriamientos sucesivos, han debido propender á imprimirle una forma tetraédica, porque entre los sólidos de igual superficie, la esfera es la forma de mayor y el tetraedro la de menor volumen. Hoy mismo, en un globo de relieve, podemos apreciar esta última forma con los cuatro vértices correspondientes, uno en el macizo asiático, otro en el europeo, un tercero en América del Norte, y el cuarto en el continente antártico. Nuestros mares representan las caras correspondientes del tetraedro.

Prescindiendo de las erosiones producidas en la superficie terráquea por los agentes exteriores, las acciones desconocidas debidas á la diferente conductibilidad de los sólidos y líquidos para el calor deben imprimir en la superficie interior de la corteza sólida que toca con la masa ígnea subyacente fenómenos seculares de disminución y engrosamiento que, cambiando á la larga las leyes de equilibrio, hagan oscilar las masas continentales, como los brazos de una balanza cuando se cambian los pesos diferentes de sus platillos. El que algo semejante debe ocurrir en los continentes, parece indicarlo su propia orografía, pues en lugar de estar emplazadas sus cordilleras principales hacia la mitad de la superficie continental, suelen presentarse mucho más inmediatas á una costa que á otra, cual el barco que rara vez

© Biblioteca Nacional de España

se hunde guardando la posición horizontal, y sí, inclinándose siempre sobre una ú otra borda. Así el barco asiático aparece hundido de lado Sudeste, el europeo del lado Sur, y el americano del lado del Oeste.

Según esto, presupuesta la continuidad de la corteza sólida terrestre sobre y bajo el mar, y la tendencia de éste á cubrir las partes más bajas, un mero balanceo, insensible hacia el centro y apenas de unos miles de metros hacia los extremos, ha bastado para establecer la solución de continuidad ó enlace del continente hiperbóreo con su sucesor el lemuriano ó antártico. El mismo movimiento que sepultó al primero hacia su parte central, ora de Groenlandia, ora de Spitrberg, alzó el segundo con el centro hacia Australia y nueva Zelanda ó Madagascar. Buena parte de las comarcas intermedias, tales como las vecinas al Mediterráneo y los Estados Unidos, pudieron quedar indemnes, ó afectarse poco con uno y otro fenómeno. La gran abundancia de terrenos secundario (triásico, jurásico y cretáceo) en España, Francia y alguna otra región, acaso está más relacionada que lo que se cree con su propia posición geográfica hacia la mitad del camino entre ambos centros continentales.

Llegados aquí, nos sale al paso una gran dificultad geológica y paleontológica, porque descartados los seres primordiales, cuya vida se des-

© Biblioteca Nacional de España

arrolló indudablemente bajo las aguas del mar, los fósiles de los terrenos ulteriores, ora vertebrados, ora moluscos, corresponden á seres cuya vida fué marítima para unos y terrestre para otros; pero admitidas las teorías continentales que anteceden, los fósiles marítimos que presente un terreno, tales como los moluscos, deben lógicamente datar de una época anterior á la de los fósiles terrestres que puede presentar el mismo terreno, aunque estén más ó menos confundidos con ellos. Por ejemplo, los moluscos marítimos que encontremos en Australia no deben atribuirse, como se hace, al terreno secundario, en cuya época ya había salido del fondo del mar el continente lemuriano de que Australia formó parte, sino á la época primaria ó de mayor esplendor del continente hiperbóreo, en cuya sazón la futura Lemuria antártica yacía bajo las aguas, en condiciones adecuadas para semejante fauna pelásgica. De igual modo, el pez siluriano no pertenecerá quizás al período siluriano, en que el continente hiperbóreo ya había aflorado sobre las aguas, sino á una época anterior: la de la Isla Sagrada, por ejemplo, ó época primordial, que nosotros diríamos. Nuestros peces actuales aparecerán algún día como fósiles en las capas de un continente, futuro lecho de mares, juntos, ó poco menos, con los de la fauna terrestre correspondiente á este mismo, de los que esta-

© Biblioteca Nacional de España

rán separados, sin embargo, por un inmenso período.

No hay que decir si este criterio tan elemental introduce, ó no, un cambio profundo en nuestras ideas sobre paleontología. Un *laberintodonte* ó un *microlestes* del período triásico, el uno como anfibio y el otro como mamífero, están probablemente separados de las *trigonias* y *posidonias*, que se incluyen en un mismo terreno, porque en él se ven juntos, por un abismo de millones de años: como que las segundas, vivieron sobre tal terreno mientras que él estuvo sobre las aguas, en tanto que los primeros, se desarrollaron sobre el mismo cuando ya había surgido sobre las aguas. De aquí que se nos imponga una gran cautela para juzgar acerca de la simultaneidad de vida por la coincidencia del yacimiento fosilífero, prescindiendo de la diferencia de medio, y por tanto de tiempo, que tal coincidencia de yacimiento obscurece.

Consecuentes con estas ideas, hay que distinguir en cada formación dos períodos sucesivos: uno el de su sedimentación marítima, caracterizada por fósiles pelásgicos, tales como peces y moluscos, y otra el de su alzamiento, indicado por fósiles terrestres, tales como los mamíferos, resultando así de los tiempos del primer continente desconocido, todos los fósiles marítimos del período primario hasta el terreno de Perm; de los

© Biblioteca Nacional de España

tiempos del segundo continente ó hiperbóreo, todos los fósiles marítimos clasificados hoy como secundarios; de los tiempos del tercer continente lemuriano, todos los fósiles de igual clase atribuídos hoy á la época terciaria, etc.; ó en resumen, todo terreno muestra en sus fósiles aquellos dos períodos, y hay que distinguir, como en los seres vivos, el tiempo que pudiéramos llamar de la gestación de cada terreno en los senos profundos de los mares, y el tiempo ulterior de su nacimiento sobre las aguas, ó sea ya con fósiles terrestres.

No vamos á repetir aquí cuantas demostraciones se han hecho, desde Lamark y Darwin, respecto á la existencia del gran continente lemuriano. La fauna y flora de Australia, como lo que conocemos del macizo antártico, revelan unos tipos completamente distintos de la fauna y flora boreal. Muchos *eslabones perdidos* de éstas se hallan entre los tipos fósiles y actuales de aquélla, como si entre ambas mediase un abismo en espacio y tiempo, siendo la India la única región de Asia que se relaciona más de cerca con dicho continente australiano-mascareño. La cumbre más típica quizás, de las pocas que han perdurado fuera de la aguas desde aquellos días, es la de la Isla de Pascua, tan rica, por otra parte, en monumentos arqueológicos.

El continente lemuriano, sin embargo, no ha presentado todavía fósiles humanos para la cien-

© Biblioteca Nacional de España

cia, por lo que aunque ésta le admita por las razones dichas, no le acepta aún como cuna de seres humanos, á pesar de lo cual las tradiciones orientales y los anales religiosos, conservados en el *Adyta* de ciertos templos tibetanos, nos hablan de él como del primer continente habitado por los hombres más parecidos á los de la época actual y separados ya en sexos, después de un largo período en que fueran andróginos, como tantos otros organismos en sus primeros períodos, y como el propio feto humano antes del quinto mes de gestación. Esas pobres razas de papúes y tasmanios, próximas á su extinción, son los restos degenerados de los en otro tiempo opulentos imperios, de de los que nada sabe nuestra ciencia contemporánea, como nada sabe, tampoco, de los ulteriores que florecieron en la Atlántida, el primero, sin embargo, de los continentes históricos cuyos últimos ecos llegaran hasta Platón.

Copiemos el conocido pasaje del Timeo, en el que se habla de la gran catástrofe del hundimiento de Atlántida, del que conservan recuerdo todas las grandes religiones, aunque le hayan desfigurado bajo el velo del mito, cual sucede con la propia Biblia en el pasaje de la salida de Egipto y de la catástrofe de Faraón.

«Un día en que Solón conversaba con los sacerdotes de Sais acerca de la historia de los Remotos-Tiempos, uno de ellos le dijo:—«¡Oh! So-

© Biblioteca Nacional de España

lón, Solón, vosotros los griegos seréis siempre unos niños. Ninguno de vosotros deja de ser frívolo é inexperto en todo cuanto concierne á las tradiciones antiguas. Ignoráis qué fué de aquéllos héroes de los cuales sois la progenie degenerada.»

»Lo que voy á contarte remonta á nueve mil años. Nuestros libros cuentan de qué modo resistió Atenas los ataques de una potencia formidable que, viniendo de hacia el mar Adriático, invadió una gran parte de Europa y de Asia, porque el océano de entonces todavía podía atravesarse con gran facilidad. Frente á la embocadura que llamáis Columnas de Hércules, existía una isla mayor que Libia y Asia reunidas, y los navegantes de una en otra isla pasaban hasta el continente frontero que bordea aquel mar.

»En esta isla Atlántida vivían reyes célebres por su poderío, y tenían fundado un imperio que abarcaba toda la isla y sus vecinas. Dichos señores dominaban en Libia hasta el Egipto y en Europa hasta el mar Tirreno. Un día pretendieron sojuzgar á los pueblos de aquende las Columnas de Hércules, y entonces fué cuando vuestra ciudad mostró todo su valor, arrostrando los mayores peligros y restituyendo la libertad á todos los pueblos de más acá.

»Los tiempos que siguieron se caracterizaron por grandes terremotos é inundaciones. En el es-

© Biblioteca Nacional de España

pacio de un día y una noche terribles, todos los guerreros que habían llegado hasta la puerta de vuestros hogares fueron tragados por el abismo. La isla Atlántida desapareció bajo las ondas del mar, y de aquí viene el que hoy no se pueda explorar el mar que la cubre.»

Existen libros meramente intuitivos, ó sea desprovistos de lo que llama la joven ciencia nuestra «hechos positivos ó experimentales» que describen con preciosa amplitud el nacimiento, prosperidad y ruina de aquel pueblo gigantesco (1). Sus páginas están pidiendo á gritos un canto épico superior al de Verdaguer, y ante ellas palidecen las hermosas páginas del Pentateuco, relatando el paso del Mar Rojo por el pueblo de Israel, relato simbólico que encierra el mismo significado esotérico de un pueblo como el atlante, que tocó al par, en las cumbres del saber y en los abismos de la magia negra más horrenda, y que fué sepultado en el mar por lo que llamarse suele, «la cólera del Cielo». Los trenos conmovedores del *Dies viæ*, en los que la Iglesia junta el testimonio de David al de las Sibilas paganas y el elegíaco canto del Sábado Santo y su «Noche terrible», son otros tantos ecos lejanos, divinos, pero muy adulterados, de aquel momento típico

(1) Véase *Historia de los Atlantes*, por W. Scott Eliot.

© Biblioteca Nacional de España

de la historia del Planeta, en el que el mundo atlante de la fuerza cedió el puesto al mundo ario del Amor, cargado de las ubérrimas promesas del Destino, que se llamaron luego pueblos indo, caldeo, egipcio, griego, romano y moderno.

Frente á la ligereza con que Humbolt trata este problema, se alza el testimonio unánime de la tradición y aun de la ciencia.

Tertuliano, Marcelo, Posidonio, Philón, Ammiano, Marcelino, Dicéarco, Manethon y tantos otros, están contestes con las revelaciones de los sacerdotes de Sais. Zaborovoski, en su libro *L'homme prehistorique*, demuestra que la geología del Mediterráneo está ligada con la de Europa, el Norte de Africa y el Este de los Estados Unidos, en las tres formaciones terciarias eocena, miocena y pliocena.

Las relaciones pliocénicas de Europa y América Septentrional están fuera de duda con sus especies idénticas de plantas, insectos, pájaros no emigrantes y peces de agua dulce. La etnología prueba la identidad de raza de los Guanches ó Cromagnones canarios, de un lado, con los libio-iberos, nuestros antecesores, y del otro, con los pueblos peruano, mexicano, vasco, fenicio, etrusco y egipcio, siendo las invasiones arias de época muy posterior. La civilización egipcia y la de los pueblos americanos, tales como los aztecas é incas, guardan pasmosas analogías, como lo

© Biblioteca Nacional de España

muestran las pirámides ó Cámaras de Iniciación de unos y otros, cosa fuera de disputa después de los estudios de Nadailac, Chatellier y Nevoberry, sobre los indios americanos, y de Bory de Saint-Vincent, Tournefort, Mentelle, Boër y Gafaret, según eruditamente se demuestra en la obra *Iberos é vascos*, de J. M. Pereira de Lima, que tenemos á la vista. El mapa batimétrico ó de profundidades marítimas que trae dicha obra, es un precioso documento que nos muestra las desgarraduras y hundimientos de las tierras atlánticas, desde España hasta el Golfo de México. Todavía afloran sus cumbres hacia las Azores, Madera, Canarias y Cabo Verde, cuyo estudio geológico, por lo mismo, es de un excepcional interés.

Desde luego se ha creído, que el hundimiento atlante afectó sólo á la extensa región del océano de su nombre. Nosotros, sin embargo, sospechamos que afectó tamaño fenómeno geológico á toda la zona ecuatorial de la Tierra.

La batimetría del Norte del Pacífico nos muestra entre Japón y California la enorme depresión marítima de la Tuscanora, guardando analogías de profundidad y emplazamiento con la oriental del Golfo de las Antillas; entre una y otra depresión, se alzan normalmente los Andes americanos. Esta formación cuaternaria es un verdadero pliegue terrestre, elevado de Norte á Sur á costa de las dos grandes depresiones citadas, del Atlánti-

© Biblioteca Nacional de España

co y del Pacífico. Para la primera depresión han contribuído, del lado contrario, los Alpes y Pirineos, y para la segunda depresión han ayudado los alzamientos del Himalaya, China é Indochina. La zona volcánica, desde las Molucas hasta Alasca, á través de las Filipinas y el Japón, está por eso íntimamente relacionada con los volcanes de los Andes, como éstos lo están, hacia el otro límite continental, con el Ecla, el Teide y la zona volcánica armenio-mediterránea. Es decir, que todos los volcanes de nuestro planeta están ligados geológicamente con tamaño hundimiento continental, que fué en pequeño para la Tierra, algo semejante al vulcanismo lunar que, mucho más intenso, imprimió á la Luna la desolada y muerta fisonomía que hoy nos revela el telescopio.

Murió, pues, el continente atlante á manos del continente ario ó actual, como el continente hiperbóreo sucumbió merced al alzamiento lemúrico, y las enseñanzas de los Templos orientales han ido mucho más lejos que nuestra novísima geología, en el sondaje del pasado de nuestro planeta... Es un fenómeno natural que se repite siempre. Cuando remontamos desde el hondo y obscuro valle de nuestras ignorancias de bestias humanas en divina evolución, hacia las alturas de nuevos ideales científicos, nos vemos sorprendidos, no sólo por las perspectivas del valle que

© Biblioteca Nacional de España

dejamos á nuestras espaldas, sino que también por la de otras alturas separadas de la nuestra por otros valles que la humanidad antaño abandonó. Por eso, si en las épocas de ignorancia, la humanidad ha podido llorar con el clásico en el valle del dolor, las épocas de las grandes culturas y de las brillantes conquistas son el cumplimiento bendito del mito de Prometeo, que escalando la altura del saber, robó el fuego divino de la inteligencia á unos dioses envidiosos y egoístas, para enriquecer con él á una humanidad desvalida, redimiéndola como lo hacen todos los redentores, á costa de su sangre y de su vida.

FIN

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Indice.

Páginas.

A Mario Roso de Luna..... 5
Iris, Isis..... 15
Los dos émulos del telescopio..... 37
Varios fenómenos psíquicos de mi vida..... 43
Higiene del pensamiento..... 53
Astronomía psíquica..... 59
Una visita al Laboratorio del material de Ingenieros militares en Madrid..... 87
La simplificación de la vida..... 103
Una lección de magia blanca..... 109
Un ojo nuevo..... 115
Un prolegómeno para la concepción sintética del Universo..... 121
La prehistoria de mis vivires..... 141
Por el reino de las sombras..... 145
Ciencia y virtud..... 167
Vibraciones de la voluntad..... 173
Matar á la muerte..... 183
Mirando hacia el Sahara..... 189
Las enseñanzas orientales y la Geología..... 199

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Sociedad Teosófica.

Satyân Nâsti Paro Dharmah:
(No hay religión más elevada que la verdad.)

Objeto de la Sociedad Teosófica:

1.° Crear el núcleo de una Fraternidad Universal sin distinción de raza, sexo, credo, casta ni color.
2.° Estudiar las Ciencias, Religiones y Filosofías comparadas.
3.° Investigar las leyes ignoradas de la Naturaleza y los poderes latentes en el Hombre.

NOTA. A nadie se le pregunta por sus opiniones religiosas, pero se le exige el RESPETO ABSOLUTO hacia las de los demás.

PUEDEN INFORMAR RESPECTO DE ESTA SOCIEDAD

En Madrid: *D. Manuel Treviño*, Atocha, 127 duplicado.—*D. Mario Roso de Luna*, Princesa, 18.
En Barcelona: *D. Ramón Maynadé*, Princesa, 14.—*D. José Granés*, Ronda de San Antonio, 13.
En Buenos Aires: *D. Federico W. Fernández*, Bolivia-Flores, 184.
En Lima: *D. José Melián*, Apartado 42.
En Valparaíso: *Dr. E. Marisot*, Salvador Danoso, 70.
En San José de Costa Rica: *D. Tomás Povedano*, Apartado 220.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Catálogo de obras modernas.

	Ptas.	
ALARCÓN (Mariano):		
Obras de teatro.—Tomo I: *Moisés contemporáneo.*—Contiene este tomo las siguientes obras: El éxodo (drama en cuatro actos).—En el desierto (drama en cuatro actos).—La tierra de promisión (drama en cuatro actos).....	5	
Tomo II.—*Del dolor al olvido.* Contiene este tomo las siguientes obras: Rescatada (drama en tres actos).—Rayo de sol (drama en un acto).—La fuerza de la corriente (La sinfonía de las aguas), (drama en cuatro actos).....	5	
ÁLVAREZ (Agustín):		
La transformación de las razas en América.....	2	
Historia de las instituciones libres:....	5	
ÁLVAREZ (Basilio):		
Por los agros celtas (prosas).....	1	
AMOROS (Juan Bautista), *Silverio Lanza:*		
La rendición de Santiago (novela).....	2	
El año triste (4.ª edición).....	0	50
Cuentos escogidos.....	0	50

© Biblioteca Nacional de España

Ptas.

ANTON DEL OLMET (Fernando):
El arma de Infantería en el levantamiento del 2 de Mayo de 1808..... 3
BARRIOBERO Y HERRÁN (Eduardo):
Syncerasto el parásito (novela de costumbres romanas)..... 3
BRAVO CARBONELL (J.):
El toledano Rojas, obra premiada..... 3
CADENAS (José Juan):
La corte del Kaiser. (Un año en Alemania)..... 3
CARRETERO (Manuel):
El triunfo de la vida (novela), con ilustraciones de Romero de Torres..... 3
DELORME (Rafael):
Los aborígenes de América..... 3
FABRA (Nilo María):
El problema social (prólogo de Emilio Castelar)..... 3 50
FAMADES (J.):
Catecismo de la doctrina humana..... 3
FERNÁNDEZ CANCELA (José):
Cómo nació la familia (estudio)..... 2
FERRÁNDIZ (José):
Memorias de una monja (novela)..... 2
El manuscrito de una monja (ídem)... 2
La muerte del microbio.—Mendicidad.. 3
GÓMEZ CARRILLO (Enrique):
El modernismo..... 3 50
Grecia..... 3 50
Psicología de la moda femenina..... 1 50
Entre encajes..... 2

© Biblioteca Nacional de España

Ptas

El alma encantadora de París..... 2

GONZÁLEZ ANAYA (Salvador):

Los alquimistas. Estudio sobre la alquimia y sus adeptos..... 2

GONZÁLEZ BLANCO (Andrés):

Salvador Rueda y Rubén Darío..... 3 50

Vicente Blasco Ibáñez, su vida y sus obras..... 1

GONZÁLEZ BLANCO (Edmundo):

Las Iglesias del Estado..... 1

GONZÁLEZ HERVÁS (Justo):

Vértigo en altura (novela)..... 2

GUARDIOLA VALERO (Elíseo):

Importancia social del arte..... 3 50

HEREDIA (Rafael):

A toda máquina..... 1 50

HERNÁNDEZ Y CID (A.):

El genio de la especie (drama)..... 3

HERRERO DE VIDAL (Melchora):

Para las mujeres (reflexiones y consejos)..... 2

ICAZA (Francisco A. de):

Examen de críticos..... 2

INSÚA (Alberto):

Don Quijote en los Alpes (viajes)..... 3

Historia de un escéptico.

I En tierra de santos (novela)..... 3

II La hora trágica (novela)..... 3

III El triunfo (novela)..... 3

JUST LLORET (Joaquín):

Inglaterra árbitra de España (artículos). 1

© Biblioteca Nacional de España

Ptas.

LA IGLESIA (Gustavo):
Caracteres del anarquismo en la actualidad..... 6
LERROUX (Alejandro):
De la lucha..... 2
LEYVA (Nicolás):
Cuentos en pape de oficio..... 3
MARTÍNEZ OLMEDILLA (Augusto):
Memorias de un afrancesado (novela).. 3
Salvador Rueda.—Su significación, su vida, sus obras..... 0 25
MARTÍNEZ RUIZ (José) «Azorín»:
Los hidalgos (La vida en el siglo XVII). 1 50
MARTÍNEZ SANTONJA (J.):
Misión social de la juventud intelectual española..... 1
MELIÁ (Juan A.):
Alma rebelde (prosas)..... 3
MILEGO (Julio):
El teatro en Toledo durante los siglos XVI y XVII..... 3
Emilio Castelar (estudio crítico)..... 3
MONTÓN PALACIOS (Clemente):
De Marruecos..... 1 50
MORENO (Francisco), *Doctor Moorne:*
Biblioteca de Estudios Orientales.
I *La impostura religiosa.* El Génesis y sus falsas interpretaciones..... 3
II *La evolución simio-humana y el desarrollo de la inteligencia en el hombre*..... 4
III *La impostura sacerdotal.* Orígenes del cristianismo y su desviación.. 3

© Biblioteca Nacional de España

Ptas.

MOROTE (Luis):
La conquista del Mogreb..... 1
De la dictadura á la república. (La vida política en Portugal)..... 1
Rebaño de almas..... 1
MORRIS (Guillermo):
Noticias de ninguna parte..... 1
MUÑOZ (Isaac):
El libro de las victorias.—Diálogos sobre las cosas y sobre el más allá de las cosas..... 3
MURGER Y BARRIERE:
La bohemia (comedia en cuatro actos).. 2
NÚÑEZ DE PRADO (G.):
Dramas del anarquismo..... 1
ORTIZ DE PINEDO (Adelardo):
La sima (novela)..... 2
Oriente 1953 (novela)..... 2
ORY (Eduardo de):
Desfile de almas (prosas)..... 2
PADILLA (Rafael):
España actual..... 3 50
RÉPIDE (Pedro de):
La enamorada indiscreta. — Agua en cestillo. — No hay fuerza contra el amor. (Tres novelas en un tomo).... 3
El Madrid de los abuelos..... 2
La casa de todos (comedia en un acto). 1
Los majos de plante (sainete)..... 1
RIZAL (José):
Noli me tángere (novela)..... 1
El filibusterismo (novela), dos tomos... 2

© Biblioteca Nacional de España

Ptas.

ROSO DE LUNA (Mario):
Evolución solar y series Astro-químicas (en francés)..... 4
Hacia la Gnosis: Ciencia y Teosofía.... 3
En el umbral del misterio..... 3
RUIZ CONTRERAS (Luis):
Mis jesuítas..... 1
SALAVERRÍA (José María):
Vieja España (Impresión de Castilla)... 2 50
Nicéforo el Bueno (novela)..... 3
La virgen de Aránzazu (novela)..... 3
SYLVA (Carmen):
El haya roja (novelas cortas)..... 1
TABOADA STEGER (Ricardo):
El soplo del diablo (prosas)..... 2
TRIVIÑO (Cayetano):
Doctrina para el amor..... 2
Lógica forma social..... 2
URBANO (Rafael):
El Sello de Salomón (un regalo de los dioses) 2
VALLE-INCLÁN (Ramón):
Sonata de Primavera (novela)..... 2
Sonata de Estío (ídem)..... 2
Sonata de Otoño (ídem)..... 2
Sonata de Invierno (ídem)..... 2

© Biblioteca Nacional de España